



Universidad Nacional Autónoma de México

---

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

**"Explorando la construcción de una masculinidad alternativa al ideal hegemónico: Significados y efectos en la vida de un joven universitario"**

T E S I S  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA  
P R E S E N T A (N)

**Sandra Mirely Vázquez Mandujano**

Directora: Dra. Patricia Trujano Ruiz  
Dictaminadores: Dr. Gilberto Limón Arce  
Lic. María del Rosario Guzmán Rodríguez





Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## DEDICATORIA

*“¡Pues bien! yo necesito  
decirte que te adoro  
decirte que te quiero  
con todo el corazón;  
que es mucho lo que sufro,  
que es mucho lo que lloro,  
que ya no puedo tanto  
al grito que te imploro,  
te imploro y te hablo en nombre  
de mi última ilusión.”*

*“Nocturno a Rosario”  
Manuel Acuña (fragmento).*

*A ti, el hombre de semblante duro, el hombre que no se doblegó, el hombre que amó en silencio. A ti, el hombre que entregó su vida no al trabajo, sino al futuro de su familia, el hijo mayor, el hombre escéptico, el hombre afable, el hombre prudente, austero.*

*A ti, el hombre con un pasado doloroso, el hombre que desde niño salió victorioso de cada batalla, el hombre que dio de sí lo mejor que pudo, el hombre admirable, fuerte. El hombre que me cargó en sus hombros, que me cuidó y procuró de niña; el hombre a quien en la insensatez de la edad confronté y cuestioné, el hombre a quien no pude comprender, el hombre de quién me sigue doliendo su partida.*

*A ti, Rogelio Vázquez Sánchez, papá... Tu recuerdo y enseñanzas, siguen presentes en cada una de nosotras.*

## AGRADECIMIENTOS

*A Estela Mandujano Tamayo, el pilar más importante en mi vida, mi mamá. Que con su apoyo, dedicación y amor, hicieron posible que esta meta se lograra, quien desde la infancia me inculcó el hábito del estudio y de manera incondicional me ha apoyado a pesar de las adversidades y tropiezos en la carrera y a lo largo de mi vida. Ser su hija me llena de orgullo, es la mujer más sabia, valiente, bondadosa y hermosa que conozco.*

*A mis hermanas Luvia y Mayte. Su influencia y apoyo han sido un aliciente que me motivó a hacer las cosas de manera auténtica, dos mujeres fuertes y valerosas, que admiro por su capacidad para superar cualquier obstáculo. Que vieron por mí en la niñez temprana, y a pesar de los problemas y las diferencias, nunca me han dejado sola.*

*A Danae, Fernanda, Ricardo y Ximena. Tesoros que la vida me obsequió, y que con su inocencia, sus travesuras, ocurrencias y amor, han iluminado mis días más oscuros.*

*A mis hermanas y hermanos de aventuras: Diana Medina, Irving e Iván Altamirano, Julio Taboada, Gustavo García, Rafael Moreno, Abel Soto, David Torres e Irene Hernández. Nuestro encuentro, sea producto de una serie de eventos fortuitos, o no, nos ha llevado a vivir experiencias únicas y mágicas. Gracias a cada uno de ustedes he logrado edificarme como ser humano más allá de mis roles sociales. Con ustedes he aprendido a ser y estar en este mundo de una forma diferente, en comunión con la vida, la naturaleza y todo aquello que trasciende la existencia humana. A seguir creciendo, pero siempre conservando mí esencia.*

*A mis amigas, a mis amigos, colegas y compañeros no sólo de la carrera sino de incontables y gratas experiencias: Beth Amaya, Jazmín Sierra, Daniel Guajardo, Diana Romero, Juan Carlos Félix, David Montiel, Sherezada Vázquez, Juan Milla, Brenda Robles, Javier Olvera, Alberto Rueda, Israel Abelleira y José Luis Cruz. Los conocí en el aula, pero todos los momentos compartidos llegaron a ser más que una convivencia escolar. Me apoyaron, me escucharon, me nutrieron intelectualmente, me regañaron cuando fue necesario, rieron y e incluso lloraron conmigo. Con ustedes pude ser yo misma, me aceptaron con mis virtudes y defectos, pero me impulsaron a ser mejor cada día. Conocer a cada uno de ustedes, fue de las mejores cosas que me pudieron suceder en la carrera.*

*A mis amigos, que en cada etapa de mi vida me han brindado su apoyo, y a pesar de la lejanía, estimo y están presentes en mí: Nimbe Muñoz, Verónica Barrientos, Verónica Pantoja, Oscar Sámano, Gerardo Altamirano, y a toda la Banda 52.*

*A la Dra. Patricia Trujano, quien confió en mí y me incentivó a confiar en mis propias habilidades, gracias a su profesionalismo, conocimientos, empeño y dedicación, fue posible concluir este trabajo.*

*A todos mis profesores y profesoras de la carrera, a la UNAM, y a la Facultad de Estudios Superiores Iztacala, mi Alma Mater, en donde viví una de las mejores etapas de mi vida; que me dio todo lo necesario para formarme con una profesionista, y en donde descubrí mi vocación y mi pasión. Por todo eso y más, la llevo siempre en el corazón.*

*A todos ustedes, gracias, infinitas gracias.*

*Sandra*

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
1. GÉNERO E IDENTIDAD.....	8
1.1. Introducción a los estudios de género.....	8
1.1.1. Sexo y género, qué son y cómo se relacionan.....	16
1.2. El Género como factor elemental para la construcción de la identidad.....	22
1.3. Los estudios de masculinidades o Men's Studies.....	31
1.3.1. Tipos de masculinidades.....	35
2. CRISIS DE LA IDENTIDAD HEGEMÓNICA.....	38
2.1. La Identidad masculina hegemónica.....	38
2.1.1. Portavoces mediáticos de la propaganda hegemónica.....	39
2.1.2. Las identidades masculinas.....	44
2.2. Incongruencias entre el ideal y lo personal.....	48
2.3. La negación de sus necesidades y la falta de apoyo social.....	55
2.4. Efectos sociales y psicológicos favorecidos por el modelo hegemónico de masculinidad.....	60
3. CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES ALTERNATIVAS.....	66
3.1. Los hombres del s. XXI y la búsqueda de la equidad.....	66
3.2. Expresiones culturales de masculinidades alternativas en los jóvenes.....	73
4. LA EXPLORACIÓN DE LOS SISTEMAS DE SIGNIFICADOS DESDE EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL.....	86
4.1. Construccinismo social.....	86
4.2. El construccionismo desde la psicología clínica.....	92
5. MÉTODO.....	97
5.1. Planteamiento del problema.....	97
5.2. Objetivos.....	98
5.3. Procedimiento.....	101
6. ANÁLISIS DE RESULTADOS.....	103
7. CONSIDERACIONES FINALES.....	146
8. REFERENCIAS.....	159

## INTRODUCCIÓN

Los discursos de género en la actualidad se han ido transformando paulatinamente, muchos hombres han adquirido una serie de discursos completamente diferentes y nuevos a los tradicionales que otrora sus padres recibieran, un aprendizaje que gradualmente se aleja de lo que una vez fue, y que forma parte de su construcción de género y parte fundamental de su identidad. Incluso el ideal hegemónico de masculinidad, aunque todavía parece ser verosímil a pesar del paso del tiempo y en algunos contextos, ha tomado distintos matices que lo transforman conforme la sociedad se adecua a un discurso más incluyente para la mujer y para otras formas de masculinidad que no necesariamente han de comulgar con un modelo tradicional preestablecido.

Definir la masculinidad es una tarea compleja porque los estudios realizados al respecto muestran que no existe una homogeneidad en la práctica de ser hombre. De ser así solo existiría una manifestación clara, concreta y simple que sería fácil de estudiar y comprender, sin embargo los hallazgos demostraron que hay más de una manera de ser y expresar la identidad masculina, a lo que se le llamó: la práctica social de la masculinidad (Lomas, 2003). Pero, como ya se mencionó, no solo existe una masculinidad, por lo que hablar de “masculinidades” da cuenta de esas variadas formas en las que los hombres expresan y ejercen el género al que pertenecen o adoptaron.

La más representativa, pero no la única existente es la masculinidad hegemónica, que se sostiene en una posición de poder y liderazgo que legitima el patriarcado y la subordinación. Para Scott (1996, citado en Toquero, 2014) el género es uno de los principales campos donde se articula el poder, ya que como Foucault (1988) menciona, el poder se ejerce en la vida cotidiana, mientras el individuo está inmerso en la práctica de acuerdo al género: por el solo hecho de ser mujer u hombre se tiene cierta posición y postura frente a la estructura social. Esta relación de poder no es estática, cambia según las condiciones y las relaciones presentes y además, permite cierta resistencia o disidencia que en el caso del género se manifiesta en las diferentes prácticas genéricas del ser hombre dentro de una misma zona geográfica, por ejemplo.

La masculinidad ha sido relacionada directamente con el ejercicio de poder, haciéndolo parecer un atributo más que es natural al hombre y no a la mujer. Por tanto, este ejercicio de poder deseable en todo varón se convierte en una de sus características identitarias más importantes. Lomas (2003), identifica que el ideal

de masculinidad tradicional conocido actualmente en la sociedad occidental, nació como consecuencia de la guerra, la cual ha reforzado comportamientos y cualidades masculinas como la agresividad, la dominación y la búsqueda del éxito por medio de vías violentas, las relaciones jerárquicas y el sometimiento en general de las mujeres y de otras minorías sociales. Incluso en épocas o en sociedades donde el acto bélico no está presente, la relación de poder siempre se había significado como algo completamente masculino, sin embargo en nuestros días esto está cambiando.

Y para comprender mejor en qué consiste la masculinidad hegemónica y cómo aparecen y en qué consisten las divergencias que permiten aseverar que en la realidad actual el modelo hegemónico de masculinidad ha estado perdiendo vigencia, en el primer capítulo se abordaron los antecedentes históricos tanto del feminismo como de los estudios de género que han sido las puertas de acceso a una rama del conocimiento que ha permitido transformar las relaciones sociales y de género entre los individuos. Desembocando así en los estudios de masculinidades, que permiten un abordaje de las realidades masculinas, primero definiendo qué es la masculinidad para después hablar de las diferentes formas de ser hombre y de los discursos mediáticos que intervienen en su construcción.

Posteriormente en el segundo capítulo se abordó un fenómeno social que algunos teóricos definen como la Crisis de la Masculinidad Hegemónica, pues esta ya no representa un modelo que se adapte a las condiciones sociales del nuevo siglo, y que en gran medida esta crisis se ha generado por el cambio gradual de rol femenino y su creciente participación en esferas públicas. Además de ello, en el capítulo se abordaron las necesidades y las precariedades sociales de las que los hombres son víctimas al no tener amplio acceso a servicios públicos de salud, de ayuda psicológica y legal de la misma forma que las mujeres con los diversos programas con los que se cuenta. Eso también ha llegado a generar diversos efectos adversos a nivel social y psicológico que no han sido estudiados bajo una perspectiva de género, y sin embargo, están íntimamente ligados no sólo a la construcción subjetiva de la identidad, sino también a las relaciones sociales respecto al género..

En el tercer capítulo se han expuesto las características de las masculinidades que en la actualidad se presentan, en donde el modelo hegemónico deja de tener un rol protagonista a la hora de construir y practicar un rol social de género. Y entre estas representaciones en los jóvenes hay una estrecha relación con algunas subculturas, que por su imaginaria y significados particulares, permiten una expresión de género que dista mucho de la tradicional.



Ya que el marco teórico de este trabajo se realizó desde el construccionismo social, el capítulo cuatro hace una síntesis de los elementos que constituyen este marco teórico dentro de la psicología y en específico, en la psicología clínica, qué herramientas permiten conocer la realidad y los significados propios de cada persona.

Posteriormente se ha desarrollado una metodología en el capítulo cinco que ha permitido la elección de participante, el desarrollo y análisis de la entrevista realizada a un joven universitario cuyos hallazgos y posterior discusión se elaboraron en el capítulo siete.

Es así que fue posible encontrar el significado que un joven le da a su masculinidad y qué factores han intervenido en tal proceso. Se encontró que dentro de sus principales sistemas de significados, la alta valoración hacia el género femenino y la presencia de violencia en su infancia, lo llevaron a buscar una forma alternativa de ser y de relacionarse en su contexto con otras personas; en donde también siguen presentes algunos elementos del discurso hegemónico que ejercen su influencia sobre todo en la convivencia con otros varones, ya que dentro de la realidad social aún existen reticencias a un nuevo modelo de masculinidad que se aleje de preceptos rígidos y limitantes para las personas.

Este trabajo ha pretendido aportar al conocimiento de la psicología social, una visión diferente a los estudios de masculinidades, en la que sea posible constatar que no todas las masculinidades se relacionan en y por medio del poder social. Las consecuencias y efectos que generan la violencia que se ejercen hacia ellos y que es una limitante que no permite un desarrollo de la identidad ni un ejercicio pleno de la libertad para ser y hacer con el género lo que deseen. En este caso, los estudios de masculinidades tal vez puedan atender a cuestiones que han sido pasadas por alto, como la relación entre congéneres más allá de la competencia, el significado de la presencia femenina en la construcción de la identidad masculina y la renovación de la visión que se ha preponderado sobre las relaciones sociales de género y su cambio en el nuevo siglo.

# 1. GÉNERO E IDENTIDAD

## 1.1. Introducción a los estudios de género

Los estudios sobre masculinidades es un campo de conocimiento que surgió a raíz de los estudios feministas y sobre mujeres, a la que más adelante se les denominó “Estudios de género” o “Estudios con perspectiva de género”, en las universidades de los países más desarrollados a partir de la década de los setenta. Resulta importante señalar por qué y cómo nacen los estudios de género para así conocer los marcos de referencias históricas y teóricas que sirven de base para entender la trascendencia de los estudios de las masculinidades en la actualidad. Sobre todo porque, basados en la premisa de que los seres humanos estamos inevitablemente interrelacionados, el cambio en una de las partes supone un efecto en la otra (positivo o negativo) el cual no se puede ignorar si lo que se pretende es la transformación social y psicológica de cada persona hacia relaciones más incluyentes y equitativas.

### *Antecedentes feministas*

Durante el transcurso de la historia, la invisibilización y prohibición de lo referente a lo femenino ha sido una constante, las mujeres eran sujetas a un sistema jerarquizado, que invalidaba y castigaba en la mayoría de los casos su participación y desarrollo fuera de los estándares sociales preestablecidos. Sin embargo, existieron mujeres que al percatarse de ese trato desigual, la violencia ejercida contra ellas y la omisión de su trabajo en el espacio público, demostraron que no había una razón real que sustentara la misoginia de la que eran víctimas. Muchas de ellas se manifestaron contra aquellos preceptos que les indicaban lo que debían ser y hacer como mujeres, sin importar sus potencialidades como seres humanos; se enfrentaron a la dominación y subordinación de la que eran objeto, cimentando las bases para que otras mujeres pudieran tener mejores oportunidades de desarrollo, tratando de fomentar una igualdad con los hombres.

Personajes como Christine de Pisan (1364-1430), Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), Olimpia de Gouges (1748-1793), Mary Wollstonecraft (1759-1797), y las Suffragettes en los inicios del siglo pasado, son ejemplo de ello; promovieron desde el plano intelectual y de lucha social una resignificación de la mujer y lo femenino buscando reconocimiento, dignificación y la equidad en los ámbitos laboral, político y social principalmente.

Estas premisas de igualdad política y social, fueron el preámbulo del feminismo, movimiento organizado de mujeres que poco a poco se estructuraría tanto en el plano político, como institucional y académico, generando cambios significativos en la sociedad occidental a todos los niveles. Según la Real Academia Española (2014), el feminismo es definido como una ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres. Sin embargo para Varela (2005) no es solo eso, es un discurso y una filosofía política, una teoría, una práctica y un movimiento social que busca la justicia. Un esfuerzo de mujeres por analizar su realidad.

Valcárcel (2008) por su parte, apunta que el feminismo es una tradición política, igualitaria y democrática nacida en la Modernidad, la cual sostiene que ningún ser humano debe ser excluido a causa de su sexo o género. Esta autora remarca la solidez política del feminismo al momento de defender causas que conciernen a la igualdad de derechos y justicia para hombres y mujeres. Sin embargo como veremos más adelante, el feminismo ha trabajado en la mayoría de los casos bajo una premisa dicotómica del que domina y la que es dominada, por lo que su trabajo se ha enfocado casi con exclusividad a evidenciar este hecho más que a las demandas que conciernen y afectan a ambos sexos.

Los orígenes del movimiento se remontan a la Ilustración e incluso con algunos antecedentes barrocos; concretamente se desarrolló tomando como base las obras de algunos pensadores como Poullain De La Barre (1647-1725), principalmente con “La igualdad de los dos sexos” (1673) y el “Tratado de la educación de las mujeres en el desarrollo de la mente en la ciencia y la moral” (1674). Estas obras fueron creadas en el contexto de los famosos salones franceses intelectuales, abiertos por Les Salonnieres, mujeres que ocupaban los salones de sus casas para dar entrada a artistas, intelectuales, políticos, científicos, etcétera. Donde tanto mujeres y hombres opinaban sobre diversos temas; en ese espacio todos podían participar con la única prohibición del cortejo. De La Barre fue uno de los primeros en cuestionar la inferioridad femenina, la importancia de sus obras radica en que por primera vez el sujeto epistemológico es la mujer, con el cual devela que la desigualdad entre hombres y mujeres no se sustenta en un hecho divino o natural, por el contrario, se manifiesta más como un prejuicio social. (León, 2010).

Mary Wollstonecraft por su parte, contribuyó enormemente con su obra Vindicación de los derechos de la mujer en 1792. Este escrito detallaba de manera clara y concisa la exclusión de las mujeres de bienes y derechos que la nascente democracia en Europa establecía únicamente para sus ciudadanos. Rousseau a pesar de creer en la igualdad y libertad, era ferviente partidario de que lo público no concierne a las mujeres pues ellas pertenecen al ámbito privado. No podrían

sustentar el título de ciudadanas, su natural condición no era apta para soportar tales responsabilidades.

Sin embargo, esto no fue visto como una injusticia, sino que, su objetivo era protegerlas y mantener un orden “natural” que no convenía alterarse. Es por eso que, a modo de contestación a las declaraciones y tesis de Wollstonecraft y de otras mujeres como Olimpia de Gouges, se refuerzan estereotipos con el fin de evitar cuestionamientos por parte de las mujeres. Se incentivó la idea de complementariedad, pues esta no busca simetría en las relaciones entre mujeres y hombres sino perpetuar lo establecido como correcto. El mismo Rousseau escribió libros al respecto como *La Nueva Eloísa* (1761) donde se ensalza la sensibilidad, la maternidad, la sumisión y el sacrificio de las mujeres (Valcárcel, 2008).

El racionalismo fue la base que sustentó el movimiento ilustrado. El dominio de la naturaleza era primordial y debía estar subordinada a la cultura, la ciencia y la tecnología, sinónimos de progreso y civilidad; y bajo esa lógica se entiende que dentro de la naturaleza los sentimientos y sobre todo, las mujeres, están presentes. Este momento histórico no separaría el sexo biológico de lo que cada ser humano debía asumir como su rol en sociedad, por eso resulta sencillo entender los argumentos por los cuales se le negó la ciudadanía a las mujeres, aun considerando la falacia de este “argumento lógico” sus implicaciones perdurarían durante más de un siglo antes de cambiar. Más adelante, se sabrá que no solo el racionalismo implicó limitaciones en la vida de las mujeres sino que afectó de manera significativa la subjetividad masculina (Seidler, 2000).

La primera Ola del Feminismo no tuvo un gran impacto ni social, ni político, las mujeres siguieron siendo consideradas menores de edad a cargo de padres, esposos e hijos; no tenían derecho a poseer bienes y su educación estaba considerablemente limitada. Pero fue gracias al eco de esas voces femeninas (y algunas masculinas) que se gestó una incipiente lucha por la tan deseada igualdad, y una vez iniciada, nunca cesaría. Quizá al inicio con pasos inseguros pero constantes, y gracias a eventualidades de orden mundial fue logrando sus principales objetivos.

La revolución industrial provocó una resignificación de la vida de las personas en todo el globo. La mujer tuvo la necesidad de salir de su casa para incorporarse al trabajo fabril con todo y sus vicisitudes, puesto que a partir de entonces la doble jornada femenina se hizo presente, pero al mismo tiempo abrió la oportunidad de que las mujeres participaran en otro sector económico. El nuevo orden liberal nacido en el Siglo de las Luces y la Revolución Francesa, ahora reinante en un ambiente de progreso y civilidad, perpetuaba lo que en un inicio se había destinado tanto para hombres como para mujeres.

Nace el amor romántico, o Misoginia romántica (Valcárcel, 2008), puesto que la producción científica, filosófica y literaria se dedicaría a crear imágenes de mujeres débiles y carentes de fuerza e intelecto que necesitan ser protegidas por un varón. Hegel, Schopenhauer y Nietzsche entre otros, harían declaraciones respecto a la naturaleza y alcances de las mujeres, y el consenso general era que tenían que ser alejadas de cualquier instrucción intelectual.

La lucha de las mujeres no quedaría sólo en declaraciones y buenas intenciones. En América, Lucretia Mott (1793-1880) y Elizabeth Cady (1815-1902) convocaron a una reunión en donde se celebró la Declaración de Seneca Falls, el cual se posicionaba en contra de la negación de los derechos civiles y jurídicos para las mujeres. Este documento es considerado el primer programa político feminista (Varela, 2005). Desde entonces, empezó la organización colectiva de mujeres a favor de sus derechos.

Esta convención surgió como protesta y respuesta al Congreso Antiesclavista Mundial, celebrado en 1840 en Londres. En el, se abolió la esclavitud pero no se tomó en cuenta el derecho al voto para la mujer y las integrantes de la delegación Norteamericana, fueron echadas tajantemente del Congreso.

A pesar del trabajo realizado al lado de los grupos abolicionistas, en 1866 la Decimocuarta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos concedió el voto a los esclavos pero no a las mujeres y ante la protesta, nadie ayudó la causa feminista. Sin embargo esto no fue una limitante, se crearon asociaciones organizadas todas por estas sufragistas en 1869, como la Asociación Nacional pro Sufragio de la Mujer (NWSA por sus siglas en ingles); movimientos que utilizaron la protesta pacífica (Op cit) que tuvo sus efectos sólo hasta 1918 cuando el presidente Wilson y el congreso aprobaron la Decimonovena Enmienda a su constitución permitiendo el sufragio que entró en vigor hasta 1920 (Gamba, 2008).

En Inglaterra fue un tanto complicado, la protesta llegó a la confrontación violenta entre mujeres y la policía, en la que varias activistas tuvieron que cumplir condena (Varela, 2005). En 1832 y en 1866 se presentaron documentos como el "Ladies Petition" apoyados por diputados como Stuart Mill y Henry Fawcett. Ante la negativa del Parlamento inglés para reconocer social y legalmente a la mujer, se crearon organizaciones para apoyar la causa; Lidia Becker (1820-1890) organizó la Sociedad Nacional pro Sufragismo de la Mujer mientras que Emmiline Pankhurst creó en 1903 la Woman's Social and Political Union que se caracterizó por actos violentos y sabotaje (Gamba, 2008), siendo arrestadas y cumpliendo condenas de trabajos forzados hasta que la Primera Guerra Mundial se desató. El Rey Jorge V les brindó amnistía a todas las sufragistas que años antes había

condenado. Esto fue con el propósito de que las mujeres ocuparan los cargos que los hombres habían abandonado por formar parte del ejército británico y marchar a la guerra. Pankhursts fue encargada del reclutamiento y selección de las mujeres y a cambio de ello, en mayo de 1917, fue aprobada la ley que permitía a las mujeres por primera vez votar en Inglaterra (Varela, 2005).

Una vez conseguido el voto, se pensaría que la lucha de los grupos feministas había llegado a su objetivo. Pero ese solo fue el inicio, las sufragistas dentro de sus demandas querían la reivindicación del derecho a la educación superior, derecho a poder ejercer su profesión, compartir la patria potestad de los hijos y poder administrar bienes propios (Op cit), cuestiones que llevaría más tiempo resolver.

La Segunda Ola feminista alentó a más mujeres a continuar la protesta, porque, a pesar de que se logró obtener el sufragio en la mayoría de los países europeos al finalizar la Segunda Guerra Mundial, las mujeres al volver los hombres, se vieron obligadas a regresar a lo privado; campañas publicitarias les mostraban a las mujeres (ahora modernas y liberadas) que su verdadero éxito se demostraba dentro del hogar (Valcárcel, 2008).

Tan sólo unos años después, Beauvoir, filósofa existencialista francesa, escribiría una de las obras de mayor trascendencia para las mujeres, texto fundamental que sería la base para el surgimiento de la Tercera Ola Feminista, *El segundo sexo* (1949), y que según Amorós (citado en Varela, 2005), el feminismo del siglo XX es una nota a pie de página de esta obra porque resultó ser uno de los estudios más completos sobre mujeres.

Beauvoir señala puntos trascendentales que se han seguido estudiando hasta la fecha: el androcentrismo social, la otredad de la mujer como sinónimo de relaciones asimétricas, la negación de la existencia femenina auténtica, etcétera, y la conclusión a la que llegó después de haber abordado varias disciplinas para conocer y entender la femineidad, es que “no hay nada biológico ni natural que explique esa subordinación de las mujeres” (Op Cit, p. 85) . *El segundo sexo* nació cuando el feminismo se encontraba desarticulado, ya no se creía más en la lucha feminista.

Años después Betty Friedan aparecería con su libro *Mística de la Femineidad* (1963), otra piedra angular para el nuevo feminismo que comenzaba a surgir sobre todo en Estados Unidos. En él hizo un análisis de la sociedad norteamericana posbélica, criticando el modelo femenino impuesto por los medios de comunicación a la mujer estadounidense, en donde se le trata de convencer de

que el papel más importante que puede desempeñar es el de esposa, madre y ama de casa antes que profesionalista (Op Cit).

“El problema que no tiene nombre”, así se le denominó a ese sentimiento que las mujeres felizmente casadas y con hijos sentían, aunque habían cumplido con todo aquello que se les pedía para alcanzar el éxito y la felicidad como mujer, al parecer, muy por el contrario, solo les provocaba un vacío y una falta de sentido. Friedan en su libro, se dispuso a estudiar este fenómeno, este sentimiento que se apoderaba de las mujeres amas de casa al parecer por el poco acceso a lo público y a la exclusividad a lo reproductivo (Fuster, 2007).

El trabajo de Simone Beauvoir y Betty Friedan lograron revivir un movimiento que parecía no tener futuro, y no porque careciera de propósitos, sino porque faltaban voces que expusieran sin miramientos realidades que sofocaban a la mayoría pero que pocos podían siquiera vislumbrar, mucho menos comprender y mencionarlo como el problema que era y no como el orden natural de las cosas: expresión que desde siempre se usó como la explicación y el justificante de todo lo puesto en cuestionamiento. Friedan creó una de las organizaciones más importantes del siglo XX, la Organización Nacional para las Mujeres (NOW en inglés) el 29 de octubre de 1966. A partir de la publicación de estas obras, y de la creación en Estados Unidos de la NOW empezaría una nueva etapa para el feminismo, el cual llevaría a la transformación cualitativa del mundo desde lo político, social y académico y del cual se desprenderían los estudios sobre los hombres o de masculinidades (Varela, 2005).

Durante las dos siguientes décadas posteriores a la guerra y después de la publicación de estos libros, se gestaron y constituyeron diversos movimientos de resistencia, contestatarios y de liberación. Las mujeres se organizaron muy aparte viendo que ningún grupo de izquierda tomaba en cuenta sus peticiones. Nuevamente organizadas tenían ya una tarea en común: proporcionarles a las mujeres un espacio digno para ellas ya no solo desde el plano jurídico y social sino personal, y crear un discurso hecho por ellas y para ellas que diera cuenta de su realidad y sobre todo de sus experiencias como mujeres, es decir, comenzar a investigar y conocer la subjetividad femenina (Bellucci, 1996).

Si bien Friedan y Beauvoir señalaron acertadamente cuál era el problema, no proporcionaba una explicación sobre la subordinación y exclusión femenina ni mencionaba alternativas de vida (Varela, 2005), sin embargo la NOW fue el primer paso, reivindicando la igualdad de oportunidades y poniendo fin a la discriminación de mujeres y de grupos marginados.

Movilizaciones, incentivación del uso de métodos anticonceptivos, la despenalización del aborto, la creación de grupos de autoayuda, la resignificación de las relaciones de pareja, el autoconocimiento corporal, etcétera, fueron sucesos que marcaron los años sesentas y poco a poco cada país contó con su propia organización de mujeres a favor de la igualdad y la libertad. A partir de 1970 el feminismo se dividió de acuerdo a su propia perspectiva: feminismo de la igualdad, radical, de la diferencia, institucional y actualmente los ciberfeminismos; cada uno desde su trinchera abordando temáticas concernientes a las mujeres, las relaciones de poder, la violencia, etcétera; encaminados a mejorar la calidad de vida y nuevas opciones de desarrollo para las mujeres (Varela, 2005).

Es así, como la Tercera Ola del feminismo inició un análisis de las relaciones entre hombres y mujeres para eliminar cualquier desigualdad existente; se constituyeron estudios realizados en las universidades de los países más desarrollados. Los primeros estudios tuvieron como objeto de estudio a las mujeres y los contextos en donde se desarrollaban, por lo que se les denominó Woman Studies.

Algunos de los propósitos y objetivos de los estudios de las mujeres eran cuestionar y resignificar los conocimientos obtenidos, ya que se aseveraba que el grueso del conocimiento científico obtenido hasta ese entonces se desarrolló bajo un enfoque androcéntrico; hacer un análisis reflexivo sobre el orden social y su relación con el patriarcado y la validez social de las mujeres; comprender las relaciones de poder y recategorizar la cultura de acuerdo a valores femeninos. Y siguiendo esa línea, sus principales focos de estudio fueron la vida cotidiana de las mujeres, la familia, la identidad genérica relacionada con la clase social, la raza y cultura y en los últimos años la subjetividad de las mujeres (Bellucci, 1996).

El género se convirtió en el eje central de análisis para comprender las relaciones entre sexos (León, 2006), un constructo social que permite el estudio diferenciado de mujer y hombre además de que ayuda a comprender las diferencias sociales entre los sexos. El patriarcado o sociedad patriarcal se tomó como elemento que permitió comprender la subordinación de las mujeres y otras minorías bajo un sistema jerarquizado en donde los hombres se posicionan en la punta de la pirámide. Estos fueron conceptos clave para el desarrollo de la teoría feminista sobre la diferencia de los sexos, conceptos que aportan y siguen aportando oportunidades de estudio.

Los Estudios de Mujeres (EM) iniciados en países industrializados como Inglaterra y Francia se extendieron a lo largo de occidente en años posteriores. Aunque en un inicio la resistencia fue significativa, los EM poco a poco fueron ganando terreno en varias disciplinas y su impacto fue significativo en las ciencias



sociales: antropología, historia, psicología, sociología, etc. Todo esto debido principalmente a que en la segunda mitad del s. XX la población femenina ingresó cada vez en un mayor porcentaje a las aulas universitarias (Bellucci, 1996). Estos estudios a la par de los movimientos feministas impregnaron las aulas y poco a poco las docentes, principalmente, abordaron este campo de estudio. En un inicio tuvieron obstáculos que superar para ser reconocidos, pero fue precisamente gracias a los movimientos feministas que se logró un acceso legitimado a las ciencias y al estudio de lo femenino, cuyos principales focos de investigación fueron: a) entender la diferencia de los sexos; b) Dar cuenta si las teorías vigentes son reproductoras de prejuicios (Bellucci, 1996; Burin & Meler, 2009); c) ¿Cuál sería el tipo de conocimiento y cómo hubiese sido la construcción del conocimiento si las mujeres hubiesen participado en el mismo?

Los Woman Studies se convirtieron en una corriente multidisciplinaria y heterogénea en tanto a marcos teóricos y metodologías, sin embargo, y después de su prolífica producción en cuanto a estudios e investigaciones en los años setentas, los Estudios de Mujeres empezaron a suscitar críticas y demostrar debilidades debido a que toda la investigación obtenida tenía una perspectiva que se dirigía hacia una sola dirección, en la cual el otro no era pensado ni reconocido. En la década de los ochentas comienza a perfilarse una nueva corriente que abarcara las relaciones entre hombres y mujeres, y es así como surgen los Estudios de Género (Burin & Meler, 2009).

Estos estudios, así como su antecesor, son un campo multi y trans disciplinario. González (2009) señala que el objetivo de los Estudios de Género (EG) son las relaciones socioculturales entre varones y mujeres y asimismo relaciones entre los mismos sexos partiendo de que el concepto de mujeres y hombres, (o femenino y masculino) son construcciones sociales y no son características naturales e inmutables de los seres humanos.

Burin y Meler (2009) describen los estudios de género como el “segmento de la producción de conocimientos que se han ocupado de este ámbito de la experiencia humana: las significaciones atribuidas al hecho de ser varón o ser mujer en cada cultura y en cada sujeto” (p. 20). Scott (1996), por su parte, aclara que el género, o los EG tienen mucho que ver con su acogida política, siendo un eufemismo para el Estudio de Mujeres, que permitiría darle “neutralidad” y “objetividad” a tema. Sin embargo esta acepción trae consigo una más relevante y la cual no se debe perder de vista, es el hecho de los Estudios de Mujeres tienen necesariamente información sobre los hombres y un estudio necesariamente implica al otro, y los EG permiten considerar esta afirmación.

Otra característica importante de los EG es que plantean que ningún conocimiento científico ha sido neutral (González, 2009), es decir, el conocimiento instituido se construyó de acuerdo a los intereses de los que sustentaban mayor poder económico o de lo que se considera normativo, en este caso el comportamiento y el saber masculino; por lo que buscar un nuevos conocimientos, incluyentes y sin sesgos debido a un enfoque androcentrista, sería uno de los objetivos principales con los cuales se trabajaría desde la perspectiva de género.

Los Estudios de Género pretenden ofrecer nuevas construcciones para conocer y descubrir cómo tanto hombres como mujeres perciben su masculinidad y su femineidad respectivamente, brindando la oportunidad de construir vínculos fuera del campo semántico de dominación al que han estado supeditados según la teoría. Para Burin y Meler (2009), los Estudios de Género están inscritos en la Cultura de la Postmodernidad mientras que los Estudios de las Mujeres permitieron la entrada de las mismas en la Modernidad.

Una cuestión de suma importancia señalar, son los aspectos y objetivos claves bajo los cuales los EG trabajan. Scott (citado en González, 2009) junto con Connel (2003), toman en consideración que los EG debe romper con posiciones esencialistas y estáticas, para ello se debe hacer una crítica a las teorías e investigaciones que trabajen bajo el constructo de mujeres y hombres como sujetos estáticos y ahistóricos. Estos estudios deben centrarse en el análisis de las asimetrías sociales y los juegos de poder; situar a los sujetos sociales como centro del análisis sin perder de vista la importancia de los significados y representaciones de la cultura en donde se desarrolla y abordar la identidad de género como una categoría para analizar.

Los EG desde la década de los ochentas se enfocaron en particularidades más que en una gran teoría explicativa y en los cuales se visibilicen sectores poblacionales que no corresponden o no entran dentro de las categorías estudiadas por las feministas, como son las mujeres lesbianas, de otras etnias, de nivel socioeconómico medio o bajo, así como hablar de los varones que no están en posiciones de poder ni se inscriben en modelos que la teoría feminista pensó para la masculinidad en general (Burin & Meler, 2009).

### **1.1.1. Sexo y género, qué son y cómo se relacionan**

Desde los primeros estudios realizados en torno a la realidad de las mujeres, se buscó sustento teórico para dar explicación a las afirmaciones que se hicieron desde años atrás respecto al papel subordinado que desempeñaban ellas y el

ejercicio hegemónico del poder por parte de ellos. Es entonces cuando el género surge como categoría analítica para explicar las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres.

Los orígenes del concepto pueden rastrearse hasta las mismas obras de Poulain de la Barre, Olimpia de Gouges y Mary Wollstonecraft, ya que en sus manifiestos y escritos dejan claro su consideración de que la inferioridad de la mujer no está dada por un orden natural, sino sociocultural. A mediados del siglo pasado, Simone Beauvoir y Margaret Mead llegan a la misma conclusión desde sus respectivos trabajos, pero el desarrollo teórico de la categoría género se debe principalmente a las investigadoras feministas americanas (Martín, 2006) ya que, de ser ciertas las aseveraciones sobre el carácter social de la desigualdad, entonces había una urgencia en separar el sexo biológico de las cualidades humanas y sociales.

Antes de ser utilizado en los estudios feministas y de género, la palabra *gender* fue usada primero en la antropología, (Martín, 2006; Tubert, 2003; Valcárcel, 2008), la cual a finales del siglo XIX se interesa por las diferentes prácticas realizadas por mujeres y hombres en las comunidades que eran su objeto de estudio y se usa precisamente para hacer esta distinción entre el sexo biológico y el sexo cultural (Valcárcel, Op Cit).

En 1955, el sexólogo John Money fue el primero en utilizar el término *gender role* en su trabajo de investigación para referirse a la influencia de la cultura en la formación de la identidad sexual. Robert Stoller (1968, citado en González, 2009), usa el término para distinguir entre el sexo social asignado y el sexo biológico. Además establecería en sus estudios que lo psicológico no está determinado exclusivamente por la anatomía sexual. Stoller, al hacer esta distinción, da cuenta también de esta oposición entre naturaleza y cultura, y que el sexo no determina el género (Op Cit), por lo que puede hablarse de combinaciones genéricas y de sexo para la configuración identitaria de una persona.

Es importante señalar qué es y en qué consiste hablar de género, aunque hay que considerar el hecho de que el género no tiene una definición unívoca de lo que pretende representar, es un concepto que se va moldeando de acuerdo a la rama de conocimiento donde se utilice y que se va reelaborando conforme avanzan las investigaciones (Martín, 2006).

Gamba (2007) señala que el género es una categoría transdisciplinaria con rasgos psicológicos y socioculturales atribuidos a cada sexo en concordancia con el momento histórico donde se ubique. Surge como categoría analítica que explica

las desigualdades sociales respecto a las relaciones entre mujeres y hombres. Martín (2006) define el género como una creación social, una representación colectiva de lo que para cada cultura significa ser mujer u hombre; los atributos que se asociarían con una de las dos categorías sexuales existentes, por lo que estaría marcado por un dualismo. Téllez y Verdú (2011) conceptúan el género como la palabra que señala las características sociales que construyen la definición de lo que es masculino y femenino en cada cultura; para estos autores, el género puede entenderse como la red de rasgos de actitudes, sentimientos, valores y conductas que diferencian a cada sexo.

Scott (1996) al definir género menciona que es una construcción social de la diferencia sexual, “una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de mujeres y hombres... una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado” (p. 7). Esta categoría forma parte de las relaciones de poder y que en tanto construcción de significados se configura de acuerdo al contexto, situación social y cultural de los sujetos en un determinado tiempo.

Esta misma autora menciona que el género tiene cuatro elementos constitutivos a tomar en cuenta para su estudio: 1) los símbolos culturales, 2) los conceptos que dan significado a los símbolos, 3) las nociones de orden político, social e institucional y 4) la identidad subjetiva. Scott es una teórica historiadora cuyo trabajo es uno de los que más ha contribuido al estudio y comprensión del género, y con estos elementos complementa y describe de manera pormenorizada lo que el género representa como categoría analítica, aunque como ya se mencionó, su definición y sentido tiende a variar de una disciplina a otra.

Por ejemplo, González (2009), hace referencia a los estudios comparativos de los comportamientos entre hombres y mujeres basándose en un análisis estadístico y psicométrico para identificar las diferencias ligadas al sexo de los participantes. Se sabe actualmente gracias al avance en las investigaciones relacionadas al género, que el estudio comparativo no tendría ninguna relevancia y por el contrario, llevaría a sesgos metodológicos dado que estas diferencias son producto de aprendizajes y construcciones sociales (modificables). Sin embargo, las investigaciones en psicología sobre el sexo y el género, comenzarían siendo estudios comparativos (Jayme & Sau, 2004), ahora se entiende que abordaban una explicación biologicista, pero a fin de cuentas brindaron un primer acercamiento al estudio de las diferencias entre los sexos, aunque estos estudios reforzaran la visión complementaria y excluyente de hombres y mujeres, el binarismo sexual y en ocasiones con estudios hechos en su mayoría con varones que se generalizaban a toda la población.

Carrasco y García (1999) enfocándose en la psicología, hablan de ese sesgo metodológico que impregnó las investigaciones en torno al sexo y a los estudios comparativos, realizando investigaciones en donde el género de los participantes y mucho menos el del investigador eran tomados en cuenta, dando lugar a resultados parciales que favorecían en su mayoría al género masculino. Sin embargo, recalca que, gracias a la introducción del constructo Género, las cualidades de cada persona como ser sexuado y su aprendizaje de roles y prácticas sociales en torno al género al que pertenecen, empezaron a tomar relevancia al punto de ser elementos fundamentales para comprender el desarrollo psicológico de las personas, demostrando que el investigador o investigadora influyen tajantemente en los resultados de los mismos.

Barberá (1998), plantea también, desde el ámbito psicológico, que el género es un elemento dinámico susceptible a las variaciones espacio-temporales e interindividuales, que forma parte de la realidad subjetiva del comportamiento humano. Esta categoría, según la autora, tiene un carácter universal, sin embargo no afecta del mismo modo al ser humano de determinado lugar, ni en determinados momentos de su vida, como por ejemplo, en la adolescencia y en la vejez. Y además, el género jamás se verá aislado, por lo que otra cualidad de esta categoría es que rompe con la polaridad de lo público-privado, exterior-interior, superior-inferior, haciendo posible enfocarse el contexto de estas dicotomías (Ortega, 1996), permitiendo además que las mujeres puedan ser analizadas en espacios públicos y los varones en espacios privados.

Desde la psicología, hay que considerar al género como una categoría en la que actúan tres elementos constituyentes: lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural. Lo biológico determinado por los procesos de sexuación, desde lo psicológico lo subjetivo, el aprendizaje de roles y lo comportamental, y desde lo sociocultural, cuando intervienen las construcciones sociales que se han hecho en torno al género como criterio básico de organización social, su significado y su proceso histórico (Barberá, 1998).

El género no puede comprenderse ni estudiarse si se le separa de otra categoría igual de relevante para su estudio, y esta es el “sexo”, considerado como todas aquellas características anatómicas de los cuerpos que incluyen genitales, características morfológicas, diferencias hormonales y cromosómicas (Maqueira, 2001, citado en Martín 2006). La Organización Mundial de la Salud (OMS) definió sexo como “el conjunto de características físicas, biológicas, anatómicas y fisiológicas de los seres humanos, que los definen como hombre o mujer” (s/p). El sexo está determinado por procesos de sexuación ontogénicos y durante la adolescencia en el cuál intervienen tres procesos fisiológicos: genético, hormonal y neuronal (Barberá, 1996). La primera diferenciación sexual será a nivel

genético cuando el embrión está en formación para posteriormente dar paso la diferenciación a nivel hormonal que tendrá dos momentos, antes de nacer y en la pubertad posteriormente. La última diferenciación será neuronal, es decir, la sexualización cerebral (Jayme & Sau, 2004), este proceso de diferenciación, desde el punto de vista biológico determina si el individuo será mujer u hombre o en ocasiones, una combinación de ambos.

Es por eso que, por consenso general dentro de los estudios de género y de las distintas ramas de conocimiento, se acepta que las diferencias de los cuerpos sexuados se dividen en tres categorías: las biológicas y las psicológicas y socio-culturales. Unas están dadas de manera intrínseca y no son afectadas por el contexto, las cuales están referidas a la diferenciación sexual y al sexo como tal; las otras, como ya se ha mencionado, dependen del individuo, su construcción subjetiva y del contexto que les contribuirá a dar un significado que irá acorde con cultura en donde se ubique dando origen a su identidad genérica.

No obstante, a pesar de delimitar y subrayar las naturalezas de cada concepto, sexo y género están íntimamente relacionados. Barberá (1998), refiere que aunque se hagan estas especificaciones, la delimitación de sexo/género será siempre difícil porque el género nunca llegará a ser completamente independiente de los procesos de sexuación. Esto suele verse reflejado incluso en la constante confusión que se tiene sobre su correcto uso, a lo que se refiere uno y otro e incluso su origen etimológico. La cuestión parece no resolverse aunque uno de los propósitos de los EG ha sido revelar esta distinción. Pensar en ello lleva irremediablemente a plantear las problemáticas existentes en torno a la ambigüedad o uso excesivo en algunos casos de la propia palabra Género.

La palabra *gender* es un anglicismo que en lengua castellana no tiene equivalente, es decir, género no es la traducción literal del término empleado por las feministas americanas para hacer distinción entre lo social y lo biológico. Tubert (2003) menciona que además de no tener una fiel traducción al castellano, se expresa como un término clasificador que en vez de dar solución a las nociones binarias en torno al sexo, parece exasperarlas. Y eso se demuestra con el hecho de definir y reducir sexo y género a categorías excluyentes y opuestas, al mismo tiempo que continúa con la visión binaria de los sexos. Así lo señala de igual manera Sau (1995, citada en Jayme & Sau, 2004), se articula una diferenciación cualitativa en el estudio de lo comportamental del sexo y lo biológico y sus diferencias, poniendo de relieve categorías contradictorias y complementarias: naturaleza/cultura.

Judit Butler (citada en Tubert, 2003), por su parte, considera que el sexo natural o biológico, no lo es en realidad ya que, igual que el género, es una

construcción hecha sobre un cuerpo. “El sexo es un producto de los discursos y prácticas sociales, aunque se lo construye como no construido” (Op Cit, p. 9), esto crea una gran contradicción, pues si ese es el caso, tanto el género como el sexo son construcciones hechas en torno al cuerpo y hablar sobre diferencias sexo/género carece de sentido.

¿Por qué se sostendría que ambas son construcciones? Según Tubert, actualmente aún no se distingue de manera clara qué expresiones o comportamientos de los seres humanos están completamente determinados por su biología y cuáles son producto de su aprendizaje, pero sí se puede hablar de la influencia que el ambiente (social, cultural, geográfico) ejerce sobre lo biológico, como prueba de ello se tiene el lenguaje (Op cit). Unger, (citada en Jayme & Sau, 2004) sostiene igualmente la dificultad de reconocer y diferenciar entre procesos concernientes a la biología y los psicosociales ya que son interacciones complejas que se influyen mutuamente pero se desconoce hasta qué grado. Entonces, el sexo, incluyendo todos los procesos morfofisiológicos que permiten su manifestación en el cuerpo, son en realidad una interpretación y construcción de atributos que la sociedad a lo largo de la historia le confirió a sus elementos constitutivos y no son esencialmente lo que se cree que son. Incluso éstos se modifican por la misma sociedad que los naturaliza, es decir, el sexo al igual que el género, es discursivo.

Es necesario, finalmente, mencionar y considerar los alcances y limitaciones principales por los que atraviesa la categoría Género porque, la idea principal es considerar que puede caerse en estos equívocos, que es necesario alejarse de cualquier determinismo al hablar de las relaciones y diferencias entre individuos sexuados; y sobre todo, es preferible tomar en consideración que no son manifestaciones y procesos que ocurren paralelamente, sino que lo hacen interrelacionándose, influenciándose mutuamente, que tanto sexo y género son productos discursivos de la teoría, pero aun siendo esa su naturaleza, se pueden abordar como categorías de análisis lo suficientemente sólidas para realizar nuevos estudios sobre el tema.

Es por eso que, al hablar de género o Estudios de Género, se deben de tomar en cuenta estas consideraciones, y no abusar del mismo o suplantarlos por sexo, generando problemas teóricos y metodológicos. E incluso como suele ocurrir, vincularlo única y exclusivamente como estudios feministas sobre las mujeres. A pesar de algunas de sus contradicciones, con su uso adecuado, aún es una categoría vigente para su estudio, pues el género es una categoría relacional que incluye al hombre y a la mujer, que en el caso de la psicología, permite indagar las construcciones subjetivas y de identidad que las personas hacen en torno a su sexo permitiendo un estudio que se aleja de lo descriptivo

para alcanzar nuevos niveles en donde sea posible la reflexión y el entendimiento de estos procesos únicos en el ser humano.

## **1.2. El Género como factor elemental para la construcción de la identidad**

Los seres humanos estamos formados por factores bio-psico-socio-culturales, que se interrelacionan y trabajan dialécticamente para dar como resultado la identidad y singularidad de cada individuo, sin embargo esto no sería posible si no se tiene en cuenta que cada proceso está supeditado a la subjetividad e intersubjetividad. Tal y como lo menciona Salguero (2007), estos elementos son los responsables de que cada persona haga una reflexión sobre sí misma y su entorno identificándose y diferenciándose de los que le rodean.

La identidad, propiamente, se refiere a procesos en los cuales la persona puede asumirse en determinado contexto y tiempo como alguien que es y que tiene conciencia de sí mismo, y que es capaz de expresarse a modo de diferenciación de otros; identificarse con determinadas categorías, desarrollar sentimientos de pertenencia, mirarse reflexivamente y establecer narrativamente su continuidad a través de transformaciones y cambios (De la Torre, 2001). Por su parte Martínez y Bonilla (2000) concuerdan en que la identidad es un proceso donde se establecen diferencias entre el “yo” y la alteridad donde lo referente a la identidad sexual tendrá una gran relevancia.

Wenger (2001) asocia la construcción de la identidad con los significados y la experiencia de cada individuo en su contexto, o como este autor lo denomina, su comunidad de práctica. La identidad permite hacer una conexión entre lo individual y lo social haciendo posible conocer tanto la experiencia particular como su carácter social y relacional. Asimismo, remarca que estas dos acepciones (lo individual y lo social) no son necesariamente elementos antagónicos que constantemente se enfrentan, sino que se retroalimentan, es decir, se puede de hablar de uno en función del otro. Esto da como resultado la identidad del individuo siempre situado en un espacio-tiempo. Además de ello, Wenger habla de una comunidad que sirve de negociador/mediador en el desarrollo de la identidad. Estos son elementos que según el autor describen y explican cómo funciona la identidad en la comunidad de práctica:

- La identidad es una experiencia negociada: los seres humanos definen quiénes son por la manera en cómo expresan su yo y por medio de la participación en la comunidad.



- La identidad permite una afiliación a la comunidad en tanto el ser humano se define en función de lo familiar y lo desconocido.
- El ser humano construye su identidad de acuerdo a su trayectoria de aprendizaje y al reflexionar sobre su origen y sus expectativas y metas.
- La identidad se define de acuerdo a su nivel de afiliación y participación en diversos contextos y prácticas.
- La identidad se construye en relación entre lo general y lo particular. Esto a manera de negociación de pertenencia a un sector particular que a la vez pertenece a otro más amplio y que permite la expresión de estilos y discursos de acuerdo a ese sector.

Estos paralelismos entre comunidad e individualidad, explican lo que el autor menciona acerca de cómo uno está en función del otro: lo individual en función de lo social y viceversa; y de cómo se interrelacionan para construir la identidad del individuo siempre situada en su realidad.

Así pues, la identidad queda definida principalmente por ser un proceso de reflexión subjetiva acerca del “¿Quién soy?”, sobre el cuerpo y sobre el lugar en donde el individuo crece y se desarrolla y los otros, y cómo se identifica y diferencia de esos otros. Esta reflexión, en sintonía con la realidad del individuo y principalmente con sus características personales, casi siempre referidas al cuerpo, y de manera más puntual al sexo y al género, son las que intervienen en el proceso de construcción de la identidad.

Cuando nos referimos específicamente al binomio sexo/género hay que hablar de tres realidades presentes en el desarrollo de la identidad tanto de género como sexual: lo biológico, lo psicológico y lo social. Ya se ha mencionado anteriormente qué es el género, cómo surgió en tanto categoría de análisis y cuáles son sus principales características que lo definen, así como del sexo y su naturaleza biológica. Sin embargo, aún no se ha abordado la parte más importante y esencial que da lugar a su representación en la sociedad y la cultura, la cual se refiere a distinguir el género y el sexo como elementos identitarios, ambos partiendo del dimorfismo sexual.

La identidad de género ha de sustentarse necesariamente en la identidad sexual (Fernández, 2004, en Barberá, 1998) definida principalmente por ser, según Maccoby (1990, citado en Martínez & Bonilla, 2000), como una “elaboración cognitiva que ambos sexos realizan partiendo de la toma de conciencia de su propia imagen corporal, de su sexo morfológico” (p. 88). Asimismo, la identidad sexual está constituida, además de la identidad de género y el sexo biológico por

el rol de género y la orientación sexual (Bardi, Leyton, Martínez & Gonzáles, 2005), y que en su conjunto serán uno de los ejes principales por los cuales el individuo se relacionará consigo mismo y a nivel social.

Sin embargo, el énfasis girará en torno a la identidad de género, debido a que el individuo no crea un juicio a priori sobre sí mismo, este es el resultado no solo de su propia percepción sino además del significado, valor y simbolismos culturales y sociales que se le atribuye al sexo al que cree y decide pertenecer asumiéndose además en contraste con los del otro sexo/género. Martínez y Bonilla (2000) mencionan que el género, como variable moduladora de procesos cognitivos y emocionales, en los que está contenida intrínsecamente una dicotomía entre las características femeninas y masculinas, crea un proceso de modelado (conductas típicas de cada sexo, que el individuo desde temprana edad aprenderá a seguir), estableciendo una relación dialéctica entre sexo y género o entre la asignación y la identidad, junto con los significados y símbolos sociales alrededor de los mismos. Esta culturización de las diferencias físicas va a tejer una red en donde el individuo se va a posicionar desarrollando su propio yo, “experimentando su identidad corporal, psíquica y social” (Op Cit, p. 57).

El género funciona en dos niveles, de manera colectiva (social) y de manera individual. El género en el ámbito social implica la adaptación personal a las expectativas y roles que se le imponen, mientras que en el terreno individual se refiere a cómo el individuo vive su género manteniendo su singularidad en contraposición a los otros. La identidad de género quedaría establecida como la auto-atribución de estas expectativas y su participación social desde ese posicionamiento (Sau, 1993, citado en Jayme & Sau, 2000). Por otro lado, Money y Ehrhard definirían en sus estudios que la identidad de género es la experiencia personal del rol de género en la sociedad además de ser este una construcción social (Op Cit).

Empero, la identidad genérica no es un hecho estático que una vez dado no se modifique, esta es además, un fenómeno que hunde sus raíces hasta la primera infancia (Matud, Rodríguez, Marrero & Carballeira, 2002), e incluso podría afirmarse que desde antes del nacimiento, por lo que para poder comprender el cómo a un ser humano se le asigna un género en correspondencia con el sexo, y cómo construye una identidad en torno a este hecho, es importante partir de la génesis de la misma, es decir, desde los procesos de sexuación ontogénicos, ya que como se ha señalado, el reconocerse (o no reconocerse) hombre o mujer, deviene principalmente del conocimiento y aceptación de las características anatómicas con las que se nace, de las cuales en la mayoría de los casos (si no se habla de ambigüedad genital congénita), hay dos posibilidades: mujer o varón. Este dimorfismo sexual es un fenómeno biológico resultado de diversos procesos

bio-fisiológicos que suceden desde el periodo ontogénico. El proceso de diferenciación sexual prenatal ocurre en cuatro momentos y niveles (Jayme & Sau, 2004):

**Cromosómico:** la diferenciación sexual ocurre durante la quinta semana, antes de ello se presume que todo embrión posee características para desarrollar un embrión hembra por lo que varios investigadores como Jost (1978, citado en Jayne & Sau, 2000) han manifestado que el convertirse en “macho” (a nivel cromosómico y gonadal) constituye una lucha donde hay que reprimir esa tendencia femenina e imponer la masculina, ya que cualquier mínimo fallo supone un riesgo de ser feminizado.

**Gonadal:** ocurre aproximadamente de la sexta a la doceava semana de desarrollo prenatal donde los cambios fisiológicos y anatómicos comienzan a ser notorios dando forma a lo que posteriormente serán las gónadas femeninas o masculinas, éstas serán las características sexuales primarias que darán lugar a las características sexuales secundarias, durante la pubertad.

**Hormonal:** la diferenciación a este nivel ocurre cuando estas sustancias químicas llamadas hormonas son segregadas por las gónadas una vez desarrolladas. Y su papel será relevante en el periodo prenatal porque producen cambios permanentes en la organización de estructuras como el sistema nervioso y reproductor. En el caso de los hombres los andrógenos y en especial la testosterona, serán elementales para su diferenciación genital; en un segundo momento, las hormonas serán las responsables de las diferenciaciones sexuales secundarias.

**Cerebral:** la organización cerebral es distinta en hombres y mujeres, esta diferenciación ocurre durante la secreción prenatal de las hormonas al torrente sanguíneo y que llega al sistema nervioso central. Lo que determina que un cerebro sea femenino o masculino es la exposición a la testosterona ya que antes de eso el cerebro es sexualmente indiferenciado. Durante todo el ciclo vital estas hormonas determinarán en parte el comportamiento sexual del individuo y que estará regulado por el hipotálamo y la glándula hipófisis. La diferenciación sexual del cerebro está a cargo en primer lugar del hipotálamo y del control que ejerce sobre las hormonas segregadas que es distinta dependiendo el sexo.

En torno a la diferenciación cerebral, resulta fundamental aclarar que, si bien las hormonas controlan en parte la conducta sexual y reproductiva, no intervienen ni definen el comportamiento ni los procesos cognitivos y afectivos de las personas ya que esta diferenciación sólo es a nivel morfo-fisiológico (Op Cit). No obstante, deben ser tomados en consideración porque estas diferenciaciones,

aunque ocurran durante el proceso de formación prenatal, son las responsables de las diferencias genitales que serán el primer requisito para la asignación de género y que en consecuencia, esa asignación será el punto crítico de la identidad sexual y de género (Fernández, 1988, citado en Jayme & Sau, 2004).

### *Desarrollo de la identidad de género*

Hasta este punto se ha descrito cómo el dimorfismo sexual es, en un principio, el responsable de la asignación de género en cuanto los progenitores conocen el sexo del bebé, a veces antes del nacimiento; exceptuando asimismo, aquellos casos en los que se nace con alguna ambigüedad genital como lo son algunas alteraciones a nivel cromosómico que provocan el desarrollo de diversos síndromes, como el de Turner o Klinefelter, cada uno con sus respectivas variantes (Martínez & Bonilla, 2000), en las que la asignación de género resulta complicada y delicada tanto desde el punto de vista médico, como el psicológico y social.

Una vez hecha la asignación de género en concordancia con el sexo de nacimiento cabe preguntarse ¿cómo ocurre el proceso de construcción o de adquisición de la identidad de género? Fernández (2004) señala que a partir de los 3 hasta los 7 años, niños y niñas inician un proceso continuo de construcción de la identidad sexual al mismo tiempo que se construye la identidad de género, identificándose con los roles que la sociedad impone para cada individuo según su sexo. Este proceso, siendo un proceso continuo no se detiene, por tanto sufrirá transformaciones en concordancia con las etapas de desarrollo, por lo que la identidad sexual y de género tendrá tres momentos importantes: en la niñez, la pubertad y la vejez (Op cit). Sin embargo, el autor no es el único en exponer sobre cómo se construye y desarrolla la identidad, existen diferentes teorías que ofrecen su propia explicación sobre el tema; son diversos autores los que teorizan acerca del aprendizaje del género y la adquisición del mismo y la edad en las que ellos establecen que este hecho ocurre varía de acuerdo al enfoque; brevemente se revisarán las principales perspectivas explicativas sobre de este proceso centrados en la infancia:

En primer lugar, la identidad sexual y de género se explicó desde la teoría psicodinámica, que aborda la adquisición de género desde un determinismo biológico y podría ilustrarse muy bien con el aforismo “anatomía es destino”, teoría desarrollada principalmente por Sigmund Freud. Aunque él no se enfocó como tal en la identidad de género y solo hizo algunas menciones acerca de la distinción entre sexos, fueron posteriores psicoanalistas los que retomaron su teoría para ampliarla sobre este tema (Matud, et al, 2002). Este autor explicaba cómo el hecho de poseer determinada anatomía sexual marcaría diferencialmente las

experiencias del infante y futuro adulto, agregando además cada sexo generaría mentes distintas. Esta teoría supone además que la identidad sexual (y de género) estaría determinada por el descubrimiento de los genitales y la actividad sexual manifestada en las etapas oral, anal y fálica; la identidad aproximadamente a los cinco años se adquiere y se refuerza con la identificación de cada niño con el progenitor de su mismo sexo una vez resuelto el complejo edípico (Jayme & Sau, 2000). El enfoque psicodinámico desde la perspectiva de Freud resulta ser falocentrista, señala que la identidad se da en torno a las diferencias anatómicas genitales, específicamente a tener o no tener pene.

Desde la teoría cognitiva se sostiene que la identidad de género se desarrolla conforme la edad del niño y su etapa de desarrollo cognitivo, haciendo una interpretación activa de su entorno y una vez obtenidos los procesos básicos, la identidad es irreversible. Esta teoría es desarrollada por Lawrence Kohlberg (1966, citado en Matud, et al., 2002), quien afirma que el pensamiento es estructuralmente distinto al de un adulto, teniendo claras referencias a la teoría piagetiana del desarrollo cognitivo. Por ejemplo, plantea que los niños perciben su identidad sexual inmodificable a la misma edad en la que son conscientes de la invariabilidad de los objetos. Es decir, la identidad de género no se desarrolla necesariamente en torno a aprendizajes, sino al desarrollo de las estructuras del pensamiento, y que esta se consolidará hasta los cinco o seis años cuando se adquiere la constancia de género que se conforma de tres características: a) Identidad de género: ser capaz de etiquetarse como niño o niña, b) Estabilidad de género: reconocer que el género se mantiene en el tiempo y c) Consistencia de género: que es invariante a pesar de los cambios en apariencia o en actividad.

Para que pueda desarrollarse la identidad de género, Kohlberg (1966, citado en Matud, et al., Op Cit) establece que existen mecanismos por los cuales el niño adquirirá su identidad, los cuales consisten en una autovaloración egocéntrica con la cual llegará a la conclusión de que el sexo al que pertenece es el mejor. Las preferencias de los niños no están determinadas por normas y estereotipos sino por la valoración egocéntrica de todo lo parecido a él mismo; la valoración de los roles implícitos en el género y darles un valor moral a los roles de género, i.e., lo correcto es asumirlos. Así, la identidad sería el resultado de las valoraciones y evaluaciones cada infante hace de su realidad, y que por supuesto estará influida por el ambiente; finalmente los niños tenderán a identificarse con los adultos de su mismo sexo, en primer lugar de su progenitor o progenitora, según lo que plantea el autor, porque esta figura representa lo positivo que ellos desean (Op Cit, Jayme & Sau, 2000).

Por el contrario, la teoría del aprendizaje social está representada por aportaciones de Walter Mischel y posteriormente de Ashmore y Bandura

principalmente (Martínez & Bonilla, 2000) trabaja el desarrollo de la identidad de género utilizando los principios de aprendizaje de la conducta humana como el modelado, la imitación y el reforzamiento (Matud, et al.). Desde este enfoque, las conductas de uno u otro sexo son reforzadas diferencialmente lo que genera una conducta sexualmente tipificada (Mischel 1972, citado en Matud, et al., Op Cit). Estos autores argumentan que la tipificación sexual es un producto del medio social por los cuales los individuos adquieren conductas tipificadas de género, formas de sentir, pensar y actuar que son social y culturalmente definidas y diferenciadas por el binomio sexual.

Para que las personas adquieran una identidad de género, primero deben identificarse con su sexo de nacimiento y ser capaces de diferenciarlo, lo que llevará a que posteriormente discriminen las conductas adecuadas para cada uno; una vez adquiridas experiencias, las generalizarán poniéndolas en práctica en situaciones nuevas, siendo capaces de prever las consecuencias de sus acciones. (Martínez & Bonilla, 2000). Los niños tenderán a imitar aquellos modelos que les parezcan poderosos, se parezcan a ellos mismos y además, por el grado de recompensa que su conducta tenga, por tanto, los autores aseveran que tanto niñas como niños son capaces de aprender conductas tipificadas de ambos géneros sin embargo las consecuencias serán distintas para cada sexo y los niños aprenden esta distinción haciendo que repitan en mayor o menor medida una conducta o en todo caso extinguirla. Y es aquí en donde los padres juegan un papel fundamental, sin embargo no serán el único modelo de identificación que los infantes tengan ya que en la interacción con el medio podrán identificarse con otros cuidadores, personajes ficticios, otros niños, etcétera (Op Cit, 2000, Matud, et al, 2002).

Por último, la teoría del esquema de género y tipificación sexual, postula que los niños y niñas adquieren la identidad de género haciendo valoraciones y juicios utilizando los esquemas de género previamente adquiridos y procesados. Un esquema es una red de asociaciones, o esquema que permite organizar la experiencia y la información que el individuo adquiere del mundo. (Matud, et al, 2002). Cuando estos esquemas son activados, organizan, interpretan y generan un proceso de comprensión de las conductas propias y ajenas (Martínez & Bonilla, 2000).

Sandra Bem (Jayme & Sau, 2004) explica que el sexo biológico será la información básica en el proceso de formación del género, el niño partirá de esa información para que interiorice discursos y prácticas sociales que siempre estarán referidas a la dicotomía sexual, y los organizará a modo de esquemas culturales. En consecuencia, esta interiorización predispondrá al individuo a construir una identidad que sea consistente con esos esquemas interiorizados.

Como resultado se comportará de acuerdo a los roles de género y estereotipos del sexo al que pertenece y evaluará las conductas de otros (Bonilla & Martínez, 2000; Jayme & Sau, 2000; Matud et al., 2002;).

Esta autora además asevera que los estereotipos son difícilmente modificables, una vez adquiridos y utilizados, servirán de guía para dirigir la vida de las personas, sin embargo algunos estudios (Levy, 1987 citado en Matud et al., 2002) sugieren que los niños pueden desarrollar una mayor flexibilidad del rol de género de acuerdo a condiciones contextuales, como el hecho de que los progenitores ejerzan actividades propias del género opuesto.

Los diferentes enfoques que han estudiado la identidad de género concuerdan principalmente en que la identidad es un proceso que se adquiere desde la infancia variando únicamente la edad y el cual representa un proceso evolutivo que es irreversible y de suma relevancia debido a que funciona como elemento fundante en el cómo el niño y la persona adulta se relacionará con los demás y cómo dirigirá sus acciones y en general, su vida y la narrativa que generará en torno a ella.

La formación de la identidad de género es, un proceso dinámico y cambiante, este proceso acompañará al individuo durante todo su ciclo vital y se reafirmará modificará de acuerdo a las diferentes etapas de desarrollo. No obstante, aunque los acercamientos a la explicación del desarrollo y construcción de la identidad brindan una luz y una dirección a seguir para poder estudiar cómo ocurre este fenómeno, ninguno de los enfoques ha obtenido suficiente validación empírica (Op Cit), por lo que se deben de tomar en consideración las críticas y limitantes de cada enfoque así como evitar reducir la experiencia humana a factores ambientales, anatómicos o de interacción puramente social.

Sin embargo, como se mencionó, el hecho de que en la niñez ya el individuo pueda identificarse con su sexo de nacimiento y en uno u otro género no representa un hecho inamovible. El segundo momento crítico en la construcción de la identidad y no sólo la de género, es la adolescencia. Donde nuevamente el componente biológico juega un papel elemental pero no determinante, sólo desencadenan cambios corporales que provocarán una nueva reflexión del adolescente en torno a los cambios en su cuerpo en algunos casos podrían generar ansiedad duda o preocupaciones, sin embargo puede adaptarse a ellos individual y socialmente; es en esta etapa cuando la orientación sexual toma una relevancia trascendental para el joven (Bardi, et al., 2005).

Fernández, (2004) señala al respecto que es en este periodo del desarrollo en donde cuestionan los roles, aceptando o rechazando los roles que la sociedad

tiende a imponer, modificando además, el género conforme a la orientación sexual: heterosexual, homosexual, bisexual o asexual. Asimismo el género también varía en tipologías de acuerdo a la identificación del individuo: heterogénicos, homogénicos, agenéricos y bigenéricos, que se entenderán en dimensiones instrumentales (género masculino): fuerte, vigoroso, analítico; y expresivas (femenino): simpática, amable, tierna. Con esta clasificación, según el autor, se comprueba que hay una interdependencia entre sexo y género (Op Cit, p. 48), tal y como Money y Erhard (Jayme & Sau, 2000) sentencian en su trabajo: se nace con una neutralidad psicosexual, y es la experiencia y aprendizaje del individuo en el ambiente el principal responsable de la construcción de la identidad.

No obstante, aún no se puede comprobar que esta hipótesis es del todo verdadera, ya que la teoría del doctor Money suscitó muchas críticas debido a que en su trabajo con Bruce Reimer, a quien accidentalmente le mutilaron el pene durante la circuncisión, no tuvo los resultados esperados: después del accidente quirúrgico, la posterior castración y de reasignarle el género femenino sin revelarles ningún tipo de información de por medio, el niño jamás se identificó con el género femenino. Sólo hasta que después de diversos intentos de suicidio en la adolescencia, se le reveló la verdad, pudo construir su género y rol de acuerdo a como él desde pequeño se percibió, reconstruyendo sus genitales masculinos, adoptando un nombre masculino y relacionándose heterosexualmente (Schillo, 2011).

Lo que lleva a la reflexión sobre el grado en que la biología actúa en la construcción de la identidad, y cómo es que se relaciona por ejemplo con la construcción de la identidad en personas transexuales o intersexuales. En concordancia con lo anteriormente expuesto, el construir una identidad sexual es requisito para la identidad de género; ambos son procesos subjetivos de reflexión que parten de un hecho tangible, el morfismo sexual. Pero más allá de ello intervienen otros procesos que son más sutiles y ocurren a nivel hormonal y solo se observa el resultado de ellos, como son los caracteres sexuales secundarios. Y aunque se ha hecho la observación de que estos procesos, por ejemplo a nivel cerebral, no interfieren más allá de la conducta reproductiva, quizá su papel también esté presente en otras conductas tipificadas en las que en conjunto con los factores psicosociales trabajan dialécticamente.

En todo caso, es un hecho que tanto los factores biológicos, como los psicológicos, sociales y culturales interactúan constantemente desde el nacimiento hasta la muerte de la persona, construyendo, modificando y dando como resultado una compleja singularidad humana que no puede ser reducible a sus partes. El



conocimiento de la experiencia subjetiva es la que permite dar cuenta de esa complejidad y es ahí en donde centraremos el foco de atención.

### **1.3. Los estudios de masculinidades o Men's Studies**

El bagaje de información y estudios realizados sobre el género durante las décadas de 1970 y 1980 estuvieron en gran medida enfocados al estudio de las mujeres. Sin embargo, con el tiempo los hombres se convirtieron en una gran incógnita que con el tiempo llegó a representar un factor determinante en el avance de los Estudios de Género, debido al reconocimiento de que hombres y mujeres están relacionados intrínsecamente, y el no abordar una de las partes constituía un sesgo importante en la comprensión de las relaciones de género y la identidad. Es entonces cuando se empezó a prestar más atención.

Ponce (2004), señala que una vez reflexionando la posición y la condición social de las mujeres, plantear los problemas de la construcción de las masculinidades resultaba ser sólo cuestión de tiempo (p. 7). Y es que antes de ello, lo masculino, considerado como lo universal y objetivo no había sido analizado, era socialmente lo natural y normativo (Lomas, 2003). De ahí que ver a la masculinidad como una construcción genérica representó un cambio significativo, puesto que si se consideraba que la femineidad era aprendida ¿por qué la masculinidad no iba a serlo? Los estudios de género permitieron formular esta y otras preguntas fundantes del campo de los Men's Studies, y reconocer que el Género es una categoría relacional.

Los estudios de masculinidades, aparecieron principalmente en Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Reino Unido, Australia y Suecia, nombrándolos como Men's Studies (Jociles, 2001, López & Güida s.f.), a inicios de los 70's. En la posterior década tuvieron muy poco avance, pero adquirieron mayor interés durante los 90's hasta el día de hoy, cuya producción científica se ha extendido cada vez más y los temas de estudio son más diversos (Ramírez & Uribe 2008).

Según Amuchástegui (2001) el interés por el estudio de las masculinidades en el mundo anglosajón surgió principalmente porque los trabajos y las transformaciones acaecidas en el mundo por las feministas, llegaron al punto de incitar a algunos hombres a reflexionar sobre su papel en el sistema patriarcal; el ingreso de las mujeres al mercado laboral y el surgimiento de movimientos homosexuales y sus respectivos estudios, así como los documentos de Cairo y Pekín en donde se consideró la importancia de la participación de los hombres en temas reproductivos y el posterior financiamiento a esta causa.

En un inicio, los principales temas abordados fueron las diferencias culturales y los cambios sociales de las masculinidades, el poder, la construcción de la subjetividad, la violencia, la paternidad, la sexualidad, la salud y las políticas de cambio (Bonino, 2003). A decir de Jociles (2001), las principales contribuciones de los Men's Studies fueron los estudios empíricos, que han ofrecido información (sobre todo desde las ciencias sociales) de las prácticas de la masculinidad que caracterizan a determinada sociedad y época. Pero poco se habló del desconocimiento de cómo el cambio en los roles femeninos y la creciente competitividad a nivel laboral de las mujeres había afectado a los hombres. Así lo señala Viveros (2008), quien subraya que los trabajos sobre masculinidades realizados han hecho énfasis en el aislamiento de hombres y mujeres, pero no abordan las interacciones cotidianas entre los mismos y el efecto de esas mismas interacciones sobre las identidades masculinas (p. 39).

Debido a que el conocimiento de la realidad masculina se convirtió en una incógnita desde los estudios enfocados en las mujeres, al hombre se le identificó de manera generalizada con un modelo hegemónico, es decir, el del hombre en una posición dominante. Por lo que al reflexionar sobre este hecho, los Men's Studies han analizado que los hombres no son siempre como señala el modelo preestablecido según la teoría feminista. Badinter (1993) asimismo, rechaza un solo tipo de masculinidad, agregando que esta no es una esencia, sino una ideología aprendida socialmente. Por tanto, hablar de "la masculinidad" en singular, no es correcto, sino que hay diversas manifestaciones de la misma que varían según el tiempo y el lugar (Jociles, 2001). Es precisamente a partir de estos temas y cuestionamientos, que surgen grupos de hombres enfocados en reflexionar sobre los aspectos discutidos por las feministas, y que también buscaron un espacio para hablar por ellos mismos (Rodríguez & Uribe, 2008).

Estos estudios han permitido abordar desde otra perspectiva las relaciones de género y la asimetría que aparece implícita en ellas, impulsar programas de trabajo con varones, y fomentar la igualdad, teniendo como uno de sus objetivos conocer (y comprender) las distintas masculinidades para llegar a una transformación social. El acercamiento a estos estudios resulta ser un vehículo para explorar la construcción de la masculinidad, descubriendo cuán complejo es este proceso, y cómo hace mella en la subjetividad de los varones, ya que los estereotipos masculinos dominantes suelen crear un discurso que tiende a excluir a otros hombres (Rodríguez & Uribe, Op Cit). Un ejemplo claro de ello lo representan las minorías étnicas, hombres de clases sociales bajas y los homosexuales, por nombrar algunos.

A pesar de que la teoría feminista ha sostenido que el conocimiento en general ha sido visto desde el punto de vista masculino, desde los estudios de las

masculinidades, Núñez (2008) destaca que si bien se ha excluido a las mujeres del conocimiento científico en un pasado e invalidado asimismo su conocimiento, esto solo es una parte de la realidad. Y es que una vez que se puso en tela de juicio el conocimiento “falocentrista” se dio sentado que los hombres en su posición privilegiada, no eran sujetos de exclusión en el conocimiento y lo que ellos sabían tanto de sí mismos como del mundo era totalmente validado. En resumen, se daba por sentado que una característica inherente a la hombría era la capacidad de ser objetivo y guiarse por la razón, por lo que cualquier conocimiento aportado desde esta visión, sería socialmente aceptable, a diferencia de las mujeres, quienes gobernadas por sus sentimientos, no podrían lograr tal objetividad.

Sin embargo, también es cierto que los hombres también han sido excluidos del conocimiento. Son excluidos cuando se les describe bajo una categoría universalista sin considerar las características específicas del género, cuando se les niega la posibilidad de conocer de otras maneras: emociones, deseos, experiencias. Se les excluye cuando los estereotipos de género se les inculcan como naturales, evitando así la exploración de aspectos de la vida personal. Sus conocimientos carecen de validez si se les considera simbólicamente femeninos (Núñez, Op Cit).

Tomando en consideración lo anterior, cabe pensar que los hombres han sido víctimas también de este modelo hegemónico tanto del tradicional, como del de la teoría feminista que los categorizó sin distinción, donde además, muchos saberes sobre ellos y de ellos han sido subvaluados e incluso omitidos totalmente, sólo porque, entre otras cosas, estos saberes no entran en las definiciones dominantes de lo que significa conocimiento (Op Cit) o no son “políticamente correctos” en las sociedades occidentales contemporáneas.

Ramírez (2008), para abordar el estudio de las masculinidades y lo que se ha trabajado al respecto, elaboró una clasificación que resulta de utilidad, ya que estructura y permite dimensionar qué fenómenos y problemáticas respecto a los hombres y la masculinidad han sido trabajados. Sus ejes estructurales son tres y brevemente se describen a continuación:

- Eje estructural duro. Son los aspectos sociales y económicos que sustentan la construcción de género más arraigada: trabajo, economía, violencia, identidad y raza.
- Eje estructural suave. Son aspectos de la masculinidad que impactan y afectan a los hombres en tanto su práctica social masculina. Estos aspectos son la paternidad, la salud sexual y reproductiva, y la vulnerabilidad;

aspectos que pueden permitir la transformación de manera más sencilla que los contenidos en el eje estructural duro.

- Eje de cambio. La identificación de dispositivos para intervenir en la transformación de la práctica masculina tradicional: la identificación de modelos alternativos a la masculinidad dominante, y la evaluación e intervención en el trabajo con hombres con el fin de generar procesos de cambios tendientes a la equidad.

Según el autor, es importante que el trabajo de cambio sea articulado y coordinado sólo por hombres, sin embargo, no descarta y considera necesaria la participación de mujeres, ya que ha sido principalmente la lucha sostenida del feminismo la que ha facilitado el estudio de masculinidades. No obstante, existe reticencia al respecto debido al supuesto de que la inclusión de los hombres en el discurso y la agenda feminista es una amenaza que pone en riesgo los logros obtenidos por ellas, aunado además, a la misma resistencia tanto individual como organizada de hombres y mujeres defendiendo la masculinidad dominante (Op Cit), lo cual parecería una lucha de poderes entre los géneros y no una búsqueda de la equidad.

Como menciona Cleaver (2002, en Ramírez, Op Cit), no se trata de buscar ganadoras o perdedores, sino de potenciar el desarrollo integral de las personas, ya no hablando de mujeres u hombres o de géneros excluyentes, sino de la pertinencia de los estudios de género, y en este caso de las masculinidades, para estudiar, conocer y comprender la realidad de seres en interrelación, o como Jociles, (2001), aclara, "lo masculino se define socialmente, y ante todo, frente a lo femenino" (s. p.) . Es estudiar lo que se significa ser hombres y construir las masculinidades sin desligarse de la relación con las mujeres, ya que se estaría incurriendo en el mismo error metodológico que la mayoría de los estudios feministas, es decir, una mirada parcial, rígida y absolutista.

### **1.3.1. Tipos de masculinidades**

"La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas" (Kimmel, 1997, p 49; citado en Jociles, 2001). En concordancia con el citado autor y como se ha revisado anteriormente, la masculinidad no es universal, muy por el contrario, se ha hablado de masculinidades, de diferentes formas de ser hombre. Por lo que

también se ha dicho que es válido cuestionar ¿Qué es ser hombre? ¿Quiénes son hombres y quiénes no? Puesto que en muchos estudios se ha pasado por alto esta pregunta (Núñez, 2008), y se ha dado por hecho que lo que es un hombre es lo que el individuo externa de sí mismo, su apariencia, sus prácticas genéricas, es decir, lo que se puede observar.

Para empezar a configurar la pertinencia de preguntar qué es un hombre, primero habría que definir qué es la masculinidad, ya que como construcción social de la diferencia sexual, en la actualidad lo masculino se refiere única y exclusivamente al hombre como la feminidad es única y exclusivamente la mujer, por lo que se encontrará que la identidad sexual de los hombres siempre estará ligada a algún tipo de masculinidad particular. Connell (2003) en su definición, menciona que la masculinidad es relacional, y sólo existe en contraste con la feminidad, por lo menos en la cultura occidental, debido a la polaridad del sistema sexo/género en el que se desarrollan las personas.

Sin embargo, este mismo autor refiere que no hay que tratar de definir la masculinidad como un objeto (manifestación biológica, conducta o norma); pues existen distintas definiciones del tipo esencialista-biologicista, definiciones normativas o semióticas que encasillan, simplifican y limitan la exploración de cada masculinidad. Es por eso que explica, “si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en las experiencias corporal, en la personalidad y en la cultura” (Op Cit, p. 36).

Asimismo, el hecho de saber que hay diversas masculinidades no es suficiente, es necesario examinarlas y descubrir cómo se relacionan con la raza y la clase. Al tipificarlas, aparentemente se simplificarían y encuadrarían en un modelo donde todas las expresiones de masculinidad debieran encajar, sin embargo, el describir los tipos de masculinidades es sólo una herramienta de guía, no una clasificación estática. Puede haber diversas masculinidades alternas, sin embargo, la principal queda establecida como una hegemónica, no como esencia de la masculinidad sino porque es el vínculo cultural más representativo entre masculinidad y poder. De ahí que Connell (2003) expone:

### *Masculinidad hegemónica*

Se refiere a la dinámica cultural en donde un grupo mantiene su posición de poder. En el caso de la masculinidad, se exalta un tipo de masculinidad sobre otras masculinidades justificando su pertinencia en la sociedad así como la

subordinación de las mujeres. Sin embargo, a pesar del tiempo que se ha mantenido estable, la hegemonía es históricamente móvil (Op. Cit), puede ser modificada.

### *Masculinidad subordinada*

Hay relaciones de dominación y subordinación entre los hombres. Un ejemplo claro es la subordinación de los hombres homosexuales, que están supeditados al escrutinio y aprobación de los heterosexuales. Esto es, porque desde el punto de vista de la hegemonía, la homosexualidad contiene en sí elementos que son considerados femeninos. Sin embargo, también existe subordinación de hombres heterosexuales por mostrar actitudes o rasgos considerados femeninos. La masculinidad hegemónica está relacionada con hombres blancos heterosexuales y de raza blanca.

### *Masculinidad cómplice*

Debido a que los estándares de masculinidad suelen ser muy altos, podría decirse que solo un grupo pequeño de hombres en cierta medida llegan a cumplirlos. Los hombres que no alcanzan a cumplir tan elevada categoría, a pesar de ello no son afectados del todo. Los beneficios de la hegemonía masculina se traducen por ejemplo, de la subordinación generalizada de la mujer, aunque suelen no tener esa tensión existente al tratar de cumplir roles masculinos hegemónicos, pueden estar de acuerdo en no modificar el status quo.

### *Masculinidades marginadas*

La clase y la raza generan relaciones más amplias entre las masculinidades. Las masculinidades étnicas entrarían dentro de esta clasificación debido a la supremacía de los hombres blancos angloparlantes, por ejemplo. Que podría tener concesiones por parte del grupo dominante, es decir, participar del mundo hegemónico sólo a partir de los permisos otorgados por parte del mismo.

Sin embargo Connel (Op. Cit) resalta que estas clasificaciones no permanecen estáticas. Estas clasificaciones son parte de una configuración que trabaja en situaciones particulares en estructuras cambiantes de relaciones. Al respecto, Lomas (2003) refiere que los hombres aún se inscriben dentro de la masculinidad hegemónica, debido al vínculo estrecho entre esta forma de masculinidad y poder, sin embargo no es la única manera de construir la masculinidad, como construcción social es un aprendizaje, el cual puede ser transformado.

Como puede observarse, hay diversas formas de masculinidades, sin embargo, al parecer todas se ven subordinadas a una hegemónica que pretende

convertirse en la mejor forma de ser varón y que supuestamente garantizará la adaptabilidad y el éxito de los hombres. En gran medida esto podría ser así, sin embargo, el intentar llegar a ese ideal tiene un gran costo, del que en ocasiones ni siquiera los mismos hombres se percatan de ello. En el siguiente capítulo se abordará a detalle qué es y qué representa para los jóvenes varones la masculinidad hegemónica, así como la legitimización que los medios de comunicación le brindan; las consecuencias y el apoyo que pueden o no encontrar hoy en día en su entorno y cuáles son sus principales malestares generados principalmente desde su propia construcción genérica.

## 2. CRISIS DE LA IDENTIDAD HEGEMÓNICA

### 2.1. La Identidad masculina hegemónica

Desde la mitad del siglo XX y todo el transcurso del presente siglo, la humanidad ha sido testigo de diversos cambios en el ámbito económico, político, social, cultural, ambiental, (y un largo etcétera), que ha impactado determinadamente en el aspecto psicológico, en la identidad de los seres humanos y en la manera en cómo configuramos nuestras relaciones con otros individuos y con el entorno. Estos cambios han producido una agitación ideológica y modificado la cosmovisión de la realidad social, a tal punto que, por ejemplo, ya no se puede aseverar determinadamente que lo que creemos o lo que observamos sea una verdad unilateral y cien por ciento verídica.

Este relativismo ha llevado a plantear preguntas clave cuestionando ciertos paradigmas que se habían concebido como hechos cuasidivinos o de naturaleza inmodificable. Hace 50 años estaban completamente definidas en el plano social e ideológico las diferencias sexuales entre hombres y mujeres. La definición y las formas de participación de cada sujeto sexuado eran predecibles, claras y simples, o eso se pretendía desde el discurso.

En este sentido, el feminismo hizo un gran avance al develar que, estas definiciones de feminidad y masculinidad producían una gran desigualdad social que únicamente estaba sustentada en las diferencias biológicas de los sexos y los atributos que se les confería. Con el posterior trabajo sobre las mujeres y su realidad social y subjetiva, más tarde, se suscitó otra transición significativa: el estudio de las masculinidades, y el cuestionamiento directo a la construcción de la masculinidad, concebida originalmente como el modelo hegemónico y la medida de todo.

Seidler (2000) al respecto, considera que la masculinidad en la modernidad ha sido invisible porque, como herencia de la Ilustración y el progreso científico, los hombres aprendieron a hablar desde lo racional e imparcial, y es esto lo que convierte la voz de los hombres en símbolo de autoridad, que pretende representar a todos y todas desde una supuesta objetividad. Sin embargo, analizar la masculinidad desde una perspectiva de género, la convierte en una relación socialmente construida, una dinámica que no es universal y que dista mucho de ser imparcial, objetiva y definitiva.



El posicionamiento de la masculinidad planteado desde el género, permite pensar también en que esta no es natural, pero sobre todo lleva preguntarse que, si la voz del hombre posibilita un discurso imparcial que pretende hablar por la mayoría ¿en dónde queda la voz que habla de ellos, y para ellos? Además, como señala Badinter (1993), la masculinidad, lejos de ser pensada como un absoluto, es en realidad relativa pero también activa, y en relación con la feminidad, si esta cambia, la masculinidad se desestabiliza. A continuación se revisarán aspectos que se considera son algunos de los puntos de desestabilización de la masculinidad, fenómeno que ha sido conocido en algunos espacios como “la crisis de la masculinidad”.

Para Lomas (2003), esta crisis está muy asociada con una pérdida gradual del poder, no obstante, es importante resaltar que no es sólo desde este aspecto donde se presenta una crisis, sino que también se revelan malestares que ya estaban presentes. Y además, otros autores como Montesinos (2005) invitan a verla no como un punto crítico de la pérdida de identidad de género masculino, sino como el surgimiento y descubrimiento de una diversidad de masculinidades que emergen lejos de la dominación, el poder y la violencia, y las que al parecer están construidas desde este aspecto, están cambiando y transformándose continuamente.

Sin embargo, antes de saber cómo se está transformando la masculinidad, resulta indispensable explorar cómo se ha configurado la masculinidad hegemónica en el espacio público por medio de las representaciones sociales y cuáles son las características que presentan este modelo de masculinidad hegemónica.

### **2.1.1. Portavoces mediáticos de la propaganda hegemónica**

Los medios de comunicación permiten dar a conocer información a millones de personas. Segarra (2000) afirma que debido a su extensa difusión, tienen una gran responsabilidad en la construcción de la identidad social. Ya sea por medios como el periódico, las revistas, la televisión, la radio, la publicidad, el internet o las redes sociales. Estos medios envían mensajes a los que la población en general es vulnerable debido a que, como mediadores de la información, se conciben en la mayoría de los casos como ejemplos a seguir porque son mostrados con aparente veracidad y objetividad. Barthes (citado en Segarra, 2000), los denomina mitos, falsas evidencias, mostradas para hacerlas parecer como algo natural pero ahistórico y fuera de su contexto cultural.

Lomas y Arconada (2003), respecto a los mensajes y usos lingüísticos utilizados en los medios de comunicación, consideran que funcionan como mediaciones entre el mundo y la mirada de los individuos en las diferentes etapas de su vida, al ofrecer versiones que subrayan y ocultan aspectos de la realidad, siendo además un marco de referencia ideológico.

A su vez, Moscovici (citado en Ortíz, 2007), denomina a estos mensajes e información presentada por los medios como “representaciones sociales”, formas con distintos grados de complejidad que sintetizan significados sociales y se convierten en sistemas de referencia para dar una explicación y sentido a la interacción y realidad social. Son un conocimiento socialmente elaborado que es aceptado y validado por determinado grupo; están construidas a partir de pensamientos del sentido común, de experiencias o conocimientos heredados por medio de tradiciones, la educación o aprendizajes.

Los estereotipos desde esta perspectiva, son una representación social (Moscovici, Op Cit), y Martínez y Bonilla (2000), los definen como un conjunto rígido y estructurado de creencias compartidas entre los miembros de una sociedad, sobre las características y comportamientos propios de una persona o determinado grupo. Por tanto, pueden provocar prejuicios, discriminaciones y una simplificación exagerada sobre las cualidades de los individuos. Estos autores además mencionan que los estereotipos permiten justificar de manera simplista las relaciones entre personas y grupos, homogeneizándolos. Martín (2006), por su parte, habla de los estereotipos como construcciones sociales que son simbólicas, son ideas simples, pero fuertemente arraigadas.

Por otro lado Barberá (1998, citado en Martínez & Bonilla, 2000) define los estereotipos como una construcción sociocognitiva sobre atributos que son comunes entre determinado grupo, esta construcción además es subjetiva por lo que los atributos conferidos no necesariamente coinciden con la realidad.

Con respecto a la categoría de género, los estereotipos se manifiestan como una representación del imaginario social de lo que un hombre o una mujer deben ser y hacer (Ortíz, 2007); y constituyen ideas simplificadas y generalizadas que son atribuidas a un individuo sólo por pertenecer a determinado sexo. Estas características que son atribuidas en automático, están al margen de la realidad y situación personal de cada individuo (Martínez & Bonilla, 2000).

Sobre esta misma línea, Jayme y Sau (2001) mencionan algunas características que poseen los estereotipos de género:

- Son estáticos hasta que se provoque su cambio.

- Son aprendidos en la interacción social.
- El individuo pierde su carácter individual al ser homogeneizado en un modelo universal.
- Aunque su naturaleza no es necesariamente negativa, tienden a crear barreras y conflictos individuales e interpersonales.

Asimismo, la estereotipia permite categorizar a las personas no sólo por su género, sino también por su nacionalidad, clase social y origen étnico, entre otros. La estereotipia, como proceso cognitivo por el cual se llega al estereotipo, permite asimilar información sobre las características de las personas (Op Cit).

En concordancia con lo antes descrito, Lomas y Arconada (2003), mencionan que la publicidad y los medios de comunicación están al servicio de los estereotipos y trabajan en relaciones jerárquicas entre uno y otro sexo; también transmiten valores que tienen un efecto en la forma en como las personas se perciben a sí mismas y a su entorno, y debido a esos estereotipos presentados tratarán de ajustarse a las pautas preestablecidas, relacionadas en gran medida con el género y sus estereotipos (Segarra, 2000). Es así que a través de ideas y mensajes, reforzarán estos estereotipos con fines diversos (Ortíz, 2007), pues como menciona Moore (1999, citada en Martín, 2006), el estereotipo de género no solo tiene efectos a nivel psicológico, sino que contiene una realidad material que contribuye a consolidar las condiciones sociales y económicas dentro de las cuales se generan (p. 52).

Pero ¿Cómo son esas imágenes de masculinidades preponderantes y generalizadas, es decir, hegemónicas, mostradas por los medios de comunicación? Se ha establecido que la masculinidad hegemónica es una forma de masculinidad dominante, y es representada por estereotipos muy concretos y que son exclusivos del contexto. Tal como Martín (2006) asevera, “los estereotipos no son estables sino que cambian de una sociedad a otra, ya que las características sociales de género se crean y varían a lo largo del espacio tiempo” (p. 52).

Primeramente hay que tomar en consideración que la masculinidad desde esta posición está relacionada con el poder, la acción, el éxito y el autocontrol, que son pruebas fehacientes de ser “un hombre” (Corsi, citado en Montesinos, 2002). Desde la infancia, los estereotipos se aprenden y siguen a manera de configuradores de la identidad, algunas características de estos estereotipos de masculinidad hegemónica comprenden:

- La vulnerabilidad y la muestra de sentimientos y emociones son signos de feminización, por tanto de debilidad y no deben ser expresados.
- Los hombres utilizan la lógica y el pensamiento racional porque es la forma superior de inteligencia.
- La sexualidad es el medio más efectivo para mostrar que se es hombre viril.
- El éxito en las relaciones de pareja heterosexual se basa en lograr la subordinación de la mujer y en llevar el control de la relación.
- La autoestima de los hombres se apoya principalmente en logros y éxitos, sexuales, laborales y económicos (Op Cit).

De estos puntos se desprenden diversos roles de género estereotipados, igualmente generalizables y homogeneizadores que ubican a hombres y a mujeres en determinadas posiciones desde donde deben ejercer ciertas actividades. Los roles de género son conductas y valores con una alta deseabilidad social (Martínez & Bonilla, 2000), es decir, si se supone que el individuo ejerce estos roles de acuerdo a su asignación sexual y su género, su adaptabilidad social es mayor; por lo que en consecuencia, reproducen el status quo de determinada sociedad.

De ahí que la publicidad en los medios, muestra a mujeres y hombres como dos universos irreconciliables y rígidamente jerarquizados (Lomas & Arconada, 2003). En el caso de la masculinidad y la imagen que se muestra e intenta ser vendida a la población de ella, ha sido siempre desde el punto de vista hegemónico. Un ejemplo son las publicaciones hechas para el público masculino, las revistas en este caso, están enfocadas por ejemplo, a temas deportivos, en donde favorecen el deporte en solitario o de aventura porque forman parte del estereotipo de individualidad e independencia del varón. Otro ejemplo son los temas eróticos-pornográficos, que incitan al voyeurismo mostrando imágenes de mujeres con ropa ligera; y en el tema de salud en estas revistas se centran con exclusividad en el órgano sexual masculino, el desempeño, la disfunción eréctil, etcétera. También hablan sobre el modo y el estilo de vida “para el hombre” (Segarra, 2000).

Por lo que generalmente en la publicidad, los modelos representados de mujeres y hombres son completamente excluyentes, jerarquizados y complementarios. Por ejemplo, aún en nuestros días se muestra la imagen del varón vinculada estrechamente a aspectos considerados viriles como el deporte,

los automóviles, las mujeres, así como la ausencia en el espacio del hogar, y en los casos en donde se llega a incluir su presencia, esta es representada como incapaz de realizar labores domésticas apareciendo una mujer que viene a proporcionarle ayuda para esas tareas (Lomas & Arconada, 2003).

En la actualidad algunas representaciones hegemónicas del varón continúan siendo rígidas y cerradas, sin embargo, se han llegado a atenuar en los mensajes publicitarios y en los medios de comunicación. Aunque cabe mencionar que, en este aspecto, las representaciones de las mujeres han incursionado más en los espacios masculinos que viceversa. Ellas compiten y superan a los hombres en su propio espacio, y esto incita, por ejemplo, a que se ironicen las capacidades de los hombres, sobre todo en aspectos relacionados con lo sexual, la inteligencia, la autonomía y la agresividad (Op Cit). Esto, aunque podría tomarse como un aspecto positivo, al mostrar una imagen femenina capaz, en realidad deja entrever cómo podría convertirse en una amenaza a la masculinidad idealizada, pues muestra a los hombres cómo débiles, legitimando así la burla hacia ellos, una imagen los deja en muy mala posición.

La masculinidad hegemónica ha sido explotada y representada en los medios de comunicación de diversas formas, y aunque existen masculinidades que no se inscriben a este modelo, no representan un referente deseado por la mayoría de hombres, por lo que su representación mediática y publicitaria es escasa. Sin embargo, debido a que los modelos de la masculinidad presentados por los medios de comunicación masiva y la publicidad son imágenes difícilmente alcanzables (Callirgos, 2003), se han suscitado cambios gracias al cuestionamiento y crítica constante de ciertos colectivos sociales. Uno de esos tímidos cambios es la aparición mediática de otras representaciones de la masculinidad: la homosexualidad.

Aunque tampoco se escapa en ocasiones de los estereotipos conferidos desde la hegemonía, en estas representaciones se pueden apreciar aspectos que sirvan de preámbulo a una nueva imagen mediática más incluyente para los hombres. En donde se observen aspectos que son invisibles aún: el afecto, el cuidado y la equidad entre mujeres y hombres (Callirgios, Op Cit), así como presentar modelos e imágenes acordes a la realidad de cada cultura y sociedad, beneficiando de esta manera a los diferentes aspectos de la individualidad y colectividad.

Los estereotipos sirven en gran medida como guía que ayuda a conformar una identidad masculina, de ahí se pueden derivar diversos discursos que elaboran los mismos jóvenes para darle sentido a su identidad la cual siempre estará subordinada a su propia realidad contextual. En el siguiente apartado se

hará un recorrido por diferentes aspectos que configuran la identidad de cada joven y cómo influyen en su construcción identitaria, así como algunas implicaciones que tienen en su vida.

### **2.1.2. Las identidades masculinas**

“Ser un hombre”, es una frase conocida y un imperativo comúnmente usado. Badinter (1993) reflexiona sobre la misma y comenta: “ser hombre implica un trabajo, un esfuerzo que no parece exigirse a la mujer” (p. 18). La identidad femenina, a diferencia de la masculina, pareciera darse sin esfuerzos, en cambio, los hombres tienen que dar pruebas y demostraciones de que son hombres y no sólo una vez, sino durante toda su vida.

Este es uno de los motivos por los que se considera que la construcción de la identidad masculina contiene tensiones, contradicciones y exigencias que la convierten en una identidad de lucha constante. Salguero (2014) comenta que el significado de las identidades masculinas (incluida la hegemónica) no son estáticas, están en estrecha relación con el tiempo, los momentos históricos, sociales y culturales y en función de la alteridad, lo cual también posibilita cambios a lo largo del ciclo vital del varón y su identidad, que es recreada cotidianamente y se actualiza de acuerdo a las diferentes prácticas de las que es partícipe.

La estructura social y las configuraciones de práctica, determinan formas identitarias heterogéneas en el caso del género, debido a la multiplicidad de discursos que atraviesan estas identidades permitiendo disidencias y cambios (Op Cit). La dinámica de las prácticas y sus discursos permiten reproducir estereotipos femeninos y masculinos situados en un contexto particular que obedecen a las necesidades de la sociedad en ese momento preciso.

En el caso de la masculinidad hegemónica, la práctica que configura lo que socialmente se conoce como “ser un verdadero hombre”, construye su identidad de acuerdo a los discursos dominantes y estereotipados, y a las prácticas que están estrechamente ligadas con ideologías y posiciones consideradas como machistas o misóginas.

Godelier (1986, citado en Cazés, 2004) brinda algunas características de lo que el discurso de la masculinidad hegemónica representa aún en la actualidad, mostrando algunas características y actitudes deseadas para los hombres desde este punto de vista:

- a) Así como el hombre es diferente de la mujer, estos son también diferentes de los hombres que no se ajustan a las normas preestablecidas.
- b) Todo lo que se encuentre de femenino en un hombre (conductas, actitudes, prácticas, características físicas) es motivo de degradación para la masculinidad.
- c) El deseo y la capacidad de dominar a los demás son rasgos naturales de todos los hombres.
- d) La dureza emocional es un rasgo muy valorado.
- e) Es un privilegio exclusivo de los hombres ser el sostén de la familia.
- f) En el plano de lo sexual, la superioridad masculina es demostrada en tanto se ejerce dominio sobre las mujeres; también representa una oportunidad para competir con otros hombres.
- g) La compañía masculina es preferible a la femenina, excepto en la relación sexual.
- h) Cuando se es necesario y en situaciones extremas los hombres deben matar a otros hombres o morir a manos de ellos. Declinar este deber es sinónimos de cobardía y por lo tanto de poca hombría.

En este sentido, son las instituciones quienes configuran el modelo a seguir: familia, escuela, trabajo, religión, medios de comunicación, entre otras, que son las que generalmente intervienen en el proceso de identidad y de socialización (Op Cit). Sin embargo, sí se puede hablar de características claves para el desarrollo del discurso y de la identidad masculina, mismas que se han mantenido constantes a lo largo del tiempo.

Es por eso que el imperativo “sé un hombre”, sigue siendo vigente en la construcción de la masculinidad, ¿cómo ocurre este proceso particular en el cual un individuo se convierte en hombre? Callirgos (2003) expone que no se nace hombre, la sociedad hace hombres a la fuerza. Aunque la biología hace su papel al definir características morfológicas que diferencian a los individuos sexualmente, estos no parecen ser suficientes; la masculinidad y la feminidad son construcciones, sin embargo, la masculinidad y el ser hombre parecen ser una demanda social que requiere más que el hecho de parecerlo físicamente.

El camino que recorre un bebé que nació con genitales de varón para convertirse en hombre, está cimentado por distintos obstáculos. Badinter (1993) considera que la masculinidad del niño es menos estable que la feminidad de una

niña, comenzando por el hecho de que desde la concepción, la naturaleza de los mamíferos tiende a considerar norma la formación de un embrión hembra; se ha comentado anteriormente cómo pareciera que la lucha por ser varón comienza en la diferenciación sexual, ya que las glándulas responsables de la formación de las gónadas sexuales masculinas intervienen a cada momento, y cualquier deficiencia puede feminizar o crear anomalías en el embrión macho. Cuestión que no ocurre con los embriones hembra, pues estos se forman de manera espontánea y natural (Op Cit).

Asimismo, Kipnis (1993), describiendo el modelo tradicional con el que los niños son criados desde pequeños sobre todo en la sociedad estadounidense, asevera que desde el nacimiento los varones se encuentran en un proceso constante de endurecimiento, en el que por ejemplo, los bebés varones reciben menores muestras de afecto de sus madres en comparación con las niñas, ellos también son obligados a mostrar un comportamiento más independiente que puede llegar al punto del aislamiento en el cual la desconexión con los sentimientos es altamente probable.

Durante la niñez, los niños, además del proceso de identificación sexual y del género, son afectados por diversos discursos y prácticas en torno a la masculinidad y lo que representa. Ellos deben demostrar primero qué es lo que no son, y así comienza una identificación masculina en términos negativos, es decir, probar primero que no son mujeres, y a rechazar todo lo concerniente a lo femenino (Callirgos, 2003), comenzando con la figura de la madre, una de las figuras más importantes en este periodo. Chorodow (1989, citado en Callirgos, Op Cit), desde su teoría psicoanalítica, explica que los niños pasan por un proceso de diferenciación con la madre y el mundo femenino en el que ha convivido desde su nacimiento, sin embargo, si el referente masculino más cercano -el padre-, se encuentra ausente, el niño buscará en el exterior modelos a seguir, lo que en ocasiones estará ligado a modelos y discursos hegemónicos.

Los varones, en la adolescencia, por otro lado, no tienen una brecha natural que indique el inicio y el fin de una etapa como sucede normalmente con las niñas y la menstruación. Las sociedades han creado rituales que simbolizan el paso de niño a hombre, aunados a los cambios corporales que requieren una redefinición subjetiva de la identidad. En estos ritos deben convencerse y convencer a los demás de que no son un bebé, una mujer, y por último, un homosexual, porque la masculinidad siempre está bajo sospecha y es más importante para los hombres de lo que es la femineidad para las mujeres. Estos ritos se caracterizan por: a) Superar el umbral crítico de indiferenciación con la madre; b) Aplicar pruebas y c) Son otros hombres los encargados de la masculinización de los jóvenes (Badinter, 1993).



Durante el desarrollo bio-psico-social, el grupo de iguales es el que establece los ritos que conforman el paso a una masculinidad adulta (Callirgos, 2003). Son los compañeros, los amigos, y en general el grupo de referencia, el que tendrá una credibilidad incluso a veces mayor que la propia familia o la escuela, porque con ellos se comparten espacios, intereses y actividades en común que permiten el intercambio de información (Salguero, 2014). Estos ejercen una gran influencia sobre la conducta, las prácticas y los discursos, contribuyendo de esta manera a la construcción tanto individual como social de los varones, y en muchas ocasiones exaltando cualidades de rudeza o virilidad (Op Cit, 2014), en los que estos grupos de amigos tienden a buscar la supremacía entre otros grupos y en donde gana siempre el que es más agresivo, violento y desafiante de la autoridad, quien termina dando el ejemplo claro de la masculinidad “exitosa” que siempre consigue lo que desea (Asturias, p. 68, citado en Lomas, 2003).

Durante la adolescencia, se espera de los jóvenes que dominen el dolor, que no muestren miedo y que actúen de manera heroica, ganando así la aprobación tanto de mujeres como de hombres. Esto claramente se puede observar en los deportes de contacto (Kipnis 1993). Deportes en los cuales se exalta la rudeza, la fuerza física y se crea un ambiente de eterna competitividad.

Para Badinter (1993), los jóvenes buscarán la alianza con otros chicos, para conseguir esa supresión de lo femenino, su presencia en el hogar será cada vez menor, realizando actividades que reafirmen la identidad masculina como comportamientos ruidosos, obscenos o referentes al sexo. Y tenderán a preferir la compañía de un amigo y no de una chica, y en ausencia de una figura paterna, buscarán un hermano, o un compañero más fuerte que se convierta en un modelo a seguir y que de alguna manera supla la ausencia paterna. El joven depende de su grupo de iguales para “desfeminizarse” y hacerse hombre (Callirgos, 2003).

Pareciera que los jóvenes se encuentran ante un gran reto cuyo objetivo no termina de conseguirse nunca, porque constantemente tienen que probar que son hombres, y en ese “probar” invierten tiempo y energía que en ocasiones pone en riesgo su propia vida, un ejemplo de ello es la práctica de deportes extremos o las peleas callejeras con otros hombres.

Es importante además, tomar en cuenta que la masculinidad, (hegemónica en este caso), es atravesada por prácticas, discursos y contextos que la moldean conforme al lugar donde los varones viven. En esta línea, Kaufman (1989), señala que la masculinidad y su afirmación no son uniformes, y se puede observar el efecto de otras categorías relacionales como la clase y la raza (Connel, 2003); los adolescentes de un sector económico poblacional bajo, por ejemplo, demostrarían que la masculinidad reside en la fuerza física y el trabajo que se pueda realizar por

medio de la misma, mientras que para un joven de clase alta lo expresaría por medio del triunfo profesional. Salguero (2014), comenta al respecto que no es posible hablar de una masculinidad ideal para el género masculino. Esto queda claro recordando que como categoría relacional, si se agrega además el contexto geográfico, el discurso de la masculinidad ideal irá transformándose conforme estas categorías cambian. Es decir, los contextos históricos, culturales y sociales tienen un papel relevante en la construcción de la masculinidad.

Entonces, es lógico esperar que los varones asuman el ejercicio de la masculinidad de acuerdo a la situación y la práctica en las que estén situados y culturalmente inmersos. Esto abre la alternativa de cuestionar la masculinidad hegemónica. Al respecto, Cerda y Bustos (2005) consideran que adherirse a ésta supone también una problemática debido a que se convierte en una ideología que simplifica la identidad masculina al estar basada fundamentalmente en el patriarcado, asignándole criterios a la masculinidad como si fueran absolutos: la dominación, el poder, la violencia y el machismo. Que si bien el feminismo ha acertado en visibilizar, no es suficiente el hecho de denunciar y criticar el modelo hegemónico, ya que por sí solos no producen una mejor comprensión del problema (Op Cit) y agregaría además, que crea una barrera entre lo que se cree que es el hombre y las posibilidades de lo que puede ser.

En el siguiente subcapítulo se describirá y analizará cómo el ideal hegemónico masculino no concuerda con la realidad de muchos varones y cómo éste genera dudas e inseguridad en muchos de ellos, y aunque perciban esta contradicción es posible que continúen intentando reproducir el modelo idealizado en el contexto tradicional por diversos motivos.

## **2.2. Incongruencias entre el ideal y lo personal**

Las representaciones sociales permiten definir un modelo de masculinidad considerado hegemónico, con el cual es posible hacer una aproximación al cómo es que se configuran, cuáles son sus características básicas, y cómo pueden variar en concordancia con los contextos y momentos históricos. Bonino (2000) menciona y define algunas características de lo que él denomina “Subjetividad masculina hegemónica”, haciendo una connotación especial en que estas en realidad son “anormalidades” que pueden ocasionar diversos problemas a los hombres. Estas anomalías, sustentadas en creencias matrices tales como la superioridad de lo racional, la prohibición y la destrucción de lo diferente, que justifica el uso de la violencia y la dominación; relacionado íntimamente con la

“belicosidad heroica”, que consiste en la defensa de lo propio y en la creencia de la superioridad masculina sobre la mujer, se manifiestan de diversas formas en la construcción de la identidad de los hombres.

Este tipo de creencias están estrechamente vinculadas con lo que Seidler (2000) considera que es una de las problemáticas principales de la masculinidad hegemónica. Pues en la modernidad, específicamente, la masculinidad ha quedado invisibilizada al tomarse como un referente neutro, aceptable e incluso deseable para una sociedad civilizada. Esta cuestión se agudiza cuando se considera también el impacto desde un discurso feminista radical, que considera a grandes rasgos que “todos los hombres son iguales”, en el sentido de ocupar siempre una posición privilegiada de poder o que si no todos, la gran mayoría son “violadores en potencia” (Op Cit, 2000).

La visión dominante de la masculinidad ha sido básicamente negativa, y esto obstaculiza una comprensión de la misma, y tampoco permite que los hombres reflexionen y profundicen sobre su propia construcción genérica. Por ejemplo, Roger Bartra (1999, citado en Montesinos, 2005) señala que los mexicanos conciben la masculinidad desde un punto de vista negativo que se expresa en: melancolía, desidia, fatalidad, inferioridad/violencia, sentimentalismo, resentimiento y evasión, lo cual podría desencadenar el machismo y el odio a las mujeres.

Asimismo, el hecho de que los hombres acepten que han estado en una posición de poder y que asuman que su imagen representa simbólicamente represión para las mujeres, puede generar culpa en ellos. Una culpa que según Seidler (2000), no va a permitir que expresen emociones de enojo o frustración; emociones que ellos pudiesen experimentar de acuerdo a sus propias vivencias relacionadas con el sexo opuesto, debido, principalmente, a que estas emociones son perjudiciales para ellas, y que no serían válidas en un contexto que pretende eliminar la violencia contra las mujeres.

Sin embargo, aún no se toma en cuenta un elemento clave en el desarrollo y comprensión de la masculinidad, este elemento es la misma experiencia varonil, la propia versión de masculinidad. Ese discurso aparentemente no se da, y al respecto Clare (2006) comenta: “... mientras reflexiono sobre cómo aprendí sobre masculinidad, me doy cuenta de que casi toda la enseñanza estaba implícita” (p. 9), algo no expresado pero sí exigido: ser hombre. Aunque no fuese explícito, era clara la condición que marcaba la diferencia entre ser hombre o no serlo.

Hoy en día, por ejemplo, los rasgos altamente valorados en otro tiempo son tema de debate público, porque al parecer, esa belicosidad heroica que en el

pasado fue de utilidad a la comunidad para protegerse de conquistadores extranjeros, hoy parece ya no serlo tanto. Si los hombres continúan considerando estas representaciones masculinas como válidas, en tanto su construcción de identidad de género, la pregunta ¿son necesarios ellos en una sociedad que ha cambiado? puede tener cierta validez. Las evidencias indican que, con el cambio económico surgido desde el siglo pasado, donde las mujeres han sido cada vez más activas a nivel público y económico, la imagen del varón proveedor y jefe de familia, por ejemplo, se ha ido debilitado al punto de que se puede prescindir del apoyo masculino casi por completo (Op Cit 2006).

¿Qué está pasando con los hombres? Se ha reportado en diversas ocasiones que en el índice de conductas disociales y de delincuencia, hasta el momento, son los hombres quienes encabezan esa lista. Por otro lado, países como Norteamérica y algunos otros en el continente Europeo, han descubierto que el suicidio masculino supera al femenino en una proporción de 3 a 1. Se habla también de una posible depresión masculina encubierta en otro tipo de sentimientos propios de su género al momento de ser expresados que dificultan su oportuno diagnóstico (Bonino, 2000). Lo que lleva a pensar que es evidente el malestar, así como su urgencia, por encontrar nuevas rutas de trabajo que verdaderamente beneficien la salud psicoemocional y social de los varones.

Montesinos (2005), indica que la realidad tanto de la feminidad como de la masculinidad es irreductible, por lo que hacer reflexiones desde un solo plano, asignando realidades similares de manera arbitraria para cada individuo ("violadores en potencia"), sólo representa un obstáculo más para el desarrollo teórico de la masculinidad. Y está también la contraparte de este fenómeno: la manifestación práctica de estos discursos hegemónicos, que no son aceptados ni asumidos por los varones por completo (Op Cit).

Y si estos no son asumidos en su totalidad, es importante entonces el estudio y la investigación respecto a cómo y en qué sectores se manifiestan. En este sentido se han generado en los últimos años diversos estudios que intentan explorar las masculinidades y sus incongruencias. Por ejemplo, Charry y Torres (2005) realizaron un estudio acerca de la masculinidad, sexualidad y salud reproductiva en jóvenes de la Ciudad de México, incluyendo aspectos como los referentes ideales y reales en la población joven. Estos autores encontraron que el desarrollo de la identidad masculina y los modelos seguidos por los jóvenes se dividen en dos niveles a los cuales se les atribuyen diversos adjetivos y valores tanto positivos como negativos: la experiencia (lo real) y lo deseable (el ideal).

Uno de los resultados de este estudio sugiere que la construcción de la masculinidad efectivamente está relacionada con el contexto, el nivel

socioeconómico y la edad. En este caso, los sectores que se abordaron fueron el sector marginado y un sector popular, y el rango de edad de los participantes fue de 15 a 24 años de edad.

Se encontró que más de la mitad de estos jóvenes desde su propia percepción, opinan que los hombres deben ser responsables y trabajadores; pero en su contexto, los jóvenes, casi en la misma proporción, consideran que en realidad son vagos y flojos. Además de afirmar que ser alcohólicos y drogadictos es lo que más los caracteriza. Es decir, existen pocas coincidencias entre lo real y el ideal; encontrando por ejemplo un porcentaje aproximado de 30% en ambos casos que considera que los hombres deben ser: buena onda, amorosos, sensibles, respetuosos, sin vicios, complacientes y comprensivos; adjetivos que no son compatibles con la visión real que tienen de ellos mismos.

Por otro lado, y abordando el tema de las relaciones de poder y los roles de género, aún hay un sesgo significativo, en donde los sectores marginales validan la autoridad patriarcal. Sin embargo, esta creencia va disminuyendo conforme a la edad de los participantes, pues los jóvenes de 19 años en ambos sectores muestran más apertura en cuanto a la equidad de género que los varones de 15 años. Esto se ve reflejado también, en un alto porcentaje de los jóvenes entrevistados (más del 50% en ambos sectores) los cuales mencionan no tener problemas en que su pareja tenga un trabajo remunerado.

En cuanto a la demostración de afectos, el 90% de todos los grupos en ambos sectores consideran que los hombres tienen que ser cariñosos con las mujeres; solamente los grupos más jóvenes estuvieron en desacuerdo con esta idea. Sin embargo, los autores no indagaron la expresión de emociones y sentimientos entre iguales, quedando como una incógnita lo que estos jóvenes sienten, perciben y manifiestan de acuerdo a su relación con sus congéneres. Lo más cercano a este aspecto fue la "Tolerancia hacia otras formas de masculinidad" en donde, de manera discursiva, los varones aceptan cualquier expresión de masculinidad, porcentaje que se va reduciendo cuando este aspecto se vuelve más cercano a la vida del joven entrevistado, así como la aceptación de los mismos derechos para todos (Op Cit, 2003).

Los resultados encontrados en este estudio parecen mostrar la contradicción y la tensión existentes entre lo que los jóvenes desean y lo que dicen ser, y que estos ideales y referentes en cierta medida se alejan del discurso hegemónico, pero aún es difícil aseverar que son manifestaciones de una nueva masculinidad más equitativa.

Existe otra interesante investigación, realizada nuevamente en la Ciudad de México por Stern, Fuentes-Zurita, Lozano-Treviño y Reysoo (2003) sobre la práctica sexual y reproductiva de los varones adolescentes de dos sectores poblacionales: marginal y popular. Los autores mencionan claramente que tuvieron que enfrentarse al hecho de que las prácticas y creencias de los jóvenes no se ajustaban a la masculinidad tradicional, sin embargo, estos chicos eran conscientes de este modelo y también eran influenciados por el mismo. Lo que según los autores, da lugar a que prácticas sexuales riesgosas sean más frecuentes.

Los resultados son similares al estudio anterior, pero en este se puede encontrar una gran valoración a la responsabilidad por parte de los niños y adolescentes entrevistados, quienes tenían un rango de edad de 10 a 24 años. En las citas textuales mencionan, por ejemplo: “Un hombre de verdad casi no lo hay, pero es una persona que realmente es responsable” o “Yo me voy a creer hombre cuando ya hice superar a mi familia, o sea, no tanto ser hombre pero ya asumir una responsabilidad...” (p. 37).

De manera interesante, también hacen mención de las contradicciones con el modelo dominante, pues consideran que, a pesar de que un hombre se identifica con la responsabilidad ya sea en la paternidad, con la pareja, la familia o el trabajo, son pocos los hombres que cumplan estas características.

Como pertenecen a una etapa de transición, pareciera que los jóvenes aún no se identifican como hombres, sin embargo los autores mencionan que la hombría se expresa mediante comportamientos ritualizados, sobre todo cuando tienen su primera experiencia sexual. Este primer evento es de suma importancia para el grupo referente o de pares, pues si no ha ocurrido, comienza una presión social que puede llevar a la exclusión o a la descalificación en la que “ser maricón” se convierte en el peor insulto. Por tanto, la identidad en esta etapa para los varones gira alrededor de la experiencia sexual y la demostración constante de su heterosexualidad (Op Cit).

Otro punto importante es la existencia de aspectos en este estudio en los cuales se evidencian las diferencias contextuales que marcan las pautas para que los jóvenes se conviertan en hombres. Por ejemplo, en el sector marginal, la masculinidad se expresa también y sobre todo, por medio de la fuerza física y la violencia; para los jóvenes incluso dejar la escuela tempranamente es signo de su transformación en hombres. En el sector popular las ideas cambian y se amplían, aunque se mantiene la práctica de una vida sexual temprana para probar su masculinidad, esta se refiere a dos procesos distintos. Por un lado, ser un hombre físicamente después de la primera relación sexual. Y por otro, convertirse en

proveedores responsables de una familia los vuelve hombres socialmente. Y en este punto intermedio entre uno y otro, los jóvenes varones tendrán un tiempo de experimentación y búsquedas.

En cuanto al tema de la homosexualidad, los mismos autores afirman que es un tema tolerable, mientras no sea una situación cercana a ellos; además de que la manifestación de la homosexualidad es castigada entre los mismos compañeros. La orientación homosexual se vuelve en el modelo de antihombre del que los jóvenes desean apartarse para adaptarse a uno completamente heterosexual (Op Cit).

Al parecer, en estos estudios realizados, el “deber ser” del ideal hegemónico de los varones aún es persistente e influye en la conducta y construcción de la identidad de los adolescentes, algunas veces de manera contradictoria.

En los discursos de los jóvenes entrevistados por Charry y Torres (2005), y Stern et al (2003), puede notarse cómo todo lo que ellos consideran masculino está apoyado por aspectos exógenos, en los triunfos y en sus luchas. Ellos mencionan que efectivamente, hay que mostrarse afectuosos con el sexo opuesto, pero con sus congéneres la relación es distinta. Ellos están ahí para incentivar, validar y rechazar a sus compañeros en su camino a convertirse en hombres, como si esa relación estuviera sustentada en la competencia, y de esa manera se perpetuara un modelo hegemónico de masculinidad, donde aún aspectos como la violencia siguen siendo permitidos, e incluso necesarios.

Salguero (2014), al respecto, considera que los jóvenes de manera imperiosa buscan ser hombres, y si no, morirán en el intento. El ideal de masculinidad es difícil de conseguir, muchos hombres intentarán alcanzarlo toda su vida, sin embargo ese ideal requiere pruebas y retos que pueden poner en riesgo sus vidas, ya que buscando lo ideal, se pierde de vista la realidad de las circunstancias: las capacidades de individuo, su salud, su situación socioeconómica, sus sentimientos y propias experiencias; cuestiones que nunca serán iguales para todos, y eso facilita o entorpece su amoldamiento con la masculinidad tan deseada.

Si el varón no puede alcanzar estos estándares, de alguna manera percibe que está incompleto, es un “hombre inacabado” (Badinter, 1993), ese miedo de no ser hombre, termina volviéndose obsesivo con su masculinidad, promocionando una hipervirilidad compulsiva y en muchas ocasiones agresiva y violenta tanto para sí mismo como para otros hombres y mujeres, donde el desprecio a la homosexualidad y a la feminidad son en ocasiones un reflejo de lo que odian en sí

mismos. En este caso, se configura lo que la autora define como “el hombre duro”, con miedo a mostrar sus sentimientos, porque eso es sinónimo de perder la virilidad, considerada como sinónimo de los órganos sexuales, el pene, en específico. Símbolo fálico de poder, legitima la hombría agresiva y dominante; su valoración obsesiva se convierte también en una limitante, el goce erótico se centra exclusivamente en la estimulación de este órgano y en la potencia sexual del mismo (Op Cit), generando duda y temor si éste deja de funcionar adecuadamente, lo cual puede suceder en cualquier momento de su vida, pero que según el modelo hegemónico, es imperdonable que esto le suceda a un hombre.

Por tanto, el no amoldarse o no ser reconocido dentro del modelo hegemónico de masculinidad puede generar angustia, dificultades afectivas, miedo al fracaso, frustración, comportamientos compensatorios que son potencialmente peligrosos y destructores tanto para ellos mismos como para las personas que les rodean (Badinter, 1993), siendo la violencia uno de los problemas y malestares a nivel individual y social para los hombres.

La masculinidad hegemónica ha traído consecuencias adversas a los hombres. Existe un cambio incipiente, pero que no logra consolidarse, por consiguiente, los modelos y estándares socialmente aceptados siguen reproduciéndose, sólo que, a diferencia de anteriores épocas, ha creado una contradicción entre el ideal masculino y la realidad del varón, que en algunos generará dudas e inseguridad, mientras que tal vez para otros represente una afrenta a su identidad y virilidad y pretendan defender; o quizá para algunos más, represente una oportunidad de identificarse con otros modelos genéricos.

Montesinos (2002) señala que actualmente la masculinidad hegemónica está transitando por un cambio cultural, cuyo efecto ha de erosionar estructuras psicológicas de masculinidad, que se manifestarán en el ámbito privado porque atentan contra la seguridad y estabilidad emocional que el modelo de alguna manera les brinda al dictarles qué es lo que deben hacer, aunque ya no saben qué papel juegan o a dónde deben acudir, y que está relacionada con el cambio gradual de las mujeres en diversos ámbitos. Por eso, el autor comenta que es importante reconocer cómo el hombre comienza a experimentar sentimientos respecto a este hecho y también al escuchar nuevos discursos dónde, por ejemplo, se le hable de la necesidad de expresar emociones abiertamente.

Cuestión relacionada íntimamente con el siguiente tema, pues la falta de expresión emocional conlleva en muchas ocasiones a negar e ignorar cuáles son las necesidades y malestares del ser humano, en este caso del varón, que busca identificarse y ser parte de una masculinidad que explícitamente prohíbe la



expresión emocional y a búsqueda de ayuda cuando se requiere, por ser entendido este aspecto como un signo de endeble personalidad y falta de control. Esa imagen de hombre duro, descrito por Badinter (1993), contribuyó a que la sociedad en general concibiera al varón como un ser con pocas necesidades afectivas, de salud y sociales. A continuación se explorará este aspecto.

### **2.3. La negación de sus necesidades y la falta de apoyo social**

Parte del discurso del modelo hegemónico de masculinidad tradicional, se refiere a la fortaleza varonil, el “ser como un roble”, que es equivalente al mito del héroe: nunca es víctima, no necesita ayuda y es casi invencible. Kipnis (1993) relata que en su grupo de trabajo con otros varones, su primera misión era admitir que están heridos, que tienen problemas, y que necesitan ayuda. El verse como víctimas, débiles u oprimidos, genera vergüenza, humillación incluso, porque va en contra de la imagen preconcebida de masculinidad con la cual se identifican.

La sociedad cree que los hombres no necesitan ayuda, ya sea en el aspecto legal, la salud, el bienestar social y en los derechos humanos. Son las mujeres quienes han recibido más atención en estas y otras instancias las cuales efectivamente han permitido su desarrollo pleno, sin embargo, se ha perdido de vista las necesidades de los varones, que en muchas ocasiones podrían ser consideradas problemas de género, pero hasta la fecha no lo son. Los movimientos feministas se han encaminado a buscar equidad en todos los aspectos para las mujeres, y es evidente que han dejado de lado las cuestiones que aquejan al género masculino. Pero no se puede responsabilizar al feminismo porque no ha buscado con el mismo ahínco apoyo para los hombres, puesto que este debería ser un trabajo en equipo de ambos géneros.

Kipnis (1993) asegura que esto es responsabilidad de los hombres, porque han hecho un trabajo muy pobre para sí mismos, y menciona: “Esta es nuestra culpa como hombres. No hemos hecho un buen trabajo para cuidarnos los unos a los otros. Hasta muchos de los llamados <<hombres del cambio>> en el movimiento de los hombres están más preocupados por los problemas de las mujeres que por las heridas de los hombres” (p. 76, Op Cit.).

La construcción de género masculino ha contribuido en gran medida a que los hombres se perciban como personas que no necesitan ayuda ni cuidados, ni prevenir problemas futuros. Y cuando los hombres deciden pedir ayuda se encuentran con que no tienen las mismas oportunidades de apoyo que las mujeres. Hay varios ejemplos de ello.

En México, a nivel Nacional opera una institución dedicada a la trabajar con las mujeres y sus problemáticas principales, el Instituto Nacional de las Mujeres (INMUJERES); en la Ciudad de México se cuenta con una institución focalizada en la población de la capital, el Instituto de las Mujeres. Estas dos instituciones ofrecen de manera gratuita apoyo y servicios en temas tales como psicología, asesoría jurídica, derechos humanos, información sobre la interrupción legal del embarazo, apoyo para el empleo y participación ciudadana entre otras. En el caso del Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México, existe un módulo de atención por cada delegación, los cuales cuentan con todos los servicios antes mencionados.

En contraste, no hay ninguna institución gubernamental en México a nivel nacional o local que apoye a los varones en otras áreas que no sean la de violencia que ellos ejercen. Por ejemplo, las Unidades de Atención y Prevención de la Violencia Familiar (UAPVIF) ofrecen un servicio de sensibilización psicoterapéutica para agresores, este servicio no tiene ningún costo, sin embargo se acude a esta institución cuando se realiza una denuncia de violencia intrafamiliar, los varones reciben la orientación y sensibilización sobre este tema sólo cuando las autoridades tienen conocimiento del caso.

Por otro lado, existen asociaciones civiles dedicadas a trabajar temas de masculinidades, igualmente relacionados principalmente con temas de violencia. Estas asociaciones incluyen: Movimiento de Hombres por Relaciones Equitativas y sin Violencia A. C. (MHORESVI) en donde se ofrecen talleres de reflexión sobre masculinidad para promover relaciones más equitativas. La Asociación Hombres por la Equidad: Centro de Investigación con Género y Masculinidades A. C. (HXE) por su parte, trabaja con hombres que desean aprender estrategias para detener sus actos de abuso y violencia mediante talleres y terapia individual. Los servicios que ofrecen ambas asociaciones no son gratuitos.

La asociación Hombres por la Equidad, ofrece apoyo enfocándose no sólo en la población adulta de varones, también trabaja específicamente con adolescentes y jóvenes: “Atendemos a hombres jóvenes con problemas de conductas o emocionales. Entendemos que la adolescencia es una etapa de cambio y conflictiva, y que muchas familias no siempre están listas para ésta etapa. Debido a ello, les brindamos a los jóvenes un espacio para que puedan aclarar sentimientos, ideas y su proyecto de vida acompañado por nuestras psicólogas y psicólogos” (s. p.).

En contraste con el Instituto de las Mujeres tanto Nacional como local, estas asociaciones no tienen subsidio del gobierno, por lo cual se mantienen con las cuotas de recuperación de los usuarios. Lo que sugiere también que no todos los

hombres están al alcance de poder pagar por recibir ayuda, si hablamos de sectores marginales, sobre todo. Las mujeres no tienen que preocuparse tanto al respecto, aunque no tengan los recursos necesarios, pueden acudir a las instancias dedicadas a ellas y serán atendidas.

Y no hay que perder de vista el hecho de que el apoyo psicológico se centra con exclusividad o principalmente en temas de violencia, como el único o el más importante problema a resolver a nivel individual y social. Y por un lado puede entenderse, ya que es una realidad que, hasta el día de hoy, como Seidler (2000) asevera, la violencia sigue siendo un juego de hombres (2008), en el que sin embargo, las mujeres participan cada vez más. Trujano (2008) menciona que en el Centro de Apoyo a la Violencia Intrafamiliar (CAVI), en el 1997 el 10% de las denuncias eran de hombres reportando algún tipo de violencia, este porcentaje llegó al 14% en el 2006.

Clare (2006) por su parte, considera que esta supuesta violencia femenina en realidad se refiere a una reacción del cambio de las mujeres y su empoderamiento, ya que ahora están respondiendo a esta violencia. Sin embargo, esta afirmación podría estar sustentada en la creencia aún arraigada de que los hombres son los únicos agresores y que si las mujeres lo hacen es sólo para defenderse (Vilchis 2007, citado en Trujano, 2008), por lo que tendrán conductas agresivas en defensa propia, pero no se puede hablar de violencia femenina.

Toldos (2013) considera que esto no es así, ya que, según afirma, a través de diversos estudios se ha encontrado que respecto a la violencia en la relación de pareja sólo un pequeño número se ejerce en defensa propia (10% en mujeres y 15% en hombres), mientras que en otros casos de violencia no puede afirmarse que las mujeres hayan utilizado la violencia en su propia defensa y que tanto varones como mujeres son completamente capaces de perpetrar actos violentos ya sea hacia su pareja u otras personas. Y asegura que, por lo menos en España no hay una manera de comprobar quién inició la violencia, sin embargo sólo basta la denuncia de la mujer para que el varón sea procesado, cosa que no ocurre a la inversa.

¿Será que en realidad las mujeres son víctimas de la violencia o también son generadoras de violencia? Al parecer ellas son tan capaces como un varón de ejercer violencia ya sea psicológica, física, emocional, sexual, económica, etcétera. Pero la definición que ofrece el término “violencia de género” excluye totalmente este aspecto e invisibiliza la realidad de los hombres que han sido víctimas de algún tipo violencia durante su vida. Toldos (Op Cit) explica que el término violencia de género sirve para describir las relaciones de poder y desigualdad entre hombres y mujeres, y aunque incluye a ambos géneros,

erróneamente se ha enfocado a mostrar a los hombres como victimarios y a las mujeres como víctimas. Esta visión no sólo es desventajosa para los hombres, sino también para los colectivos de diversidad sexual como lo son el LGBTTTI (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Travestis Transexuales, Transgénero e Intersexuales).

En México por ejemplo, existe la “Ley de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia” que fue publicada en el Diario Oficial de la Federación en 1° de febrero del 2007. Cuyo propósito es la atención, sanción y erradicación de todo tipo de violencia contra las mujeres, y además se sustenta en la definición de perspectiva de género la cual define como:

“Una visión científica, analítica y política sobre las mujeres y los hombres. Se propone eliminar las causas de la opresión de género como la desigualdad, la injusticia y la jerarquización de las personas basada en el género. Promueve la igualdad entre los géneros a través de la equidad, el adelanto y el bienestar de las mujeres; contribuye a construir una sociedad en donde las mujeres y los hombres tengan el mismo valor, la igualdad de derechos y oportunidades para acceder a los recursos económicos y a la representación política y social en los ámbitos de toma de decisiones”

Discursivamente, la perspectiva de género según esta ley, pretende ser incluyente generando las mismas oportunidades para hombres y mujeres. Gracias a esta ley se ha podido ayudar a miles de mujeres, pero habría que estudiar más a fondo el impacto que ha tenido en relaciones de pareja o familiares donde las mujeres son las agresoras o las que inician la violencia. Y si las denuncias hechas por varones son igualmente válidas y se les ofrece el mismo apoyo y protección de sus derechos tal y como se haría con una víctima femenina. Asimismo si los casos de violencia entre relaciones de personas de mismo sexo reciben atención de acuerdo a esta ley.

Con esta revisión, sin embargo no se están cuestionando los alcances y propósitos de las instituciones que pretenden abrir oportunidades de cambio sobre todo para las mujeres y niñas. Lo que se trata de reflejar a manera de contraste es cómo no existen espacios públicos de apoyo a los varones, ya sea por violencia, por motivos emocionales, legales, de salud, sociales, económicos, etcétera.

Las cosas tienden a complicarse por ejemplo si se es varón heterosexual, porque siguen encasillados en el modelo hegemónico, que no permite ni que ellos sean capaces de reconocer sus propias carencias y problemas y también porque en gran medida el entorno social no se lo permite.

Este modelo hegemónico propicia una fuerte desconexión con el cuerpo masculino, aunque existan algunos programas de salud pública enfocados en el cuidado exclusivamente de los hombres tal como lo es el programa “Unos segundos hacen la diferencia” del gobierno de la Ciudad de México con el cual se pretende prevenir y detectar el cáncer de próstata en hombres adultos mayores de 40 años, los hombres no tienen esa cultura del cuidado propio. Kipnis (1993) asegura que no es sólo la deficiencia en la atención del servicio de salud pública para los problemas masculinos el que provoca que los hombres no tengan la atención adecuada, sino que influye en demasía que los varones no acudan al médico al menos de que su malestar empeore al punto donde se vuelve insoportable o cuando ya no hay marcha atrás. Es decir, la prevención no es un tema de relevancia en su vida.

Una de las opciones es que, para que los hombres puedan tener acceso a servicios de salud, sociales y legales, y de acuerdo a lo que Kipnis plantea, es primero que los hombres reconozcan que no son una máquina, y que el mito del héroe perjudica su calidad de vida en diversos aspectos. Riso (2012) comenta que el varón convencional gasta su energía en adecuarse al modelo heroico de su cultura, buscando proezas que den sentido a su vida y también concuerda con Salguero (2014) cuando afirma que los varones van a probar su hombría o morirán en el intento. Lo que como consecuencia llevará a conductas de riesgo que terminarán por destruirlos.

Asimismo, Riso (2012) considera que los hombres deben admitir que tienen derecho a sentirse débiles, refiriéndose a la capacidad de aceptar sin remordimientos que sienten miedo al fracaso, que comenten errores, que en muchas ocasiones no saben qué hacer. Quizá en ese momento puedan organizarse y así como lo han hecho el colectivo de mujeres exijan, mejores condiciones ya que desde la perspectiva de género esto es totalmente válido.

Ahora bien, sabiendo que el modelo hegemónico trae diversas dificultades y conflictos a los varones, y que estos necesitan ser atendidos, es momento de abordarlos y conocerlos. Como se verá a continuación, la presión de los jóvenes por volverse “verdaderos hombres” puede obsesionarlos si ellos no son reconocidos por sus semejantes, y hay una gran probabilidad de caer en una serie de angustias, frustraciones e inseguridades sobre sus propias identidades y desarrollar enfermedades o sufrir accidentes. Badinter (1993), señaló hace más de una década, que la obsesión viril es peligrosa y negativa, volcándose incluso en comportamientos disociales como la violación, una patología de la virilidad. Por lo que es el turno de saber cuáles son ahora las principales consecuencias y efectos sobre la vida y salud de los varones al reproducir o querer adaptarse a un modelo masculino tradicional.

## **2.4. Efectos sociales y psicológicos favorecidos por el modelo hegemónico de masculinidad**

En capítulos anteriores, se ha aludido a la “normalidad masculina” como una de las principales causas de que no se le pensara como un constructo de género, en el que el ideal masculino está subordinado a las circunstancias contextuales, y que en el tiempo no permanece inmutable. Así que, sin tomar en cuenta estos elementos, es como se piensa no en masculinidad sino en un estándar social, con algunas características particulares ya mencionadas por Seidler (2000): la razón; y de ella se desprenderán otras cualidades deseables, como la objetividad, la imparcialidad y el autocontrol. Dando como resultado un supuesto hombre íntegro y competente, capaz de hacerse cargo de cualquier tarea que se le asigne o él mismo se proponga.

Ahora se sabe que esos supuestos beneficios que el patriarcado confiere a los varones, en realidad no son otorgados gratuitamente; ostentar una posición de poder, requiere más que sólo ser morfológicamente hombre. Es decir, según lo que los modelos sociales occidentales dictaminan, se necesita de un gran esfuerzo, de una lucha, y de una pérdida gradual de la felicidad y la salud para ejercerlos. Sin embargo muchos hombres y mujeres parecen no darse cuenta de estas cuestiones debido a su nula visibilidad y a su normalización social.

Al respecto, para poder conocer algunos de los efectos del modelo hegemónico sobre los hombres, Bonino (2000) propone cuestionar el paradigma de normalidad masculina al punto de considerarla una patología, ya que los hombres son los que más a menudo tienen problemas a nivel psicosocial, y de salud pública, y son los que cometen en mayor proporción suicidio comparados con las mujeres, y también los que mueren más a consecuencia de accidentes o por violencia interpersonal y social.

Este autor considera que las creencias en las que se sustenta el ideal hegemónico son los principales causantes del sufrimiento y daño que los hombres experimentan tanto para sí mismos como para las personas que les rodean, además de afectar su entorno. A continuación se enlistan algunos trastornos y patologías que afectan a los hombres debido a una construcción genérica rígida, según el autor:

- Trastornos por el sobreinvertimiento del éxito/fracaso. Búsqueda obsesiva y adictiva del éxito para llegar a ser todo un hombre y que provoca una sobrecarga psicoemocional y un posible daño corporal.

- Riso (2012), sobre este aspecto, comenta que los beneficios del éxito y el conservarse en un estatus crean adicción al trabajo. Esto en países industrializados provoca que la calidad de vida se reduzca y el promedio de vida sea incluso 8 años menor que el de las mujeres.
- Patologías de la autosuficiencia con restricción emocional: arritmicidad patológica, lexitimia, homofobia, dependencia a la pornografía o a la tecnología, temor a la intimidad, parasitismo emocional de las mujeres.
- La aparente incapacidad de expresión emocional y sentimental en los hombres parece ser un malestar propio de su género, Badinter (1993) relaciona la dificultad de mostrar sentimientos con el miedo de los hombres a perder la virilidad y a sentirse vulnerables, que es muy cercana a lo femenino, y debido a que a los homosexuales se les considera como hombres afeminados, se explica el odio y el rechazo a ellos.
- Trastornos por sobreinvertimiento del cuerpo-máquina muscular. Sobrevaloración del cuerpo que puede provocar dismorfia muscular.
- La fortaleza aún sigue siendo sobrevalorada, pero sobre todo la fuerza física, convirtiéndose casi en una exigencia para cualquier hombre el hecho de poseer una musculatura fuerte.
- Hipermasculinidad. Caracterizada principalmente por la realización de comportamientos típicos masculinos de manera exacerbada: despliegues de fuerza, riesgo o agresividad y la hipersexualización, más frecuente en adolescentes.

La virilidad es un tema que preocupa fuertemente al hombre, la concibe casi como sinónimo de genitalidad. Esta preocupación puede volverse una obsesión, y los hombres dejan de ver su sexo como fuente de placer para convertirlo en una herramienta. Esto genera una disociación entre el cuerpo y su órgano sexual que finalmente, cuando exista algún problema con el pene que no permita su óptimo funcionamiento, este hecho se volverá un motivo de humillación y desesperación (Kipnis, 1993).

- Patologías de la perplejidad y trastornos de la masculinidad transicional. En ella se ubica principalmente la crisis de la identidad masculina. Surgen a partir del cuestionamiento de diversos mitos y creencias masculinas

- Patología de la autosuficiencia indiferente o agresiva: relacionada con la restricción emocional pero con un predominio de indiferencia y descalificación de las cualidades del otro. Puede generar violencia, y poca o nula presencia en el ámbito familiar, entre otros.
- Trastornos por obediencia/rebeldía excesiva a la norma o jerarquía. Debido a las representaciones de autosuficiencia y de superioridad respecto a la mujer, aún hay varones que se relacionan rígidamente respecto al “deber ser” masculino, y son pocos los que cuestionan o se rebelan contra ellas. Esto puede producir un aplanamiento vital y trastornos psicosomáticos.
- Abuso de poder y violencia: generada contra las mujeres, pero también contra otros hombres (relacionada con el sometimiento de otros varones considerados inferiores).
- Negación de la responsabilidad procreativa. Abuso, violencia, indiferencia o el abandono total de los hijos.
- Trastornos por temeridad excesiva. Son derivados de la sobrevaloración del riesgo y del narcisismo masculino que provoca descuido de la salud, riesgo de sufrir accidentes o contagio de enfermedades.

Finalmente Bonino (Op Cit), se detiene especialmente en la depresión masculina, debido a que los criterios de diagnósticos basados en el DSM-IV (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders), no hacen distinción entre cada sexo, y en realidad lo que se describe como las características de una persona con depresión, parece estar dirigido a las mujeres. La depresión femenina y masculina son cualitativamente distintas. Los hombres, de acuerdo a su género, tenderán a ocultar todo malestar por medio de la disociación y proyección emocional, la ira y la acción como medio expresivo, defensivo y resolutivo; acción que puede convertirse en un comportamiento destructivo tanto para sí mismo como para los demás, una reacción defensiva y abusiva que puede volverse hipermasculina.

Los hombres deprimidos tenderán a refugiarse en el trabajo o el alcohol, por ejemplo. La tristeza no será expresada. El autor hace distinción de dos tipos de varones con depresión:

- a) Inexpresivo/huraño: llega a aislarse física o mentalmente; las personas cercanas pueden percibirlo como preocupado, sin otro interés que el



trabajo, poco tolerante a la frustración, con pocos amigos y realizando bastantes rutinas al punto de ser aburrido.

- b) Agresivo/agitado: irritabilidad y pérdida fácil del control, ansiedad. Bastante susceptible y exigente en sus demandas (Op Cit).

Todos estos malestares, además de estar relacionados con la poca adecuación al modelo hegemónico masculino, están vinculados fuertemente con la privación afectiva, la cual Riso (2012) describe como devastadora, pues puede provocar miedos e inseguridades, es por eso que ellos buscan con vehemencia parecerse a un modelo de masculinidad fuerte, heroico. Sin embargo, comenta, estos hombres inseguros muestran un patrón de fortaleza inexistente y que los daña.

Todo indicaría que si los hombres dejan de reproducir estos estereotipos, su salud y calidad de vida mejorarían, empero, las exigencias del modelo no sólo vienen del discurso, sino que son respaldadas por muchas mujeres, cuando conocen a un hombre expresando sus emociones libremente o que demuestra su temor a cualquier situación u objeto, ellas dejan de sentirse atraídas por ese hombre quizá por considerarlo débil, “¿Qué puedo esperar de un hombre incapaz de controlar sus miedos?” (p. 36, Op Cit). Muchas mujeres aún siguen prefiriendo el tipo de hombre adaptado a la norma. Y aunque pareciera que los hombres no dependen de nadie como el modelo así proclama, la realidad es que ellos dependen en exceso de la aprobación de hombres y mujeres, principalmente de ellas cuando se trata del ámbito emocional.

Quizá una de las razones sea por la ya mencionada represión emocional, y también sea al miedo a sentirse afectivamente solos (Op Cit). Las necesidades afectivas de los seres humanos son las mismas, sin embargo al estar atravesados por ciertos discursos que aprueban una cosa y proscriben otra, los hombres son percibidos ilusoriamente como seres con pocas necesidades afectivas. Pero la realidad es que los hombres sienten amor, sienten miedo, felicidad, necesitan del contacto físico y que validen su experiencia emocional (Badinter, 1993). El sentirse solos, estresados, el encontrarse en momentos de crisis o ser un individuo tímido o rechazado, ha orillado, por ejemplo, a muchos hombres a recurrir a servicios sexuales, situación en la cual no hay rechazo, y el sexo en ocasiones puede pasar a segundo plano pues la necesidad de afecto es el móvil principal de esos encuentros (Riso, 2012).

Los hombres dependen emocionalmente de las mujeres, pero el hacerlo no es por algún mérito o concesión especial hacia ellas, es sólo la reproducción del género actuando, es la creencia y el estereotipo de que ellas son expertas en todo

lo que tiene que ver con los sentimientos, pero más aún, con el cuidado del otro, entonces, seguramente deben saber qué es lo que necesita un hombre (Seidler, 2000). No obstante, esto es una completa responsabilidad y deber de los hombres: aprender a identificar qué es lo que sienten y qué pueden hacer al respecto. Así como menciona Kipnis (1993) la tarea primera de los hombres es reconocer que están heridos.

Una posibilidad de que esto ocurra es que los hombres empiecen a hablar por sí mismos del posible dolor y de las experiencias en general que han tenido desde su posición genérica, y que reconozcan si hay algún daño provocado por seguir un modelo cultural (Seidler, 2000). El estereotipo tradicional no permite que los hombres admitan abiertamente la vulnerabilidad, el miedo, la inseguridad y demás sensaciones, emociones y sentimientos que experimentan a diario, y se dan a la tarea de ignorarlos. Seidler (Op Cit) considera paradójico que se les pida a los hombres que asuman responsabilidades sobre otros cuando todavía no son capaces de asumir la responsabilidad de su vida personal. Por lo que es imprescindible que dejen de delegarles a las mujeres este trabajo y comiencen a tomar conciencia sobre su vida reconociendo incluso aquéllo que no es políticamente correcto como la ira y la violencia.

Sobre la ira, Kipnis (1993) supone que en los hombres, ésta es producto del dolor tan arraigado. El aumento de la violencia en algunos sectores podría estar relacionado con todo ese malestar no reconciliado. Menciona: “la alienación, la soledad, el aislamiento, la vergüenza, el abuso de drogas, la desconfianza en las mujeres, y el adormecimiento emocional asociado con el modelo heroico de masculinidad, puede ser tanto el síntoma como la causa de una rotura en la estructura social” (p.70) Por tanto, hay que poner especial atención en estos factores en el momento en el que se quiere hablar de ayudar a los varones a construir y reconstruir expresiones de masculinidad más sana.

Riso (2012) asegura que la sociedad aún no está lista para ver a un hombre “liberado” emocionalmente, aún hay obstáculos que hay que superar. Uno de ellos lo plantea claramente Seidler (2000), ya que considera que se ha reforzado una imagen negativa de la masculinidad que no ayuda a los hombres a reflexionar sobre su masculinidad ni le permite trascender ciertos valores y estereotipos que han sido superados poco a poco sobre todo por las mujeres. Como sociedad nos hemos enfocado en reconocer que la subordinación de la mujer no se explica mediante la biología, sin embargo aún se sigue explicando la “naturaleza” del varón desde la misma, fomentándola, y en ocasiones exagerándola.

Se debe reconocer en primer lugar, que las virtudes que se le atribuyen al modelo heroico y hegemónico de masculinidad no deben ser una obligación

masculina. Es necesario aprender a ser tolerantes con las diversas expresiones masculinas y reconocer (y que ellos reconozcan) que tienen derecho a ser débiles, refiriéndose a la capacidad de reconocer sentimientos como el miedo, a la aceptación el fracaso y los errores, pero sobre todo a la capacidad y el reconocimiento de que necesitan ayuda (Riso, 2012), pues ellos no todo lo pueden.

El reflexionar sobre los efectos que un modelo de masculinidad rígido, idealizado y hasta cierto punto obsesivo provoca, ha permitido también que se busquen nuevas y diferentes formas de ser hombre, pues, si bien la masculinidad hegemónica ha sido considerada como la única aceptada, se ha descubierto que es sólo una forma de ser hombre. Y explorar las diversas masculinidades que se han gestado a lo largo de los últimos años, es el tema que se abordará en el siguiente capítulo.

### 3. CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES ALTERNATIVAS

#### 3.1. Los hombres del s. XXI y la búsqueda de la equidad

El cambio cultural que experimenta nuestra sociedad desde que se comenzó a promover la equidad de derechos para ambos sexos, ha ocasionado reacciones y efectos en diversos grupos. Específicamente, los hombres se enfrentaron a la revolución femenina tanto en identidad como en práctica; mientras muchos hombres permanecieron estáticos, otros tomaron este fenómeno como una oportunidad de cambio y/o reflexión de su propia condición genérica masculina ya que este proceso les afectaba directamente. En el plano de lo académico, surgieron diversos enfoques para su estudio: *men's rights*, mitopoéticos, conservadores y de la especificidad (García, 2008). Fleiz (2006, citado en García, 2008) los divide en dos grandes categorías: profeministas y conservadores. Desde su respectivo enfoque, estas categorías se acercan al reconocimiento de la equidad de género, una pasividad masculina ante el cambio o muestran un absoluto rechazo y alejamiento de los cambios y avances de las mujeres.

Montesinos (2002) considera que fue el feminismo quien comenzó a erosionar estructuras no sólo sociales sino psicológicas, que daban legitimización y soporte a la identidad masculina hegemónica. Esta desestabilización generó sobre todo en algunos varones jóvenes dudas e incluso crisis, al no saber ahora qué postura tomar frente a una sociedad que no se adecua a un único modelo.

Desde finales del siglo XX y principios del presente, se ha hecho evidente cómo las masculinidades se transforman paulatinamente, coexistiendo incluso con las identidades masculinas más o menos tradicionales o apegadas al ideal hegemónico (Montesinos, 2004). Los símbolos que representaban la masculinidad de antaño, junto con sus costumbres y prácticas, se van desgastando o combinándose con nuevas formas de expresión, lo que da lugar a singularidades en espacio y tiempo en lo que respecta a la identidad de los varones. Esto no quiere decir que antes no existieran diversas identidades masculinas, sin embargo, es a lo largo de los últimos años que se han hecho evidentes, así como sus prácticas y sus formas de expresión.

El autor hace mención, además, de que este cambio gradual se ha dado como resultado del trabajo y las nuevas identidades y de roles que las mujeres han promovido y construido a partir del discurso que las legitima como seres en igualdad de oportunidades y derechos. No obstante, se ha considerado en varios

sectores feministas, que la masculinidad ha permanecido estática (Op Cit), es decir, que a pesar de los progresos de las mujeres a nivel político, social e individual, hombres y mujeres aún viven bajo una brecha jerárquica de dominio y poder donde los hombres se encuentran en la punta de la pirámide. Es decir, a pesar del trabajo realizado y los logros obtenidos, la desigualdad debido al género persiste, según algunos grupos feministas, de la misma forma que décadas atrás.

Empero, hay razones para cuestionar la veracidad de lo anteriormente dicho, ya que el proceso de cambio cultural ha dado como resultado nuevas identidades femeninas que se sitúan en posiciones de poder, generando representaciones de las mismas lejos de la subordinación (Op Cit). Ello puede constatarse, por ejemplo, en el cambio en la división sexual del trabajo, la incursión en el ámbito laboral de la mujer, el porcentaje de ellas con cargos administrativos y su participación en el ámbito académico, que es cada vez mayor.

En esta misma línea, también es importante mencionar el cambio que más ha afectado la identidad masculina, y que ha llegado desde lo económico, es decir, desde la capacidad para convertirse en proveedor. Esta, como forma de poder (Montesinos, Op Cit), ha ido menguando a pesar de que algunos varones incluso hoy día consideran que son “hombres” en tanto sean personas proveedoras del sustento económico familiar (Stern, Fuentes-Zurita, Lozano-Treviño & Reysoo, 2003), sin embargo, a diferencia de muchos años atrás, ahora se encuentran con una realidad económica donde el aporte de un solo proveedor ya no es suficiente y la entrada de la mujer al campo laboral ha hecho visible esta confrontación masculina entre el ideal y la realidad en la que ser el sustento económico de la familia ya no necesariamente es un rol que defina la masculinidad.

También es importante señalar -como parte de estos aspectos que demuestran que el cambio cultural entre los géneros y sus identidades es real- que un efecto de esta transformación ha sido el aumento de la violencia, no sólo del hombre a la mujer, o de manera cruzada, sino de mujeres hacia hombres (Trujano, 2008). Clare (2006) explica que quizá este fenómeno se dé no porque las mujeres se estén volviendo violentas, sino porque la cohabitación de la pareja ha cambiado, reflejando el empoderamiento femenino, la crisis económica, la transformación de identidades y la crisis masculina.

No obstante, esto no niega que aún existen retos por superar en cuanto a la desigualdad padecida por algunas mujeres en diversos sectores, la cuestión es no perder de vista que estos no son los mismos que los problemas que enfrentaba la sociedad hace veinte o treinta años. Por tanto, el abordaje que se haga de las relaciones entre hombres y mujeres, hoy en día, para ser objetivo y acorde a las necesidades de cada población, tendrá que tomar en cuenta estas

consideraciones, en donde las relaciones de poder que tradicionalmente se manejan para explicar la desigualdad de géneros se manifiestan distintas conforme el tiempo avanza; las mujeres acceden en mayor medida y con más frecuencia, a posiciones de poder tanto públicas como en la familia, y los hombres se enfrentan ante la disyuntiva del cambio.

Además de ello, hay que reflexionar y estudiar de cerca qué efectos se generan en la subjetividad masculina debido a la transformación de la realidad social, ya que esta es cualitativamente distinta a cómo la viven las mujeres, y considerar los obstáculos que impiden que tanto ellos como la sociedad en general resignifiquen qué es ser varón actualmente. Una de las razones por las cuales el trabajo de los varones es lento y poco tangible la expone Kipnis (1993), y Seidler (2000). El primer autor señala que existe un prejuicio que dificulta la transformación de la masculinidad, y es que, al construir una identidad basada en una masculinidad hegemónica, es más difícil que los varones reconozcan, por ejemplo, que han sido víctimas y que también son vulnerables en muchos aspectos: salud, violencia y emocionales. El segundo autor asevera que la dificultad del tema para los hombres es debido también a que ellos construyen su identidad aspirando a una objetividad y racionalidad despersonalizada, en donde el aspecto emocional está totalmente censurado. Aunado a ello, es difícil que la sociedad reconozca la vulnerabilidad y la necesidad de apoyo de los varones, pues se considera que, por ser hombre, casi en automático, ellos ostentan una posición de poder en todas las relaciones sociales (Montesinos, 2004). Bajo esta construcción, en donde la masculinidad proyecta poder, más no debilidades, resulta casi irrisorio que se encuentren en lo masculino vulnerabilidades y necesidades que no han sido cubiertas.

En el aspecto discursivo esto último tiene cierto sentido, pues incluso la historia ejemplifica la posición de dominación masculina en diversos momentos, en los que se reconoce que las relaciones sociales se representan a través de roles asignados a cada individuo por medio de estructuras de poder que se entrecruzan, como es el caso del género, el sexo y la raza, en donde los hombres blancos, de clase media o alta son los que salen beneficiados (Op Cit). Kaufman (1989, citado en Fonseca & Quintero, 2008) menciona de manera similar que los hombres construyen su identidad sobre los ejes de poder y dominio. Sin embargo, esta también ha ido modificándose desde entonces, pues en el presente se ha descubierto que la masculinidad no es sólo una representación que de manera uniforme se impregna e influye en la subjetividad individual y colectiva, sino que su influjo va a depender de diversos factores personales y contextuales (Montesinos, 2002; Salguero, 2014). Por lo que, como se ha señalado anteriormente, existen diversas formas de ser hombre, distintas masculinidades; y resulta ser que si bien

se ha ejemplificado cómo la masculinidad ostenta posiciones de poder, sólo se ha hablado de una en específico, dejando de lado otro tipo de identidades y expresiones de masculinidad.

Bajo la perspectiva del construccionismo social, se sabe que la realidad de las personas cambia constantemente, nada ha permanecido estático, mucho menos para los hombres, como se ha querido reflejar. Y para comprender un poco su influencia, resulta pertinente conocer cómo sucedió este cambio, hace ya aproximadamente más de tres décadas. En una sociedad en donde los valores tradicionales tenían una gran presencia en las familias, estaban asentadas claramente las diferencias entre roles de mujeres y hombres, y este último era la cabeza de la familia, habitualmente constituida por padre, madre e hijos. Es en la década de los 80's bajo estas condiciones, que se empiezan a vivir los primeros cambios, conocidos como la revolución sexual y afectiva, los movimientos juveniles, y la revolución tecnológica. Cambios que trascenderían hasta el presente y traerían como consecuencias la liberación de ciertos estereotipos, sobre todo para las mujeres (Urresti, 2012).

Una nueva forma de relaciones sociales comenzaba a gestarse. Desde la revolución afectiva, algunos roles fueron transformándose, y los jóvenes de aquel entonces, aunque viviendo en una sociedad tradicionalmente patriarcal, ya no se identificaron con la autoridad del padre, y su forma de relacionarse con sus hijos no lo sería desde la posición tradicional paterna, sino que su interacción sería más comprensiva, cercana y afectuosa, similar a la crianza materna (Op Cit).

A partir de entonces, la identidad tradicional que exaltaba cualidades masculinas por encima de las femeninas ha ido diluyéndose, mezclándose, y transformándose paulatinamente, y como resultado, emergen nuevas identidades, retomando en cierta medida elementos de la identidad tradicional, pero que también adoptan para sí, elementos nuevos de un discurso más incluyente y menos rígido (Montesinos, 2004). Es por eso que ahora puede hablarse de una "liberación masculina" cuando en los hombres ya hay una expresión tangible de sentimientos y emociones antes vedados para su comportamiento. Riso (1998) menciona al respecto, que al varón de la actualidad no le satisfacen los ideales de éxito y poder, autocontrol e insensibilidad. El autor propone que no hay que negar la naturaleza biológica del hombre, sino trascenderla, transformarla e integrarla a un crecimiento personal y social trascendente.

Montesinos (2004) también considera que es importante reconocer la participación de los varones en las transiciones sociales y culturales, pues las expresiones y prácticas masculinas han ido transformándose también. Según el autor, en este tiempo hablar de un estereotipo machista en donde el hombre

abusa del poder y desprecia las virtudes de la mujer es una representación masculina cada día más en desuso, aunque en algunas sociedades aún se represente como un ideal, ya queda a disposición del individuo aceptar ese papel o no, pues deja de ser impositivo. Asimismo, señala que ya no es posible hacer una definición nítida de las características propias de hombres y advierte la pertinencia de diferenciar masculinidad de machismo, que se han convertido erróneamente en palabras similares para describir a los hombres, además de tener en cuenta que el poder es independiente de los géneros y que existen diferentes formas de ejercer el poder (p. 224).

Lo anteriormente mencionado sirve como preámbulo para tratar de orientarse a las masculinidades que han sido ignoradas o que recientemente han comenzado a surgir. Montesinos (2002) las ha denominado “Masculinidades Emergentes” al considerarlas no nuevas, sino el resultado de un proceso de evolución cultural y social de los varones, y que no necesariamente son opuestas a la masculinidad hegemónica, sino que retoma elementos tradicionales y de un nuevo discurso para construirse. Por otro lado Boscán (2008) las ha conceptualizado como “Masculinidades Positivas”, definidas así por su carácter no sexista y no homofóbico, que se conforman en sociedades donde se respeta la diversidad y los derechos humanos. Por tanto, actitudes y características consideradas “machistas” no serían compatibles con una identidad masculina positiva, puesto que para ser considerada como tal, ha de fundamentarse necesariamente en el desarrollo de relaciones equitativas con las mujeres y de solidaridad sus congéneres (Op Cit).

Y aunque el concepto de Boscán, es propositivo y en realidad representa el objetivo de los movimientos profeministas, el enfoque de Montesinos se apega más a la realidad que viven cientos de jóvenes, pues, como anteriormente se mencionó, en la actualidad se mueven entre la indefinición de su propio género, e incluso Boscán (Op Cit) alude a ello: “Un gran número de varones buscan hoy dejar de ser machistas, pero no desean hacerse femeninos. Muchos de ellos reconocen que ya no pueden seguir siendo sexistas y homofóbicos, pero no quieren dejar de ser masculinos. Su interés y mayor preocupación consiste en cómo asumir su masculinidad de un nuevo modo” (p. 95).

Si los jóvenes desean seguir un modelo “positivo” de masculinidad, se encuentran con que el referente actual de lo femenino y lo masculino se mezclan (Montesinos, 2002) y el contrastante discurso hegemónico de masculinidad genera aún más confusión. Si se toma en cuenta que la misma etapa de juventud suele definirse con un periodo de conflicto y de búsqueda de identidad, el no tener una base clara de qué es ser hombre, por un lado lleva a la construcción de identidades, como lo mencionó Badinter (1993), “hipermasculinas”, o por el otro



lado, a crear una identidad que poco a poco se aleje de estereotipos y prácticas sexistas, una especie de “híbrido”, según Montesinos (2002).

Al respecto, a la construcción de un modelo de masculinidad que se aleje del ideal hegemónico o que podría considerarse “positivo”, se encuentra el estudio realizado por Aguilar, Valdez, Gonzáles-Arratia y Gonzáles (2013) en la ciudad de Toluca, en el cual se exploran los significados del rol de género entre hombres y mujeres que consideran ejercer en la actualidad. Trabajando con 300 jóvenes de 17 a 25 años y 80 adultos de 35 a 45 años, repartidos equitativamente por género, se encontró que, tanto hombres como mujeres aún reportan características estereotipadas que son tomadas de los roles hegemónicos; por ejemplo, las mujeres aún se definen como seres más expresivos y como las indicadas para atender el hogar y la familia, en tanto los hombres aún se definen como fuertes y proveedores. Sin embargo, también se hallaron cambios en el rol femenino al definirse como “independientes”, mientras que en los hombres se denota un cambio en la parte afectiva al aceptar características de expresión emocional como parte de su propia descripción en roles afectivos.

Específicamente, al definir el rol que a los hombres les corresponde, resultó interesante descubrir que un 53% definieron roles y características de los varones desde el referente tradicional, mientras un 47% incluía aspectos nuevos como la expresión de sentimientos, tradicionalmente asignados a la categoría “femenino”. Es decir, aún un poco más de la mitad define al rol masculino desde lo tradicional, pero por otro lado, resulta considerable el porcentaje de mujeres y hombres que incluyen aspectos que no han sido tradicionalmente relacionados con la masculinidad.

El estudio apoya la propuesta de la convivencia de diversas identidades masculinas (Montesinos, 2002), pues menciona que por lo menos en la cultura mexicana, hombres y mujeres viven influenciados por modelos tradicionales y alternativos, que afectan la construcción identitaria, generando cambios continuos. También puede observarse en este estudio que hoy en día ambos sexos buscan cosas similares, como lo es el éxito, la independencia económica, la libertad, la educación, entre otras, a pesar de la prevalencia de los roles proveedor/ama de casa que aún persisten (Aguilar et al, 2013).

Se puede entonces hablar de que si bien, la emergencia de diversas masculinidades hasta el momento ha generado no nuevas masculinidades per se si no la construcción de identidades que transitan entre lo tradicional y lo alternativo o lo diferente, éstas -como anteriormente se señalaba-, no necesariamente significan que tengan las cualidades positivas esperadas, tal como las describe Boscán (2008), puesto que se deja de lado la confusión y crisis

que puede generar en algunos varones la transformación social e individual de las mujeres y que ellos podrían expresar de manera negativa hacia ellas. Tampoco considera las crisis y cambios económicos que han hecho indispensable la participación femenina en lo laboral, pues eran ellos quienes ostentaban el título de proveedores, ni el peso que representa para la identidad masculina este aspecto.

Seidler (2000), opina sobre las reacciones negativas (sentimientos adversos hacia las mujeres) que algunos hombres podrían experimentar, y las considera totalmente válidas y como elemento fundamental de un proceso de trabajo de resignificación masculina, que hasta la fecha ha sido censurado, pues desde el punto de vista de la teoría profeminista, este tipo de reacciones se entenderían más como formas de opresión, difíciles de aceptar, aunque se encuentren latentes. Por tanto, una masculinidad “positiva” resulta ser más un “deber ser” desde un discurso poco vinculado con la realidad, en un escenario en donde la masculinidad no ha sido comprendida, en donde los hombres aún carecen de un lenguaje emocional propio, y además en donde la censura se impone sobre esas mismas emociones y la experiencia masculina, ya que se considera que existe algo erróneo, defectuoso e inadecuado en la masculinidad (Op Cit).

Sanfélix (2012) desde un trabajo sociológico, pretende abordar esta realidad masculina, tomando en cuenta que en esta se puede encontrar temor ante nuevos escenarios con una presencia femenina en donde antes no la había. Al analizar el discurso elaborado por varones de distintas generaciones (un grupo de hombres entre 22 y 35 años y otro de mayores de 50 años), sobre el cambio social y cómo lo perciben, encuentra una actitud positiva pero con cierta reticencia en los jóvenes, y el cambio más significativo está en la paternidad, volviéndose más participativos en la crianza infantil. No obstante, aún existen en los varones jóvenes temor al futuro y desconfianza en las mujeres al no creerlas capaces de hacer ciertas cosas que ellos hacen. Por esta razón, el autor asevera que a pesar de notar diferencias en el discurso de los varones, no se puede hablar de que sean “profeministas” en el amplio sentido de la palabra, sino que lo son en dependencia de factores contextuales.

En concordancia con todo lo anteriormente expuesto, se puede comprender que las masculinidades, hasta el día de hoy, han sufrido un cambio notable, pero sigue sin ser el esperado, si se observa desde el punto de vista feminista, que busca crear preceptos de cómo debería de ser una nueva masculinidad, antes de conocer y comprender la realidad de los varones en la actualidad. Los cambios acaecidos a lo largo de estos años han penetrado en el modelo hegemónico de masculinidad que todos los varones conocen, y quizás

han producido desestabilización y duda en aquellos hombres que se han puesto a reflexionar sobre sí mismos y su identidad.

Seidler (2000) comenta que reflexionar sobre las masculinidades no es descartar y desconocer por lo que como colectivo las mujeres tuvieron que vivir en el pasado y en algunos lugares siguen viviendo. Sino conocer lo que los hombres tienen que expresar desde su propia experiencia, pues “hay algo equivocado respecto de una posición teórica que afirma que existe algo erróneo o defectuoso o inadecuado en la masculinidad misma, pues cancela la posibilidad de que los hombres también hablen de su experiencia... (Op Cit, p. 174). Es fundamental reconocer ante todo las diferencias sexuales, sociales, de etnia, incluso de orientación sexual de edad, entre otras, pues este es el primer paso hacia una sociedad más incluyente, en donde las diferencias enriquecen y diversifican identidades y subjetividades.

En el siguiente apartado se explorarán estas diversas expresiones masculinas surgidas en las últimas décadas, en una sociedad en la cual juventud ha sido mayormente representada como una etapa de transición y rebeldía, y en donde su voz, por la inexperiencia, es desestimada, ya que se considera que no hay mucho que aprender de ellos, y quizá en muchas ocasiones se les restringe de libertades y de toma de decisiones. Sin embargo, eso no ha evitado el surgimiento de diversos grupos, colectivos y subculturas que con el tiempo se han ido consolidando como fuentes de identidad y apoyo, tanto para jóvenes como adultos.

### **3.2. Expresiones culturales de masculinidades alternativas en los jóvenes**

Como marco histórico de referencia, se deben recordar los grandes cambios y revoluciones sociales que han impactado en la cosmovisión y praxis de la cultura occidental a partir de la segunda mitad del s. XX. Hoy día, las transformaciones sociales han repercutido y afectado hasta los aspectos más privados y personales de los individuos. Un ejemplo claro son los que se han estado desarrollando en este texto, el género y la identidad, con su transformación gradual en los varones. Cuestión que no puede ser estudiada si no se considera la relevancia del papel que juegan los jóvenes como actores sociales que generación tras generación modifican, reinventan y crean nuevas formas de estar en el mundo. Por lo que hablar de las culturas juveniles, sus expresiones artísticas y culturales, las disidencias sociales en las que son partícipes e incluso sus posturas políticas,

sirve no sólo como marco de referencia, sino que son trascendentales para estudiar las masculinidades y las diversas formas de ser hombres cuando se les sitúa en un tiempo y lugar específico.

Kipnis (1993), Montesinos (2002; 2004) y Seidler (2000) han señalado en sus trabajos, que desde hace algunos años, muchos varones han tomado consciencia de su identidad de género y cómo el ideal hegemónico ha amedrentado la expresión natural de sus emociones. Sin embargo los estudios que se han realizado respecto a esta posible crisis de identidad masculina, generalmente se abordan desde la perspectiva del varón adulto, con un trabajo remunerado, hijos y/o esposa. Mientras que los jóvenes han sido con mayor frecuencia objeto de estudios relacionados con fenómenos de marginación y comportamientos antisociales: delincuencia, drogas y violencia (Fonseca & Quintero, 2008).

La juventud, la cual comprende un periodo que va desde los 12 hasta los 29 años (Encuesta Nacional de Juventud 2010, 2011), según Urteaga (2010) es un concepto relacional entre varias categorías, una construcción social, tal como lo es el género, la etnia o la clase social. La juventud es parte de una relación asimétrica, parecida a la de género, pero que está mediada por el factor generacional; una relación en donde los jóvenes son subordinados a las personas de edad mayor y las respectivas instituciones encargadas de educarlos, porque se les concibe como faltos de experiencia y habilidades que tienen que desarrollar, para luego poder ingresar al sector productivo de la sociedad.

Juventud y adolescencia son dos conceptos que se han usado como sinónimos, sin embargo hay una diferencia cualitativa en ambas que es necesario aclarar. Nateras (2002) separa estas dos categorías, señalando que la adolescencia se refiere a una edad biológica, en donde están presentes cambios fisiológicos y emocionales, por tanto, es una categoría biológica y psicológica, en la que frecuentemente, se refiere a las personas que llegan a esta etapa de desarrollo como "inacabadas". Mientras que la juventud o juventudes hace referencia a una construcción socio-cultural, resultado de procesos sociales.

Montesinos (2002), por otro lado, sugiere que la adolescencia es sólo la etapa inferior de la juventud en donde están presentes todos estos cambios fisiológicos y psicológicos. Mientras que la etapa superior, está constituida por la del joven que comienza a asumir roles de una persona adulta, adoptando o no, las prescripciones socioculturales de determinado contexto (joven adulto). Para este autor, la juventud "representa un periodo en el que la construcción de la personalidad del individuo se somete a una doble presión social en la medida que la cultura le proyecta dos modelos de ser: uno apunta a la comprensión de las

conductas adultas, y otra a los patrones genéricos, masculino y femenino.” (p. 102). Es decir, la sociedad a través de las instituciones, y las personas adultas como mensajeras y facilitadoras del aprendizaje de la cultura tradicional, comienzan a dictarles y a intentar dirigirles, para que las expectativas que se espera de ellos sean cumplidas. Por ejemplo, que un varón adolescente, cuando llegue a la etapa adulta sea capaz de cumplir con los roles de proveedor, o de ya haber iniciado una vida sexual y heterosexual activa, tal como le han indicado para que se defina y asuma como un hombre a nivel social, sobre la base del género masculino hegemónico.

No obstante, esta es una etapa transitoria llena de conflictos y contradicciones en la que cumplir esas expectativas, para algunos jóvenes, adquiere diversos significados, los cuales harán que tomen cierta actitud y se posicionen a favor o en contra de ellos, en donde también influye, en el particular caso de los hombres, la crisis que puede generar la construcción de su identidad masculina y los ritos de iniciación por los cuales debe pasar (Badinter, 1993). Esto propicia que sea la juventud, a pesar de sus propias necesidades y problemáticas, quien impulse el cambio cultural (Montesinos, 2002), desde lo político, lo social, y actualmente desde el género, y que se ve reflejado en aspectos psicológicos y de la identidad de los jóvenes.

Una característica significativa de este sector, es que tiene poca o nula integración a las esferas económicas, en las que sólo con la categoría de “persona adulta” puede hacerlo, ya que “la juventud aparece como el índice que impide a los jóvenes incorporarse, en igualdad de circunstancias, a las estructuras de poder o de manera más real, al mercado de trabajo” (Op Cit, p. 166); por tanto no pueden desempeñarse con una mayor participación a nivel social, con mayores responsabilidades familiares, económicas y laborales. Se cree que los jóvenes no son capaces de manejar ciertas situaciones o de tener algún cargo de poder; no tienen los recursos necesarios, pero esta es precisamente la etapa de su vida en donde todos estos requerimientos serán desarrollados y puestos en práctica (Brito, 2002).

Urteaga (2010) propone reivindicar la categoría “juventud”, dejar de definir a los jóvenes como seres pasivos, pues ellos son creadores de la cultura juvenil, de formas expresivas y simbólicas que los representan, hacedores de experiencias en su diario vivir, y con la que gradualmente transforman su sociedad. Las prácticas juveniles son una forma de “estar juntos”, representaciones simbólicas diversas, que van creando tiempos, espacios, identidades, estéticas, hablas, cuerpos, músicas y producciones culturales autogestionadas. Es así como los jóvenes actúan e interactúan con el medio social y lo transforman, ya que estas prácticas no son neutras, no se dan sólo porque sí, son una reacción ante

determinada sociedad y una forma de lenguaje que da cuenta de la realidad social de todo un pueblo.

Brito (2002) en esta misma línea, comenta que el paradigma de “juventud” como proceso de desarrollo de la persona adulta capaz de insertarse en las estructuras económicas, resulta deficiente y es excluyente, principalmente porque deja de lado todas las expresiones alternativas de jóvenes que no se definen dentro del marco referencial hegemónico. Además, el concepto de juventud ya no sólo abarca a los estudiantes de clase media, varones y de sectores urbanos, sino que dentro de esta categoría encontramos a sectores marginales, mujeres, campesinos y sectores populares, los cuales se diversifican y crean su propia subcultura.

Ahora bien ¿qué papel juega el género en las expresiones culturales de los jóvenes? El género, el cual se ha definido ya como creación social, representación colectiva de lo que para cada cultura significa ser mujer u hombre (Martín, 2006); o bien, la construcción social de la diferencia sexual, tal como Lamas (2000), lo define. Se sabe que esta categoría influye en la construcción de la identidad de las personas, pero también se relaciona íntimamente con la categoría de juventud. Durante esta edad y específicamente en la actualidad, los jóvenes se encuentran en un escenario de conflicto e indefinición. En particular, los varones ya no encuentran un rol definido pues cada vez más lo masculino y femenino se mezclan (Montesinos, 2002). Aunado a la presión y represión contextual que implica el crecer para convertirse en adulto responsable, los jóvenes han reaccionado a ello, y de manera simbólica han creado todo un universo que les ha permitido resistir, resignificar y recrearse, de donde emergen de manera distinta a sus progenitores, cualquier otra generación pasada.

A raíz de estas y otras situaciones, los jóvenes han creado sus propias culturas o subculturas, definidas como todas aquellas innovaciones, expresiones y prácticas diversas en espacios y tiempos igualmente diversos (Nateras, 2002). Mientras que para Feixa (1998, citado en Nateras, Op Cit), las subculturas juveniles son la manera en la que las experiencias de los jóvenes son representadas colectivamente, y esto lo hacen a partir de estilos propios que surgen en del tiempo libre y recreativo de los jóvenes. Y denomina a estos estilos como actos simbólicos elaborados por los jóvenes, especialmente los de clases subalternas, a modo de protesta contra la cultura hegemónica y sus contradicciones (Op Cit).

Urteaga (2010) considera pertinente estudiar las expresiones culturales de los jóvenes a partir del concepto de “culturas juveniles”, el cual permite dar cuenta de la heterogeneidad de identidades y culturas entre grupos de jóvenes y sus

prácticas, mismas que muchas veces han sido posicionadas en el binomio hegemonía/subalternidad (underground), centrando la atención en las problemáticas que llegan a presentarse en este sector, como la delincuencia, las drogas, el desempleo, los embarazos no planeados, y la sexualidad, entre otras, definiendo nuevamente a los jóvenes como sujetos pasivos que necesitan dirección y control. Y aunque en efecto, estas problemáticas se presentan con frecuencia, estos no son indicativos únicos o centrales que definan a las culturas juveniles. La realidad es que los jóvenes son actores sociales en constante actividad, que construyen y modifican tanto su entorno psicosocial y simbólico, como a la sociedad en general, ya que ellos son los futuros adultos que moldearán la sociedad, creando incluso nuevos paradigmas.

Los jóvenes se definen entre otros factores, por su género y por el grupo de pertenencia, es ahí en donde las subculturas se gestan. En la actualidad, existen tres elementos que conforman la identidad y práctica de cada subcultura juvenil. Uno de ellos, ya mencionado, son los estilos, que tienen que ver con la estética y la imagen socio-corporal, en ella, influye el lenguaje y se plasma la visión del mundo, en donde se ironiza la cultura oficial, la de los adultos. Es el estilo uno de los elementos que construye y constituye la identidad de los jóvenes pues ayudan a marcar la diferencia entre cada subcultura y con externos. Sin embargo los estilos suelen no ser puros, es decir, permiten cierto grado de hibridación con otras expresiones, dando paso a la coexistencia de simbolismos, conductas o hábitos que adquieren diversos significados, según la subcultura en la que se use (Nateras, 2002).

El segundo elemento que define a cada subcultura y la identidad de cada joven, es el espacio: la calle, las plazas, las paredes, las discotecas, centros comerciales, centros deportivos, fiestas, conciertos de música, museos, y demás espacios urbanos (debido a que es más frecuente encontrar subculturas juveniles en lugares industrializados), que tendrán un fuerte valor simbólico para las representaciones, prácticas y celebraciones de cada subcultura (Op Cit).

Y el tercer elemento constitutivo, lo representa la música. Cada cultura juvenil, tiene su particular forma de estar y ser en el mundo, con sus propias experiencias, enfoques y actitudes respecto a este, y unas de las formas que expresan las ideologías, experiencias y sentir, es precisamente el rubro musical. Concebido, según Marcial (2010), como el soundtrack de la vida de muchos jóvenes, que la viven y experimentan de manera individual, grupal o con la sociedad en general.

Para Urteaga (2010) la música es fundamentalmente estructuradora, organizadora, diferenciadora e integradora de cada cultura juvenil, función que

cumple a la par con la estética o el estilo de cada subcultura. Cada una creará su propia música, dándole sus propios significados y actitudes, dotándolas de ideales y valores acorde a su particular visión, pues la música es un discurso con una posición específica, que comunica ideologías, sentimientos e identidades propios de cada joven, de acuerdo a la subcultura a la que se adscribe. Sirve de puente entre el anonimato y el reconocimiento ante los otros “que no son como ellos”, que no comparten ni sus valores ni sus creencias.

Además de estos tres elementos, cada cultura o subcultura tiene criterios para mantener su identidad y su propia producción cultural, según Thorton (1996, citado en Urteaga, 2010), estos son: lo auténtico contra lo falso, lo original versus lo comercial o hegemónico, y lo underground contra la media; criterios que delimitan y permiten distinguirse una de otras y que además dan la oportunidad de cuestionar normas y reglas sociales, y poco a poco, se va convirtiendo en una “praxis divergente” (Brito, 2002, p. 54).

Brito (2002), bajo la línea de la praxis divergente, considera que los jóvenes se ubican en un contexto generacional con referencias a emblemas e imágenes autoconstruidas, reapropiadas, y que en la mayoría de los casos se contraponen a estereotipos y representaciones culturales. Resinginifican el “ser y el “estar” en el mundo. Los códigos creados entre lo propio y lo ajeno se vuelven también una confrontación al poder, dependiendo de la clase económica, el género, la etnia, y la orientación sexual, entre otras.

Retrocediendo un poco al inicio de estas manifestaciones juveniles, cabe mencionar a la escuela de Birmingham, en Inglaterra, que fue una de las primeras en analizar a las juventudes en relación con la clase social. En el contexto británico de los años sesentas, el surgimiento de diversas expresiones culturales en los jóvenes se da en un marco del Welfare state, en donde la opulencia económica de aquel país transformó a su sociedad, en una sociedad de consumo y modas (Op Cit).

¿Cómo llega este fenómeno a México y sus jóvenes? y ¿cómo se manifestó y sigue manifestando? A continuación se hará un breve recorrido por algunas subculturas juveniles mexicanas, tomando en cuenta los estilos, criterios e ideologías básicas que las sustentan, y que permiten identificar y comprender las prácticas y la forma de concebir al mundo de estos movimientos culturales juveniles que se definen principalmente por diferir de la norma, ser alternativas, y algunas contestatarias y críticas, que al mismo tiempo resultan relevantes en el estudio de las construcciones de identidades masculinas, ya sea que estas sean opuestas a un modelo hegemónico, sean divergentes o combinen elementos



nuevos y tradicionales para conformarse como hombres, dentro de una cultura y una subcultura.

El elemento más influyente de las subculturas juveniles ha sido la música, particularmente en la segunda mitad del s. XX, fue el Rock'n Roll, que entró en apogeo en los años cincuenta y sesenta en Inglaterra. La llegada de diversos contingentes de migración traen consigo nuevas culturas que se entremezclan con la inglesa, para hacer surgir grupos como los teddy boys, rockers, mods, skinheads y punks (Urteaga, 2010).

En México, el escenario de la juventud es totalmente opuesto al momento de la llegada del rock que dos décadas después de su nacimiento en Europa y Norteamérica, fue adoptado como una expresión alternativa para los jóvenes, en un marco de pobreza, desigualdad, marginación y represión tanto social, como política, y en donde los roles sexuales y de género eran rígidos, al estar bien definidos los límites entre lo que cada quién debería hacer con respecto al sexo de nacimiento (Marcial, 2010).

Agustín (2004), señala que en México ya existían expresiones culturales alternativas que surgen a partir de la segunda mitad de los años cuarenta con los "pachucos". Estos son considerados por el autor como una de las primeras expresiones culturales contestatarias, pues dichos jóvenes expresaban su identidad marginal, al ser hijos de mexicanos pero con nacionalidad estadounidense, y en manejar un estilo que el autor denomina como la primera expresión de la "estética antiestética" por su manera de vestir. La principal queja de estos jóvenes era que no se les daba el trato que por derecho deberían recibir al ser ciudadanos de aquella nación, razón por la cual incluso simpatizaron en muchos aspectos con los movimientos afroamericanos de aquella época.

Años más tarde, a finales de 1960 y gran parte de 1970 llegó "la onda" o los "jipitecas", subcultura pacifista que creía en la expresión libre y natural del cuerpo, practicaba el uso de alucinógenos combinados con creencias y rituales espirituales, y tenían una conciencia ecológica. Muchos de ellos eran veganos, escuchaban rock psicodélico, se reconectaban con los orígenes indígenas del país y llegaban a utilizar sus vestimentas, pelo largo y algunos con chaleco sin camisa y pantalones acampanados. Proponían una nueva forma de familia ya que eran muy liberales en lo que respecta a la fidelidad de las parejas y crianza de los hijos, crearon comunas en las que generaban sus propios alimentos. Esta generación de jóvenes y fue la que presenció la represión y posterior matanza de estudiantes en 1968 en la Plaza de las Tres Culturas. A partir de ese momento, las subculturas comenzaron a tener más presencia en eventos que concernían al país (Agustín, 2004).

Cuando comenzó a teorizarse en México la juventud, se les designó como “jóvenes banda” o en conjunto “bandas juveniles”, nacidas a partir de la década de los setentas. Aparecen así cuando se vuelve notoria la deserción social: de la escuela, del trabajo, de la familia y del trabajo, entre otros. Para Brito, (2002) esto se debió a los pocos espacios dirigidos especialmente para la población juvenil, lo que provocó que desde entonces, la mayoría de las identidades juveniles se constituyeran fuera de la formalidad social, sin identificarse con sus objetivos y valores dominantes. Ello afectó principalmente a las clases obreras de país, sector poblacional que definió lo que hoy se conoce como “ser joven” entre otras cosas por la inconformidad, y la actitud contestataria y rebelde (Urteaga, 2010). Sin embargo, no sólo en los sectores desprotegidos se gestó la divergencia, sino también en los privilegiados, los jóvenes con educación que han rechazado con sustento en diversas posiciones filosóficas, los moldes genéricos y el estándar social (Brito, 2002).

Desde entonces, los estilos, las prácticas y las condiciones sociales propiciaron el surgimiento de diversas expresiones juveniles en México, que han ido evolucionando constantemente hasta convertirse en lo que conocemos actualmente. El marco contextual de su nacimiento, como bien se mencionó anteriormente, ha sido el de un Estado/Sociedad con carácter autoritario, represivo, que actúa de manea punitiva ante cualquier manifestación que no vaya en concordancia con lo establecido, en este caso, para los jóvenes, hacia cualquier organización que no fueran las instituidas oficialmente por el gobierno.

Lo cual nos lleva a hacer una breve mención de las principales culturas juveniles que no sólo generan una forma alternativa de vivir en el mundo, sino que también permiten el surgimiento de nuevas expresiones de masculinidad que se alejan del conocido ideal de hombre hegemónico al que todos los varones deberían llegar. Es por eso que se pondrá especial interés en cómo las prácticas, estilos, e incluso forma de pensar en algunas subculturas juveniles, dan como resultado la construcción de una identidad masculina que difiere de la tradicional.

El primer ejemplo, se encuentra presente en las subculturas que tienen como base la música rock, y algunos de sus subgéneros. El rock psicodélico junto con la subcultura hippie, o en México, los jipitecas, como se mencionó anteriormente, que proponían una nueva forma de relación no sólo con el cuerpo sino en la convivencia con los demás y con un profundo sentido espiritual, “paz, amor, reconexión con la naturaleza y con Dios” (Agustín, 2004, p. 71), discurso que venía acompañado del uso de sustancias como el LSD, la marihuana y los hongos. Su extinción no fue el fin de las disidencias, sino que muy por el contrario, fue el incipiente camino de las siguientes generaciones de jóvenes para crear nuevos espacios e identidades.

Otras vertientes del rock que gestaron toda una estética extravagante, glamurosa, con toques femeninos y andróginos fue el glam rock , death rock y el post punk, géneros que dieron origen a la subcultura gótica, que después produciría sus propios géneros, principalmente el llamado rock gótico. La subcultura gótica, además de los símbolos, prácticas y el estilo que la definen como “oscura”, representa en sí un movimiento con esencia femenina, Chavero (2009) al respecto señala:

*Nuestra escena es andrógina, representa rasgos externos de ambos sexos (...) en el underground, las culturas periféricas, las resistencias culturales y sociales, a veces, ocasionalmente, obran de modo femenino, porque luchan y resisten al poder sin buscar un trono (...) no buscamos ser la cultura dominante (...) sólo sabemos que el mundo, la vida, no está bien, que hay que decirlo aunque sea con la facha, con nuestro arte, con el corazón maltratado en la mano. (p. 127).*

Esta subcultura retoma en gran medida, valores, filosofía y las expresiones artísticas de la corriente del Romanticismo del s. XIX, la cual surgió como reacción contraria al Racionalismo Ilustrado, y entre sus principales características, se encontraba exaltar los sentimientos como fuerza espiritual.

Otra subcultura que tuvo su origen a finales de 1980 pero su apogeo no llegó sino hasta mediados de los años 2000 y que adopta diversos aspectos del gótico, son los denominados “Emos”, título proveniente de la palabra inglesa emotionals y que refiere principalmente a jóvenes que manifiestan de manera exacerbada sus emociones, dándole un especial énfasis a la tristeza. De ahí que tomaran ciertas actitudes de melancolía y retraimiento, pesimismo y en muchos casos conductas de violencia autoinfligida (Urteaga, 2010). Su música, derivada del hardcore punk: el emotional hardcore, trata temas más relacionados con problemas familiares, de relaciones de pareja, emocionales y existenciales que de conciencia social. Es por esta razón que los jóvenes que se definen como emos, son adolescentes que aún no rebasan los 20 años (OPI Orientación Psicológica, Individual s/a).

La subcultura Emo ha sido criticada, rechazada y constantemente atacada, debido al paroxismo constante de tristeza y melancolía que experimentan los jóvenes que se adscriben a la misma, aunada al estilo andrógino, y que sugiere imágenes abiertamente homosexuales (entre otros temas como la depresión, los trastornos de la conducta alimentaria y el suicidio), Nuñez (2007, citado en Urteaga, 2010) menciona que este rechazo se da principalmente por el grueso de la población, y sobre todo de otros varones que aún se empeñan en medir al

adolescente desde un parámetro binario que evalúa lo heterosexual y lo homosexual de manera cerrada y estigmatizante. Este rechazo también se dio por otras subculturas (Urteaga, Op Cit), que aún manejan ciertos estereotipos masculinos de género tomados del modelo hegemónico occidental, pero un motivo más concreto aún, es que consideran que no son una subcultura, sino una moda seguida por adolescentes con problemáticas de orden psicológico.

Siguiendo el recorrido de subculturas con manifestaciones masculinas alternativas, actualmente se ha dado a conocer y difundido gracias a las redes sociales los “hipsters”. La palabra Hipster no es reciente, su origen se remonta a los años cuarenta y al Jazz de la raza afroamericana. La palabra es un derivado de “hep” y posteriormente de “hip”, que hacía alusión a lo que estaba “en onda” (Agustín, 2004).

En la década de 1940, se definían los hipsters por ser jóvenes de raza blanca adoptando maneras de vestir, la jerga, y las conductas sexuales consideradas como de libertinaje, propias de la raza afroamericana. Muy por el contrario, el Hipster de la actualidad llegó con la era global y la postmodernidad, no tienen una postura ideológica definida, y son en su mayoría, jóvenes estudiantes o profesionales de alguna rama creativa, humanista o tecnológica (Hernández, 2013).

Sánchez (2011), agrega que los jóvenes Hipsters se definen como miembros de un sector subcultural vinculado a modas retroirónicas, la música y cine indie, y otras formas de expresión alternas al mainstream que paradójicamente son aceptadas por el mismo, ya sea por su vanguardismo o por su popularidad (p. 34). Estos jóvenes comparten puntos de vista de izquierda o liberales, y tienen poco interés en la moda y estética, por lo cual prefieren usar ropa anticuada y aditamentos vintage. La mayoría de ellos tienen hábitos alimenticios vegetarianos o veganos. Las expresiones artísticas son trascendentales para esta subcultura, pues es un punto medular en su definición, desde el apoyo e incluso la creación de filmes independientes, música que después es considerada por ellos como de culto, artes gráficas (fanzines y cómics), y literatura beat entre otras (Op Cit).

Pinto (2013) los define como “un movimiento creado alrededor del cinismo” (p. 8) pues otra de sus características es creer que ya lo han visto todo, que lo conocen si no todo, mucho más que cualquier persona. Por tanto el autor menciona que ellos se consideran inmunes a la manipulación mediática, a la presión familiar o de cualquier otra índole externa. Pueden tener actitudes y mostrar su inconformidad con la sociedad, sin embargo no huyen de la misma, y

aunque no intentan imponer una moda, el uso de nuevas tecnologías en conjunto con el internet, los han puesto de moda (Sánchez, 2011).

Como manifestación juvenil de una masculinidad alternativa, es importante señalar que es precisamente su actitud liberal y apolítica, la que la ha llevado a no ser solamente un conglomerado exclusivo que quiera alejarse de las etiquetas, pues incluso ellos no se denominan a sí mismos Hipsters y llegan a negarlo (Pinto, 2013; Sánchez, 2011), por lo que podrían convivir y ser parte de otras subculturas y movimientos, apoyando los derechos de los animales, los movimientos profeministas, los Queer, los derechos de los homosexuales y en general del movimiento LGBTTTI (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales, Transgénero, Travestis e Intersexuales).

Finalmente, cabe mencionar al movimiento LGBTTTI, que alberga dentro de sí diversas prácticas y símbolos, ideologías y posturas políticas, generando sus propias subculturas, en este caso las subculturas Gays y el movimiento que surge de la Teoría Queer. Nabal (s/a) menciona que los espacios generados por gays y lesbianas han sido propicios para diversas subculturas, todas basadas en la diferencia sexual, sobre todo por su marginación debido a su orientación, prácticas e identidad sexual. También denominadas “sexualidades periféricas” porque traspasan la sexualidad normativa: heterosexual, monógama, con personas de la misma edad y clase, con prácticas sexuales que no van más allá del coito y la reproducción y que rechazan prácticas fetichistas, el sadomasoquismo, el intercambio de dinero y el cambio de sexo (Fonseca & Quintero, 2009)

En ese sentido, los Queers son los que mejor representan y defienden esa diferencia que los margina incluso dentro del mismo colectivo gay (en el caso de los varones), debido a que este ha decidido mantener un estatus de respetabilidad frente a las esferas conservadoras y heterosexuales, volviéndose ortodoxo (Nabal, s/a). La palabra Queer (de origen inglés) era utilizada en el pasado a manera de insulto para homosexuales y lesbianas, quienes se apropiaron del término para definirse y con ello mostrarse con orgullo ante la homofobia (López, 2008) utilizándolo también como verbo para nombrar prácticas que tienen toda la intención de desestabilizar las normas, ya que reflejan una naturaleza subversiva y transgresora de roles sociales, de género y sexuales (Fonseca & Quintero, 2009).

La teoría Queer desde el estudio académico, tiene como objetivo hacer visibles las identidades que han sido oprimidas y acalladas por el androcentrismo, la homofobia, el racismo y el clasismo de la ciencia. Propone la hibridación a manera de resistencia ante la homogenización, en donde el sexo, el género, la clase, la raza y la orientación sexual ya no son categorías que definen a las personas sino etiquetas que limitan la naturaleza humana. Y sustentándose en el

trabajo de Judith Butler, consideran que el género es una “contracción reguladora que privilegia la heterosexualidad” (López, 2008, p. 21).

Por último, el Queer como movimiento activista, emerge de la subcultura punk y de algunos creadores de fanzines y cineastas que no concordaban con la cultura heterosexual, a principios de los años noventa, cuando algunos jóvenes pertenecientes a esta subcultura comenzaron a establecer vínculos estrechos entre ellos mismos, ya que se consideraban fuera de los círculos de la sociedad y de la cultura dominante, tanto heterosexual, como homosexual. El activismo de este grupo heredaba estrategias de lucha en la calle y de otros movimientos como el de la raza negra, los hippies y las feministas, y la confrontación directa. Buscan transformar el discurso público sobre la sexualidad a través de la transgresión del espacio público y privado: invadiendo bares, centros comerciales y demostraciones afectivas públicas llamadas “besadas”. Su principal objetivo es autodefinirse y protegerse de una inclusión voluntaria, un etiquetado general con el que el individuo no se identifica, incluso de los mismas etiquetas de “gays” o “lesbianas”, por considerarlos términos limitativos y con connotaciones negativas (Op Cit).

Hasta este punto, puede aseverarse que las distintas subculturas, sus movimientos (activismo), filosofía, estilos y prácticas, su arte y simbolismos, son imprescindibles en la sociedad contemporánea. Los jóvenes, desde hace décadas han revolucionado el mundo social en una forma que no se había visto antes. Esto quizá se deba también a la aparición de diversas tecnologías que acortan distancias y permiten una comunicación más rápida y directa entre los jóvenes, gracias al internet y por medio de dispositivos móviles (Marcial, 2010).

Pero que también no han salido bien libradas en el intento de ser absorbida por un sistema globalizado que si no es que a todas, a la gran mayoría de subculturas las ha vaciado de su contenido, las ha banalizado, dejando solo el aspecto estético creando modas, aminorando así el impacto que otrora hizo que los jóvenes fueran críticos de su realidad, definieran una identidad conforme a sus ideales y convivieran con otros jóvenes con los mismos intereses, creando así corrientes subalternas de vida y no sólo modas pasajeras, como menciona Lemus (2002), dando origen a una cultura de consumo.

No obstante, a pesar de la gran influencia que puede generar esta cultura, los consumidores, y en este caso los jóvenes, no son sujetos pasivos que reaccionan de manera homogénea a determinada moda. Retomando el planteamiento de Urrutia (2010), los jóvenes tienen la decisión de qué consumir, dónde, y por qué. Y eso ha permitido que las subculturas prevalezcan e integren a nuevos jóvenes en sus líneas. Lo que lleva también a la mención de que, a pesar

de que son los jóvenes los principales representantes de las diversas culturas alternas o subculturas, no obstante en ellas hay presencia de personas mayores de treinta años, cuya identidad construida alrededor de estas expresiones culturales, les llevó a crear estilos de vida propios que trascienden la etapa de la juventud.

En el ámbito del género, aún de manera incipiente se pueden ver cambios en los aspectos de las construcciones genéricas, y de roles de género. Aunque las subculturas pretenden mostrarse distintas entre sí y diferir del sistema de normas que rigen al grueso de la población, muchas subculturas aún manejan símbolos, prácticas e ideologías que coinciden con el modelo hegemónico del varón heterosexual. Ejemplos de ello los encontramos en las subculturas de los Cholos, Punks, Skinheads, más recientemente los denominados Chacas o Reggeatoneros (que se centran en el placer que brinda el sexo heterosexual y en la objetivación del cuerpo femenino, mientras los varones presumen su virilidad y poder adquisitivo); Metalheads (o metaleros), Rastafaris, Skates y Skatos, entre otros.

Sin embargo, esto no significa que las subculturas se mantengan estáticas, puesto que dentro de ellas existe evolución y cambio, que se da precisamente por la constante adscripción de nuevas generaciones que nutren y reestructuran cada subcultura, y si estas no concuerdan con sus intereses personales o no son aceptados, generan una nueva expresión cultural, como es el caso del movimiento Queer. Y concordando con lo que Montesinos (2002) señala, es por eso que la juventud representa la posibilidad de romper esquemas tradicionales, no sólo sociales, sino también de género, lo cual permite mejores condiciones para el desarrollo interpersonal, siendo la génesis de una cultura más equilibrada y liberadora, y dando paso a nuevas expresiones alternativas a la masculinidad tradicional para abrirse a nuevas posibilidades de ser y de significarse como ser humano.

## **4. LA EXPLORACIÓN DE LOS SISTEMAS DE SIGNIFICADOS DESDE EL CONSTRUCCIONISMO SOCIAL**

### **4.1. Construccionismo social**

La ciencia ha sido una de las ramas del conocimiento que más impacto ha tenido en la humanidad, principalmente porque gracias a ella pudo ser posible el desarrollo de tecnologías que permitieron el crecimiento de la civilización occidental en un periodo de tiempo extremadamente corto en comparación con otro periodo histórico. Por medio del método científico fue posible descubrir, por ejemplo, los mecanismos y procesos que generaron y mantienen la vida en el planeta, gracias a este es posible describir y predecir el movimiento y la trayectoria de un cuerpo, cómo la energía se transforma, o los potenciales usos que los Rayos Roentgen tienen, entre miles usos, aplicaciones y descubrimientos que en la actualidad se siguen produciendo.

El sustento epistemológico de la ciencia se encuentra principalmente en el positivismo, pero también con grandes influencias del racionalismo y el empirismo. La fundamentación científica para la explicación de cualquier fenómeno o la realidad, está basada en principios universales que deben ser generalizables a cualquier contexto, tienen que reflejar una necesidad estable o permanente de las cosas (Ortega, 2002). Más allá de sus postulados sobre la forma de investigar y generar conocimiento, es de interés particular señalar cómo impactó en la cosmovisión de una sociedad moderna que busca desentrañar los misterios más abstrusos del mundo, buscando la verdad última ya no sólo del origen de la vida, sino también de cómo funciona el ser humano.

Como reacción a este paradigma positivista en el que las ciencias han trabajado para generar conocimiento, desde los años cincuenta, diversos movimientos científicos, en especial en el campo de las ciencias sociales, dieron lugar a lo que se conoció como “paradigma emergente” que introdujo una ruptura con el método científico, en el que el papel del sujeto, la realidad y el objeto de estudio se transformaron, dejando la neutralidad esperada desde el paradigma positivista (Perdomo, 2002).

Desde entonces se han criticado las posturas cuyo objetivo es la búsqueda de datos y hechos que permitan la formulación de teorías que pretenden ser generalizables para entender la realidad, sobre todo en lo concerniente a la condición humana. Esta postura crítica y de búsqueda de alternativas para la



comprensión de los fenómenos psicosociales ha sido llamada “Postmodernismo”, un movimiento de la cultura occidental que precisamente se aleja de la búsqueda de verdades fundamentales.

Para el movimiento posmodernista, el mundo social no puede ser estudiado como un sistema objetivo, puesto que no hay una realidad única o universal (Biever y Boeble, Gardner & Franklin 1998). Éste, utiliza la hermenéutica, la cual asume que el conocimiento de la realidad es posible sólo si se conoce el horizonte histórico, las experiencias de la que se es parte, las prácticas y cómo el individuo las interpreta (Gadamer, citado en Rodes, 2002).

Pardeck, Murphy y Jung (citados en Biever, et al, 1998), definen el postmodernismo como una teoría lingüística, la cual plantea que el mundo no puede ser tratado como un sistema objetivo. Es decir, el lenguaje sirve como vehículo primario que transmite significados y comprensiones diversos para la realidad (Op Cit), que son exclusivos del contexto en donde son generados. Munné (1999), por su parte, señala que la postmodernidad, alude a una crisis de la sociedad moderna, al sistema social que impulsó el desarrollo de la cultura occidental desde hace más de un siglo. En este movimiento, se aclama que la modernidad ha llegado a su fin, con ella, la forma de hacer ciencia y tecnología hasta como hoy se conoce.

El postmodernismo al aseverar que no existe tal cosa como una realidad única y universal, sino una construcción social que está mediada, como se ha mencionado, por el lenguaje, sugiere que existe una multiplicidad de perspectivas, por lo que se posiciona en contra de creencias y discursos absolutistas, cerrados y excluyentes (Fernández, 2003). Ontológicamente, la realidad no es única, sino variable, dinámica y múltiple, por lo cual no se puede lograr un conocimiento último y definitivo (Perdomo, 2002).

Es aquí en donde se encuentra una disputa entre el conocimiento racional, objetivo, y el subjetivo o que surge de la experiencia humana. Algunas corrientes psicológicas, han planteado que la única forma de conocer y comprender la conducta humana sólo es posible por medio de la observación detallada y sistemática de la misma y de sus componentes ambientales. El pensamiento y las emociones pasan a ser una variable extraña, ya que no son susceptibles de ser controladas ni observadas objetivamente.

La psicología como ciencia ha trabajado bajo ese paradigma positivista definiendo su campo de estudio como el de la conducta y no el de la mente o el alma. Medina (2013) señala que el propósito de que la psicología asumiera la conducta como su elemento legítimo de estudio, fue para convertirla en una

ciencia objetiva, cuyo instrumento para lograrlo sería el método científico y bajo el uso de conceptos exclusivamente empíricos. Sin embargo, a pesar de la legitimidad que el conductismo posee, el autor refiere que “pretender objetividad mediante un apego estricto a los datos, es parte de una actitud defendida desde las trincheras del empirismo, pero que en la actualidad ha perdido toda su vigencia” (p.35).

De acuerdo a este planteamiento, esto se debe principalmente a que al formular una teoría, el lenguaje y los símbolos que se utilicen deben referirse inequívocamente al fenómeno a estudiar, pero sucede que también el lenguaje y los conceptos influyen en determinar y delimitar el objeto de investigación. Es decir, el significado de cualquier término depende de contexto teórico, los hechos no hacen diferenciables a los conceptos, pues se necesita de un sistema teórico que lo respalde (Op Cit). Este aspecto concuerda con lo que Wittgenstein apunta sobre las “convenciones lingüísticas”, que son las que configuran conceptos, su utilización y en su papel productor de conocimientos sobre los referentes a los que aluden esos conceptos (Ibañez, 1994), lo que sugiere es no tomar como “naturales” algunos conceptos, categorías y formulaciones teóricas.

Y no solamente hay que referirse al contexto teórico en la formulación de conocimiento, en el caso de la psicología, cada aproximación responde a un contexto determinado, el cual por lo general busca la comprensión de los fenómenos a estudiar sean observables, medibles, predecibles y controlables. Si bien se sabe que el método científico ha permitido el desarrollo y reconocimiento de la psicología a nivel mundial, en la actualidad, existen enfoques emergentes que atienden aspectos concernientes a la experiencia humana que la psicología como ciencia ha descuidado e ignorado debido al mismo método usado.

Gergen (Estrada & Diazgranados, 2007), al respecto comenta:

*El método experimental es capaz de captar los efectos de configuraciones complejas de estímulos; pero en este caso, uno debe distinguir entre el método y su marco ideológico. Mientras que el método por sí mismo puede permitir la manipulación de conjuntos complejos de eventos, la orientación ideológica que actualmente permea la disciplina favorece fuertemente al rigor por encima de la realidad. Es decir, el experimentador ideal limita sus propios intereses a variables delineadas independientemente. El experimento riguroso es aquel que “desarraiga” al estímulo de su entorno y examina sus efectos independientes sobre un comportamiento dado. (p.46)*

Uno de estos enfoques postmodernistas que señala fuertemente lo antes mencionado es el construccionismo social, una aproximación que está

estrechamente ligada a la filosofía y a la sociología y que se relaciona con el constructivismo, pero su principal campo de desarrollo se encuentra en la psicología social. El construccionismo, como movimiento postmodernista, plantea alejarse de las interpretaciones cognoscitivistas y biologicistas de la psicología y en general de todas las posturas positivistas que dominan el campo (Limón, 2005).

Ibañez (1994) señala que esta corriente emerge como un intento de encontrar una alternativa válida que hiciera frente a los modelos empiricistas de las ciencias sociales. Retoma aportaciones de la hermenéutica, de la teoría crítica, de la orientación dialéctica, de la sociología fenomenológica, y de la teoría wittgensteiniana sobre el lenguaje. En esta perspectiva, la naturaleza del saber científico es un producto socialmente elaborado a través de unas prácticas colectivas propias de una comunidad en particular.

Asimismo, el construccionismo social, retomando al postmodernismo, no acepta verdades absolutas ni generalizables sobre una realidad social inmutable, y se inspira principalmente en el interaccionismo simbólico, la etnometodología y etogenia. El conocimiento es un proceso psicológico y social que continuamente construye la realidad, el comportamiento humano, según esta corriente, está determinado por este proceso, es decir tiende a centrarse en la elaboración social de los significados (Munné, 1999).

Un ejemplo de ello son los sentimientos, que se consideran una construcción social que adquiere su significado en las interacciones sociales y a través del lenguaje, por lo que el construccionismo se ocupa de las redes de significado que circulan socialmente en el lenguaje, en el discurso y en su intercambio con los demás (Agudelo & Estrada, 2012), ya que “es el lenguaje el que posibilita la co-construcción de acciones conjuntas entre quienes comparten contextos específicos, y estas acciones tienen significados para quienes intervienen en ellas y las comprenden” (Op Cit, p. 365).

Keneth Gergen se considera uno de los exponentes más representativos de la corriente construccionista, considera que para poder dar respuesta a los planteamientos y problemáticas que ha supuesto la edad moderna, se debe primero establecer que la realidad sólo existe por medio del lenguaje (Op Cit). Para este autor el construccionismo se diferencia de constructivismo, principalmente por su forma de abordar la realidad y la construcción que se hace de ella. El construccionismo postula que ésta se construye por medio del intercambio de relaciones sociales, mientras que en el constructivismo se señala que son procesos cognitivos inherentes al individuo, los que posteriormente

facilitaran su comprensión y construcción de la realidad (Agudelo & Estrada, 2012; Gergen, 1985, citado en Limón, 2005; Perdomo 2002)

Cañón (2008), afirma que el construccionismo social no pretende descalificar el conocimiento que la psicología ha conseguido hasta hoy en día, sino que pretende poner en duda cualquier teoría, postulado, o conocimiento que quiera imponerse como universal. En ese aspecto, el construccionismo desea adquirir un papel de teoría generativa que permita hacer visibles nuevos puntos de vista. Se alza como una metateoría válida que le haga frente al modelo empiricista de la ciencia (Limón, 2005).

Esta teoría es considerada también una aproximación ecléctica, pero no en el sentido, como señala Limón (Op Cit), de mezclar sin fundamento todas las corrientes teóricas en psicología. Por el contrario, se le concibe como ser una aproximación abierta que se enriquece no sólo de sí misma sino de todas las aportaciones teóricas existentes. Esto es así porque la postura del construccionismo es no ser precisamente una postura conceptualmente cerrada, deja la puerta abierta para que otras interpretaciones coadyuven a generar mecanismos y técnicas más adecuadas para ayudar a las personas. En palabras de él autor, el construccionismo social se convierte en una amalgama que contiene las mejores aportaciones de cada una de las orientaciones, las cuales permiten describir y explicar el mundo en el que las personas viven.

Para comprender mejor qué es el construccionismo social, se debe hablar de la importancia que el lenguaje tiene, el papel que desempeña para la construcción de este enfoque y en sí para la explicación que el construccionismo hace de la realidad humana y sus significados. Para describir cómo el lenguaje impacta en el ámbito social, psicológico y cultural, Vayreda, Tirado y Domènech (2005) utilizan lo que ellos denominan “giros”, estos explicados brevemente son:

- **Giro lingüístico:** es representado por el lenguaje, la acción social y el proceso dialógico. Este giro está sustentado en el trabajo sobre el lenguaje de Wittgenstein, quién considera que éste es una práctica que se inscribe a las diversas formas de vida, para poder conocer el significado que se le da a las palabras, hay que conocer el discurso y la práctica en donde se realiza. Por tanto, el significado, pasa a ser un derivado de la praxis social, de intercambios microsociales en una determinada cultura. Hablar, equivale a construir el mundo y el giro lingüístico señala que el “decir” y el “hacer” constituyen una unidad funcionalmente inseparable (Op Cit).

- **Giro discursivo:** supone asumir que los enunciados son una unidad histórica. Un acontecimiento único y pequeño que necesita un soporte histórico que le dé significado. Es una unidad ideológica, que permite al construccionismo social analizar los procesos sociales a partir de examinar las condiciones de posibilidad o realidad de sus enunciados, en donde es tomado en cuenta el contexto histórico. Este giro tiene como sustento los trabajos de Bajtin y Foucault, quienes señalan que no sólo debe prestarse atención a lo que se dice, sino a lo “no visible” y “no oculto” (Op Cit).
- **Giro narrativo:** para este punto se toma en cuenta lo que Bruner postula sobre el “viraje narrativo”, dónde se considera al que cuenta la historia, narrador y actor al mismo tiempo. Para este autor, las narraciones son una forma distinta de usar el lenguaje, poderosa, y de las más frecuentes dentro de la comunicación humana. Para Gergen, las narraciones sirven para mantener, incrementar o impedir ciertas conductas, son el producto de construcciones de vida, lo cual supone que pueden ser contadas de otra manera (Op Cit).

Desde esta perspectiva, la función primaria del lenguaje es la acción social. Los giros convierten lo que se dice en relatos y narraciones, en donde el marco cultural asume una relevancia preponderante sobre otros aspectos como lo son el conductual o el cognitivo únicamente, asimismo como mencionan los autores, suponen trascender la única función que se le ha adjudicado al lenguaje, una función representacionista, cuyo único fin es permitir la comunicación hablada y escrita. En el construccionismo social, los significados surgen en la interacción social, en las narraciones, no es independiente del ser humano, no son “un proceso sin sujeto” (Op Cit), o cómo Gergen (1996) plantea, las palabras adquieren su significado por medio de las relaciones, en la práctica.

Lo cual se relaciona y de hecho se sustenta en los planteamientos de Mead y el “interaccionismo simbólico” (Perdomo, 2002) del cual ya se mencionó anteriormente como el construccionismo social lo usa como parte de su método. En el interaccionismo simbólico postula que todos los fenómenos humanos están circunscritos en contextos específicos. Dentro de la psicología esto significaría, en conjunto con los giros del lenguaje, la construcción del significado, y en las narraciones, que la psicología no puede pretender ser una ciencia generadora de principios y leyes universales.

Además de ello, esta aproximación ofrece una explicación en la constitución del YO dentro de un marco de referencia. Por medio del lenguaje y la interacción, el sujeto se configura, construye intereses, metas, ideales, valores, etcétera (Op

Cit). “En el momento en que genera y participa de cierto estilo de vida, crea un afuera que adquiere significación particular para unos y, al mismo tiempo lo separa otro” (Op Cit, p. 8).

Para el construccionismo social, su principal objeto de estudio son las relaciones, no sólo la que se establece entre seres humanos sino también lugares, tiempos y objetos presentes, que es donde se encuentra el origen de los significados (Gergen, 2006, citado en Arcila, Mendoza & Cañón, 2009). Permite comprender que los fenómenos sociales no son uniformes, que la experiencia humana se crea, recrea y regula en la interacción con los otros y por medio del lenguaje y los sistemas de comunicación en general, que más que comunicar, permite que las personas construyan significados sobre la realidad y el mundo los cuales nunca han de ser los mismos; pues, como señaló Gergen (1996), la verdad es una cuestión de perspectivas, productos de convenciones e intercambios sociales. En concordancia con lo que Ibáñez (1994) mencionó respecto a la verdad y a la evidencia, esta no puede ser impuesta como categoría natural puesto que estas son construcciones culturales, convenciones que se van dando en el discurso y que van cambiando conforme el tiempo, es decir, están socialmente e históricamente situadas.

Por lo cual en esta aproximación es menester investigar el origen de cualquier afirmación o supuesto en el contexto sociohistórico en el que se dice, además, toda investigación o teoría debe ser considerada como un capital cultural pues estos discursos se introducen en la cultura influyéndola, por tanto hay que tener cuidado con las tendencias universalizadoras, del tipo dogmático o que pretende acotar el conocimiento a sólo una verdad establecida (Perdomo, 2002), las cuales pierden vigencia conforme pasa el tiempo.

Quizá una de las mayores ventajas del construccionismo sea la apertura y la flexibilidad que permite para poder estudiar los fenómenos psicosociales. Sin embargo, es una orientación que aún está desarrollándose, que requiere de tener más estudios que lo validen, no obstante, ya ha generado aportaciones significativas en el campo de la terapia, (Limón, 2005) en la cual se abundará más en el siguiente apartado.

## **4.2. El construccionismo desde la psicología clínica**

En la psicología, y especialmente en la clínica, pueden encontrarse diversas corrientes que atienden las problemáticas humanas, las cuales han trabajado en

su mayoría desde un modelo médico y científico. Sus principales funciones han sido la evaluación, el diagnóstico, el tratamiento y la investigación en el ámbito de lo que se ha denominado “trastornos psicológicos o mentales”, y que va muy de la mano con el quehacer de la psiquiatría. (Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos, 2003). Conforme a esta definición, la psicología clínica aplica los conocimientos y técnicas desarrollados desde el método científico, para el estudio y el tratamiento del comportamiento anormal, el “que supone algún trastorno para la propia persona y/o para otros” (Op Cit, 3).

Según Compas (2003), la definición de Lightner Witmer, datada en 1896, se considera la principal definición de Psicología Clínica, de la cual derivarían las demás. Este autor la ha descrito como la disciplina preocupada por el estudio de los individuos, mediante la observación, o la experimentación, con el fin de facilitar cambios en ellos. Mientras tanto, la “Clinical Psychology de la APA (American Psychological Association) en el 2000, ofrece una definición que incluye no sólo problemas como trastornos o enfermedades mentales, sino otros aspectos como el intelectual, emocional, biológico, psicológico y social: “uno de los objetivos fundamentales de la psicología clínica es la aplicación del conocimiento para mejorar la comprensión y alivio de un amplio rango de problemas sufridos por los individuos” (Op Cit, p. 6). La psicología clínica es un campo en constante transformación, debido a que requiere de actualización y renovación continua. Hoy en día no sólo atiende casos de “anormalidad”, sino que amplía su atención a eventos que afecten de alguna u otra manera el desarrollo y bienestar de los individuos (Sánchez, 2008).

Un detalle a resaltar, es que la definición anteriormente descrita, todavía se entiende la práctica clínica en psicología desde un marco científico o como Molinari (2003), lo denomina, “una tradición científico-natural” (p. 5), en donde el ser humano se concibe como un ser pasivo, controlado por su entorno. Y como ejemplo de ello se encuentran los enfoques conductuales, cognitivo, cognitivo-conductuales e interconductuales.

Este mismo autor, hace mención de otros enfoques desde los cuales se trabaja en la psicología clínica, el primero de ellos es el “clínico-observacional”, altamente relacionado con la ciencia médica, psicología hecha por médicos, de la que resalta la figura de Sigmund Freud. En segundo lugar se encuentra la que denomina “tradición fenomenológica-existencial”, influida por diversos filósofos existencialistas y de la obra fenomenológica de Husserl. La psicología humanista, según Maslow, se alza como corriente terapéutica antagónica del psicoanálisis y el conductismo (Op Cit, 2003).

Estas aproximaciones forman parte de un discurso que en primera instancia, puede llegar a patologizar al individuo que acude al servicio por ayuda (en el caso de la corriente clínica-observacional) y no sólo eso, sino también pretenden posicionarse cada una de ellas como el enfoque clínico único, que resuelve de mejor manera las problemáticas de los individuos. Sin embargo, al declararse como tal, hacen una sobrevaloración de aspectos específicos del ser humano, en detrimento de otros, que pudiesen ser igual de relevantes (Op Cit, 2003). Por esa razón las terapias postmodernas pretenden ser una alternativa, ya que como sus principales postulados indican, no pretenden crear una terapia que se proponga ser un dispositivo de autoridad a diferencia de las otras aproximaciones, que reduzca la expresión humana en sus diversas modalidades a un solo aspecto (conducta, cogniciones, ambiente, potencialidades y aspectos sociales).

En ese tenor, hay que considerar que el postmodernismo hace un contraste con el pensamiento moderno para poder presentarse como alternativa. El pensamiento moderno considera que la realidad es ajena a quien la percibe, sólo está ahí para ser conocida, y la función del lenguaje es para representar tal mundo (Gergen, 1990; Shawver, 2005, citados en Tarragona, 2006). Por el contrario, en la visión postmoderna, la realidad se describe como objeto que responde a construcciones hechas por aquellos que las construyen, las nombran y las comunican por medio del lenguaje, una construcción que está sujeta al cambio constantemente. Empero, hay que resaltar que se está hablando de una realidad social, es decir, se refiere al conocimiento que se produce en este nivel, no al conocimiento del mundo físico o científico (Op Cit, 2006).

En el caso de la psicología clínica, por tanto, hay que reconsiderar que las categorías con las que se evalúa e interviene no son categorías que indiquen una realidad concreta. Las definiciones de categorías como “mente”, “personalidad” y “emoción” responden a una construcción, no a un hecho real, que, dentro de las terapias construccionistas, deben ser redefinidas, de manera que éstas no sean las que configuren la realidad psicológica de los individuos (Gergen, 1985, citado en Agudelo & Estrada 2013)

Desde esta perspectiva teórica, en las conversaciones terapéuticas o modalidades conversacionales, se abordan los eventos y situaciones que afectan a las personas, pero que indiscutiblemente siempre estarán centradas en su contexto. De lo cual se deriva en el objetivo principal de su uso, el cambio de significados y comprensiones, más allá del cambio de conductas, sentimientos y/o pensamientos. Este cambio surgirá de las mismas historias, que se cuentan alrededor de las mismas conductas, sentimientos, y los propios pensamientos (Biever, Bobele, Gardner & Franklin, 1998). Así también lo plantean Bruner, Wyle y



Pare (1990, 2001 citados en Molinari 2003), para quienes el foco de atención en la psicología desde el paradigma postmoderno, es el significado, y la psicoterapia es un espacio en donde se construyen y reconstruyen. Además de ello, otro de sus propósitos es buscar por medio del diálogo neutralizar el efecto de narrativas culturales opresivas, permitiendo que la persona reconstruya su identidad con lineamientos propios, tratando de transformar terapias regresivas, en progresivas (Gergen, 1998, citado en Molinari, 2003).

Es por eso que, respecto a las narraciones, una forma de conocerlas y comprenderlas es precisamente por medio de las conversacionales terapéuticas o modalidades conversacionales, que trabajan desde el construccionismo social y se adscriben a la postmodernidad en las ciencias sociales. Estas modalidades comparten la premisa de que la realidad depende de las personas que la cuentan; es por eso que al centrarse en las narrativas, buscan reconocer en ellas los significados que configuran su realidad, sus problemáticas y los efectos que generan estos discursos en la vida de las personas (Morgan, 2011, citado en Agudelo & Estrada, 2013). Uno de sus objetivos, es el cambiar las historias que las personas se cuentan respecto a un hecho, y que al hacerlo, eso conlleve a que los significados que le atribuyen al suceso cambien, así como las conductas y las interacciones con otras personas y con el contexto en donde sucede la historia narrada (Biever et al, 1998).

Gergen (citado en Vayreda, Tirado & Domènech, 2005), considera que los relatos sirven para sostener, intensificar o impedir ciertas formas de acción. Las narraciones construyen los acontecimientos narrados, son construcciones de vida que no necesariamente tienen que ser las únicas, y estas pueden ser de otro modo. Es decir, una deconstrucción de la narración que las personas se cuentan como trágicas, terribles y sin solución, en versiones que permitan el crecimiento personal y potenciador de habilidades para sí mismas (Vayreda y cols., 2005).

Cabe señalar que, enfocarse en las narraciones permite que la psicología se desprenda de la tradición racionalista, permitiendo la comprensión plena tanto de las narraciones de las personas así como del significado que construyen al respecto, para posteriormente ubicarlas en un contexto más amplio, en donde las narrativas se ven influenciadas por discursos y narraciones culturales más generales (Op Cit).

Estos, identificados como discursos hegemónicos o dominantes, pueden generar un impacto negativo en las personas y tener un carácter opresivo, que no permita el desarrollo psicosocial adecuado. Se busca entonces, por medio del diálogo, neutralizar el efecto de las narrativas culturales hegemónicas, construyendo una nueva que parta de los intereses y deseos propios de las

personas (Molinari, 2003). En otras palabras, las conversaciones terapéuticas desde el construccionismo social son una forma de intervención que busca que los individuos se emancipen de diversos modelos, discursos y formas de pensar, que puedan resultar estigmatizantes o restrictivas (Trujano & Limón, 2010).

Además de ello, se considera que las situaciones problemáticas de las personas son construcciones del lenguaje (Tarragona, 2006), es decir, que las quejas o problemas manifestados tienen que ver con conductas que se originan en su propia visión del mundo; una visión configurada por el lenguaje y en la que influye la construcción que la persona hace de la realidad social y en la que intervienen condicionantes de orden biológico, histórico y cultural. Factores que se negocian constantemente en la interacción social (Beyebach, 2013), por lo cual, se busca relativizar experiencias y creencias, para posteriormente ampliar los márgenes de referencia de las personas, de manera que les sea posible generar un empoderamiento y estilos de vida alternativos (Trujano & Limón, 2010).

Otro aspecto importante, es una visión “no-normativa”, que se define como el respeto a las diversas formas de ser y estar en el mundo, y en donde el término de anormalidad no es válido, pues no existe una preconcepción teórica de lo funcional o disfuncional. Esto implica un rechazo a cualquier tipología patologizante y acepta la diversidad en la que los seres humanos interactúan en el medio social (Beyebach, 2013).

De ahí que el construccionismo en la psicología clínica es una alternativa terapéutica que ofrece grandes oportunidades para conocer desde otra perspectiva, la realidad psicológica y todo aquel fenómeno que supone un malestar para las personas. Limón (2005) considera que el construccionismo social permite avanzar y darle otro giro conceptual a la actividad terapéutica y sobre todo a la concepción del terapeuta. Además de ello, considera que las terapias que surgen desde esta corriente epistemológica atienden de mejor manera las necesidades de la sociedad a partir de la segunda mitad del s. XX, debido a que su posicionamiento contextual y lingüístico permite una mejor comprensión de los fenómenos de una sociedad que entra al postmodernismo.

Por ende, en el siguiente capítulo se realizará una entrevista clínica bajo el marco teórico del construccionismo social, para explorar y comprender la construcción de una identidad masculina. Se ha considerado a la conversación terapéutica como herramienta idónea para explorar los sistemas de significados que un joven varón les atribuye a las masculinidades hegemónicas y alternativas, y cómo se concibe a sí mismo dentro de su propia construcción de género como “alternativo”. Partiendo de una conversación horizontal entre dos personas en la que no existe un juicio o preconcepción sobre quién es el otro, y en donde las

preguntas se enfocan en conocer a la persona desde su propia perspectiva, es decir, lo que se dice a sí mismo de quién es desde sus propias palabras, privilegiando el respeto a la forma de ser y estar de cada persona, y en ello, evitando la patologización y los juicios de valor.

## **5. MÉTODO**

### **5.1. Planteamiento del problema**

En la actualidad las demandas sociales y los cambios socioculturales han permitido la exploración de nuevos paradigmas y el cuestionamiento de los viejos. Además de ello, en el campo del género como identidad, Lomas (2003) ha planteado que para poder comprender la realidad de los varones, es imprescindible pensar en la masculinidad como una construcción social del género, ya que considerar la masculinidad no como una construcción sino como una norma, ha permitido que esta quede invisible, tanto para la sociedad como para los estudios de género y los mismos hombres. Sólo hasta hace algunos años se abrieron las puertas al estudio y la exploración de las masculinidades, llegando a la conclusión de que, al igual que las mujeres, hay diversas formas de ser varones.

Este fenómeno de cambio, divergencia y emergencia en planos ideológicos, psicológicos, sociales y culturales, puede ser mejor comprendido y estudiado si lo abordamos desde la juventud actual. De acuerdo a Montesinos (2002), hoy en día los jóvenes han iniciado un cambio en la búsqueda de identidades que difieren cualitativamente de los modelos de identidad tradicional seguidos por sus padres y abuelos. Todo esto debido principalmente a los cambios sociales y culturales que han permitido a las mujeres adentrarse en ámbitos que antes les eran prohibidos y que pueden llevar en algunos casos a confrontaciones entre ambos géneros, lo que posteriormente ha generado un cuestionamiento sobre el rol del varón en una sociedad que le exige seguir un modelo con el cual posiblemente ya no se siente identificado.

Y es que, si algunos varones jóvenes en la actualidad ya no se identifican con el modelo tradicional de masculinidad ¿a partir de dónde o de qué modelo construyen sus identidades de género? ¿Qué elementos intervienen al respecto?.

De ahí que, en el campo de la psicología social, resulta de interés explorar de qué manera los jóvenes varones han construido sus masculinidades, en un

contexto social que se ha transformado de manera sustancial (y lo continúa haciendo) en los últimos años, sobre todo en lo que respecta a los roles de género, campo en el que se han planteado la existencia de tendencias contestatarias al modelo hegemónico de masculinidad, y que han permitido la apertura de un abanico de posibilidades de identidades genéricas, que están dejando de ser una imposición y una asignación de género basándose única y exclusivamente en los órganos sexuales de nacimiento, para convertirse en una decisión libre de cómo ser y estar en el mundo con respecto al género.

Qué es diferente en ellos y qué los lleva a salir de la norma, son sólo algunos de los cuestionamientos clave para esta investigación.

### *Pregunta de investigación*

¿Cuáles son los sistemas de significados involucrados en la construcción de una masculinidad alternativa a la hegemónica de un joven universitario mexicano?

## **5.2. Objetivos**

### *Objetivo general*

Explorar los procesos de construcción de una identidad masculina alternativa, su discurso y la práctica social en torno al género de un joven universitario.

### *Objetivos específicos*

1. Explorar los elementos que conforman la construcción de significados en torno a su masculinidad alternativa en sus diferentes contextos: familia, amigos, etcétera.
2. Identificar los factores que le llevaron a alejarse de la masculinidad hegemónica y construir una masculinidad alternativa.
  - Sucesos en la infancia y la adolescencia
  - El efecto de diversos modelos de masculinidad que han estado presentes en su vida
  - La construcción de su propia masculinidad

3. Identificar sus sistemas de creencias y sus efectos en relación con el género femenino y el masculino.
  - Cuáles son los discursos o narraciones con los cuales se identifica más.
4. Explorar los efectos relacionados con la masculinidad que le han dificultado su proceso, como la exclusión social o la violencia.
  - Qué significados tiene en su vida la masculinidad hegemónica.
  - Dificultades en la infancia y adolescencia relacionadas.
5. Explorar los elementos que han facilitado su proceso.
6. Conocer su proyecto de vida futuro desde sus sistemas de significados.

#### *Tipo de investigación*

La investigación es de corte cualitativo. Esta metodología permite un análisis holístico del discurso a partir de las propias palabras de las personas, en el cual se indagan sus pensamientos, sentimientos, acciones y en general el significado que los participantes dan a su vida. Además, permite una amplia sensibilidad interpretativa que no está ligada con una determinada teoría, y parte de diferentes paradigmas, cada una caracterizada por su propia orientación metodológica y supuestos teóricos y conceptuales, como lo son: el marxismo, el constructivismo, la fenomenología, entre otros (Valles, 2000; Vasilachis, 2006).

El análisis interpretativo se realizó dentro del Marco Teórico del Construccinismo Social, elegido porque permite el estudio de las relaciones que se establecen no sólo con otros seres humanos, sino también con lugares, objetos y momentos, y es en donde nacen los significados que se le atribuyen a estas interacciones. El Construccinismo Social permite comprender que los fenómenos sociales no son homogéneos y que la experiencia humana se crea, recrea, y regula en la interacción social y por mediación del lenguaje (Arcila, Mendoza & Cañón, 2009). Desde esta perspectiva se contextualiza el discurso en un espacio y tiempo, permitiendo una comprensión particular de los fenómenos psicosociales, ya que brinda una apertura y flexibilidad ante la experiencia humana.

### *Consideraciones éticas*

En toda investigación es importante hacer del conocimiento del participante cualquier aspecto que pudiera perjudicar en forma alguna su integridad. Es por eso que en esta investigación, antes de realizar la entrevista, se le informa al participante de los alcances, limitaciones, características y los requisitos del mismo de manera escrita en un Consentimiento Informado. Dicho escrito debe ser leído y firmado tanto por el investigador como por el participante, los puntos que se incluyeron son:

- Objetivo de la investigación
- Solicitud de utilizar audio grabadora.
- Su derecho a no responder y a interrumpir la entrevista si lo considera necesario, así como la libertad de abandonar dicha investigación si así lo desea.
- Confidencialidad y anonimato.

### *Participante*

Se eligió a un joven estudiante de la Carrera de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Autónoma de México, de 24 años de edad a quién llamaremos “Martín”, nombre que él mismo eligió para participar en esta investigación.

Martín, como varón, tiene ciertas características que lo hacen destacar, y con las cuales, como investigadora, posibilitaron hacer una primera inferencia sobre quién es él, utilizando principalmente tres criterios: su apariencia física, ideología, carácter y manera de relacionarse con otras personas. Por tanto puede mencionarse a priori que él es una persona con gustos, conductas e ideologías consideradas alternativas, pues usa el cabello largo, viste de negro, se muestra apacible tanto con mujeres como con hombres, no gusta de actividades juveniles que podrían caracterizar al varón, como lo es el buscar sexo casual, el acoso verbal hacia las mujeres y en general por rechazar explícitamente las conductas que él mismo denomina como “machistas”. Tiene predilección por adoptar gustos, características físicas y formas de ser femeninas, sin embargo, esto no lo relaciona en ningún momento con su orientación sexual, la cual manifiesta es heterosexual.

La selección del participante fue hecha de manera intencional debido a las características y peculiaridades antes mencionadas, y por el hecho de señalar él mismo, con sus propias palabras, que se considera un joven varón que no sigue el modelo de masculinidad que la mayoría de sus amigos, familiares y conocidos sigue.

### *Escenario*

Las entrevistas se realizaron en la Biblioteca Vasconcelos, ubicada en Eje 1 Norte Mosqueta s/n, Cuauhtémoc, Buenavista, 06350, Ciudad de México, debido a que propició un ambiente de confidencialidad y comodidad para nuestro participante.

### *Instrumento*

Entrevista semi-estructurada guiada tentativamente por los siguientes ejes:

- ¿Quién es Martín desde su propia mirada?
- ¿Quién es Martín desde la mirada de la investigadora?
- Percepción y significados atribuidos a la identidad masculina tradicional.
- Construcción de una masculinidad alternativa a partir su entorno significativo.
- Efectos en relación con otros varones y con las mujeres.
- Identificación de violencia en el entorno o en su persona.
- Identificación de efectos positivos o negativos relacionados con la construcción de su identidad.
- Expectativas y metas a futuro de acuerdo a sus sistemas de creencias.

### *Materiales*

Audio grabadora.

## **5.3. Procedimiento**

Primera etapa. Contacto con el joven universitario. Se realizó una indagación previa para conocer desde su perspectiva cómo se describe a sí mismo. Se solicitó su autorización mediante la firma del consentimiento informado para la grabación de las entrevistas así como el uso que se le dio a la información que proporcionó; se resolvieron dudas y se establecieron expectativas y metas.

Segunda etapa. Realización de la entrevista semi-estructurada bajo los ejes y en el escenario ya mencionados.

Tercera. Se realizó el análisis de las narrativas de acuerdo al marco teórico del construccionismo social, partiendo de los ejes previamente establecidos.

## 6. ANÁLISIS DE RESULTADOS

En el siguiente capítulo se hará un análisis de la narrativa del participante respecto a la construcción de su identidad masculina, el cual se llevó a cabo de acuerdo a los ejes señalados en el capítulo anterior.

### **Construcción de su percepción y significados atribuidos a la identidad masculina tradicional**

Existen diversos tipos de masculinidades, sin embargo la identidad masculina que se ha configurado desde cierto modelo considerado el tradicional o hegemónico, ha prevalecido debido a que mantiene una posición de poder por encima de las demás (Connell, 2003). Las características que lo definen varían dependiendo el contexto del que se hable, empero, mantiene similitudes que persisten a pesar del tiempo y del lugar. Estas, denominadas estereotipos, son un conjunto de creencias rígidas y estructuradas compartidas entre los miembros de una sociedad (Martínez & Bonilla, 2000) y dentro de ellas entran características atribuidas al varón como ser el proveedor, fuerte, y agresivo, entre otras.

Giménez (1996, citado en Salguero, 2014), menciona que es a través de los significados y las representaciones, que las personas ubican la información que obtienen cotidianamente. Es decir, les asignan un significado e interpretan el comportamiento de los demás por tres factores: la experiencia vivida, los matices culturales, y las ideologías. En el caso de Martín, la percepción y el significado que le atribuye a la masculinidad hegemónica o tradicional tienen su origen y se desarrolla principalmente de su experiencia inmediata con su padre:

*“Él era prácticamente un irresponsable. Ya me tenía mí y me decía mi mamá que llegaba bien borracho. Me contó que ella dejó a sus amigos, a su familia; entonces, yo pensé: para la vida que nos da... porque él decía siempre que es el hombre...y ya me acordé, él decía que era el hombre y era el que tenía que traer todo a la casa, el que manda. Él decía mucho eso, y nunca dejó trabajar a mi mamá, eso sí, siempre lo vi mal, esa actitud de imponerse nada más porque él es el padre de la familia, él es el que tiene que hacer todo, el que tiene el poder para mandar, para hacer esto, para hacer lo que quiera. Nada más, y mi mamá no, no sé por qué.”*



A partir de lo anterior, es posible percibir algunas características que definen la masculinidad tradicional, como son el ser proveedor de la familia, sin permitir la cooperación de la madre, y en donde están bien definidas las relaciones de poder en torno al sexo. Como Bordieau (1990, citado en Lomas, 2003) asevera, dentro de la configuración de la masculinidad hegemónica, ser hombre es necesariamente encontrarse en una posición que implique poder.

Asimismo, se ilustra otra característica de la masculinidad hegemónica, la cual dicta que es un privilegio exclusivo de los hombres ser el sostén económico de la familia (Godelier, 1986, citado en Cazés, 2004). Sin embargo, puede notarse cómo este hecho se ve cuestionado y confrontado por el mismo Martín, cuando menciona tener más consciencia de quién es su padre en comparación a cuando él era pequeño, provocando un rechazo en primera instancia a la figura paterna, y muy probablemente a la masculinidad hegemónica:

*“Fue hasta que empecé a tomar conciencia del tipo de persona que era mi papá... todo lo que él hacía, todas las cosas malas que él hacía, como la violencia, al inicio yo lo veía como algo normal.”*

*“Cuando me di cuenta de todo esto que hacía, le empecé a tener un rencor horrible y ya no lo quería. No quería verlo, no quería nada.”*

*“Cualquier cosa que necesitaba, nosotros lo teníamos que hacer. Como el rey de la casa. Incluso yo tenía que dejar de jugar para no estorbarle, por eso me sentí estresado y no podía hacer lo que yo quería y menos con su actitud de sentirse el rey de la casa. Ver eso y vivir eso todos los días me estresó y yo ya no quería estar con él.”*

*“...no lo acepto como es, detesto pensar en que una persona como él sea mi padre.”*

Todo esto debido a que el padre de Martín ejercía violencia hacia su madre, hacia él, y hacia su hermano menor, prácticamente desde que ambos eran demasiado pequeños para recordarlo, razón por la cual la violencia era considerada normal en la relación familiar. Las agresiones continuaron hasta que su madre decidió interponer una demanda por violencia doméstica, y así el padre estuvo preso durante aproximadamente un año.

Centrándose en estos segmentos, resulta ser relevante analizar cómo ilustran una característica de masculinidad hegemónica, que es el control del dinero y la sumisión de la madre y los hijos, hecho nuevamente cuestionado por Martín, aún después de que su padre saliera de la cárcel y regresara vivir con la familia:

*“... tuve confrontaciones constantes con él... lo que más me hacía enojar, era el trato que le daba a mi mamá, se enojaba con mi madre por cualquier cosa que ella no hiciera como él lo pidió, siguió sin ayudar a la casa, muchos intervalos de tiempo sin trabajo...”*

*“...yo ni quería pedirle nada, ni dinero para ir a la escuela, ni para salir con mi novia que en ese entonces tenía, nada. Tal como hoy, evito tener contacto con él. En mi cumpleaños y en su cumpleaños evito verlo o me hago de la vista gorda para no felicitarlo el día del padre... no quiero a mi papá.”*

Asimismo, en el relato de Martín, se ilustra un fenómeno que aun ocurre en muchos países, en donde la figura del padre se muestra distante y al que se le permite gozar de su irresponsabilidad, pues más que una figura proveedora, se convierte en una figura de autoridad, violenta y castigadora (Callirgos, 1996, citado en Lomas, 2003).

*“Le tenía miedo, mucho, mucho, mucho miedo. Porque él es muy estricto, es muy controlador. Y si no se hacía lo que él decía se enojaba, y como a mí me pegaba también, me amenazaba con eso.”*

*“Ya me tenía mí y me decía mi mamá que llegaba bien borracho. Me contó que ella dejó a sus amigos, a su familia; entonces, yo pensé: para la vida que nos da...”*

*“... yo lo veía con sus cuates y todo era risas. Yo lo que pienso que siempre tenía una actitud con nosotros, yo no sé qué pasó pero llegaba la casa y tenía una energía mala, mal vibrosa. Pensaba que mi mamá era su sirvienta. Si, prácticamente era eso, porque mi mamá le hacía todo. Y cualquier cosa que mi mamá le repelara, se enojaba”*

Apoyándose en infundir temor en la familia para ejercer el control.

*“Yo simplemente tenía miedo de dejar caer agua, la sopa, lo que sea. Tenía miedo de tirar algo porque siempre me gritaba, porque no me fijaba en algo, cualquier accidente me daba miedo a hacer lo enfrente de mi papá, porque tiro por viaje me iba a gritar y yo no quería que me dijera nada.”*

Sin embargo, a pesar de que Martín manifestara su deseo de alejarse de su padre, este último tuvo algunos intentos por acercarse a su hijo posiblemente en una actitud de “hombre a hombre”:

*“Y también enfrentaba otra situación con mi papá, de por sí nunca le tuve la confianza para decirle que me ayudara, a pesar de que me lo dijera en muchas ocasiones”.*

Por otro lado, Martín hace una distinción entre lo que su padre alguna vez le dijo y las actitudes y acciones que este realizaba, porque desde su percepción, era su padre el que no mostró interés en su hijo:

*“Pero yo creo que no le importó o no sabía qué hacer o no sabía cómo acercarse a mí, pero por mi parte no noté nada. Pero yo lo seguía viendo en su misma actitud posesiva, de: hagan esto, hagan lo otro.”*

Esto va ligado a un hecho pasado, en el cual Martín relata que en sus primeros años de vida, percibía otro tipo de interacción con su padre:

*“Cuando vivíamos en Chilpancingo, yo sentía que mi papá sí nos atendía, ya después cuando regresamos al Distrito Federal, tenía como ocho años, ya sentí la gran lejanía por parte de él. Yo recuerdo que antes de que pasara eso, cuando vivíamos en Chilpancingo, nos sacaba al parque, íbamos al cine, convivía con él. Cuando nos mudamos al Distrito dejó de pasar eso, yo quería decirle que saliéramos y mi papá siempre me ponía una excusa, siempre. Y ya después de tantas veces que me dijo que no, yo dejé de insistir y me empecé alejar de él. Y como había maltrato intrafamiliar, yo veía cuando se peleaban mis papás. Yo llegaba, entraba a mi casa y veía a mi mamá llorando y a mi papá enojado. Yo suponía que habían peleado por algo pero no sabía por qué.”*

Es el mismo padre el que le muestra a Martín cómo debe ser un hombre y qué debe de hacer, cuestión que describe la posición de poder que la masculinidad hegemónica pretende mostrar constantemente, pues la pérdida de poder es un signo de debilidad y vulnerabilidad (Corsi, citado en Montesinos, 2002), y por tanto un cuestionamiento a la hombría.

La cualidad de poder y de fortaleza que describe la masculinidad hegemónica puede notarse en cómo se concebía de niño. En los siguientes fragmentos se observan sus intentos por mostrarse como un niño fuerte, que sobresalía y que mantenía una posición de respeto y poder entre sus congéneres. Aunque él no lo relacione con una masculinidad hegemónica de manera explícita, tomando en cuenta la perspectiva de género, esto da grandes indicios de querer demostrar las características de este tipo de masculinidad, en donde para él era demasiado significativa esta relación de poder, relacionándola específicamente con el ámbito escolar:

*“Yo creo que era el mantener la actitud que tenía de niño, el sentirme fuerte ante los demás, ante cualquier cosa”*

*“Yo inflaba mi ego sabiendo que era el mejor niño de la generación y eso me ayudaba siempre a mantenerme, y lo que ganaba de mis amigos era que me respetaran y nada más.”*

*“Bueno es que yo de niño caí en esta separación ridícula de que los niños se juntan con los niños, y las niñas se juntan con las niñas. Y hacen sus juegos y cada quien sus cosas. Entonces con base en eso, yo me decía, sí soy el mejor niño de la escuela y nadie me tiene que ganar. Es decir, además de llevarme a todos los niños de la generación eso también incluye a las niñas. Yo tenía que ser el mejor en todo, no importaba quién fuera. Pero hasta cierto punto, no sé cómo lo veía, pero sí sé que era diferente que fuera una niña, yo pienso que solamente eran el puro juego de separación de niños con niños y niñas con niñas.”*

Además de reaccionar con violencia cuando sintiera amenazada su posición por otros niños:

*“Un niño me llegó a pintar el cabello de rosa y me dijo: ja ja ja te pinté el cabello de Rosa; entonces yo me enojé al instante y le comencé a pegar en la cara. Le dejé los cachetes inflados. En las otras ocasiones, un niño me puso el pie, me caí y después le dio un puñetazo en la cara pero luego ese niño se volvió mi amigo. Yo lo que tenía es que cualquier cosa que hicieran yo me llenaba de rabia y ya iba y les pegaba sin pensarlo. Aunque no siempre, lo que me hace enojar era la risa, la burla. Y es que yo lo veo así, una cosa es que lo hayas hecho sin querer y la otra es que tengas toda la intención de hacerlo.”*

Cabe recordar que, según lo que plantea Callirgos (2003), la masculinidad hegemónica supone la subordinación de otros varones (considerados menos fuertes o con menor valía) y la sumisión de las mujeres. Aunque Martín no lo considera de esa forma, según sus palabras, en el ámbito escolar, sólo era cuestión de competencias sin distinguir del todo el sexo de quien considerara oponente.

Por otro lado, también influyeron en su percepción y significación de la masculinidad hegemónica algunos discursos que sirvieron como un marco de referencia ideológico para construir su identidad como varón (Lomas & Arconada, 2003).

*“Yo sentía que era un cobarde, no sé, aunque lo quiera o no sí me quedó de cierta forma impresa esas ideas de que tienes que ser fuerte, no llorar, cosas así.”*

*“No tenía valor para darme a respetar y que me dejaran de pisotear mis compañeros, pisotear metafóricamente (obvio). Y claro, porque esa idea de que*

*"hay que ser un hombre para afrontar los problemas" se me quedó metida tal vez por un familiar o por alguna película que vi."*

En el fragmento anterior, Martín señala la presencia de otras influencias más allá del modelo que representaba su padre, para la construcción de su identidad de género en la infancia. La presencia de otros modelos externos resulta a veces ser más significativa cuando la figura del padre está ausente (Chodorow, citado en Lomas, 2003) quizá estos hayan sido una influencia para que Martín se definiera así durante su infancia.

Además de ello, Martín relata cómo el periodo de transición de primaria a secundaria, el inicio de la adolescencia, constituyó un evento que marcó el inicio de una crisis en donde cambió radicalmente su manera de definirse a sí mismo, pues antes de ello, tenía otra concepción. Esta transición fue uno de los factores que influyeron para que Martín construyera una identidad de género alternativa a la que hasta entonces conocía:

*"Bueno, yo antes de que pasara a la adolescencia o entrar a la secundaria, me consideraba otra persona, pensaba de una forma muy distinta. Me consideraba una persona menos pasiva, siempre tenía algo fijo y lo hacía; me decía "yo voy a hacer esto" y si sabía que iba a tener una recompensa lo hacía sin ningún problema, siempre, siempre, siempre. Toda la primaria nunca me costó trabajo hacer lo que mis padres me dijeran: sacar buenas calificaciones."*

*"Pensé que podría imponerme ante los demás como lo hacía en la primaria.... que las demás personas me respetaran, o que simplemente notaran que era yo y se hicieran a un lado."*

*"En el tiempo de la primaria lo que marcaba eso (imponerse), era que yo era el niño con las mejores calificaciones de la escuela, y eso dejó de pasar cuando entré a la secundaria. Yo empecé a notar que no podía hacer eso, destacar. Y como en la secundaria yo no conocía nadie, empecé mostrar una actitud tímida con los demás."*

Puede observarse nuevamente la presencia de ciertos estereotipos relacionados con la masculinidad hegemónica, cuestiones que cuando se es joven pueden llegar a tomar relevancia, y regresando a la historia de Martín, el paso de la primaria a la secundaria implicó grandes transformaciones en su vida, que podría considerarse como una crisis de identidad, principalmente por la sensación de pérdida de poder, el cual, como se mencionó anteriormente, se generaba a raíz de destacar en la escuela, tener el reconocimiento de sus compañeros y con ello, definirse él a través del éxito escolar.

Esta crisis, la percepción de la pérdida de poder que él manifiesta, pues ya no podía “imponerse ante los demás” como lo hacía en un pasado, supuso quizá una percepción de vulnerabilidad, sentimiento que llegó a expresar abiertamente:

*“Solamente le hablaba o dos o tres compañeros. Pero el primer niño al que le hablé, el que justamente me arruinó o influyó en que yo cambiara, porque él, junto con otro compañero que iba en la secundaria me pusieron un apodo, no voy a decir cual, no me quiero acordar. Pero en el momento en el que me lo pusieron yo me sentí muy, muy mal. No por el hecho de que me lo pusieran sino que toda la clase lo supo. Terminé siendo la burla de mis demás compañeros, bueno, de la gran mayoría de los niños, de las niñas y yo no sabía nada. Pero yo me acuerdo que la gran mayoría de los niños se burlaban de mí. Y algo que recuerdo muy, muy bien, es que quise platicar con un compañero, confíe ciegamente en él porque me sentía muy mal, me sentía humillado. Le dije que yo me sentía mal conmigo mismo. Cuando le dije eso fue a gritarle a los demás "miren se siente mal consigo mismo", y todos empezaron a reír. Yo considero que desde ahí cambié drásticamente.”*

Badinter (1993) ha señalado que los jóvenes varones no tienen una brecha natural que indique una transición de niño a adulto. A diferencia de las mujeres, los hombres deben de construir esta transición por medio de pruebas que deben ser superadas. Son los mismos jóvenes quienes, entre ellos, van vigilando, segregando y castigando a los varones que no cumplen con el modelo hegemónico establecido (Callirgos, 2003). Y contemplando las características que constituyen ese modelo, una de ellas establece que la muestra de signos de debilidad o la expresión de sentimientos contrarios a la agresión y fortaleza (considerados esenciales para la identidad masculina), como la tristeza, son inadmisibles. Quienes se atreven a demostrarlo, también se exponen a las burlas, el escrutinio y el rechazo de sus iguales.

*“Ahí yo me sentí débil y me dejé pisotear, cosa que antes, en mis épocas de la primaria eso no pasaba. Incluso llegué a defender a mi hermano de otros niños, siempre, siempre, siempre. Pero, pienso que todo eso que sentí cuando se burlaban de mí, fue simplemente que me dejé llevar por eso, ¡no reaccioné, no hice nada! porque pensé que no había nadie quien me ayudara. Nunca les dije a mis padres por la desconfianza que les tenía a ellos y me quedé todo yo solo, y me lo guardé.”*

*“En ese tiempo, no sé, me sentía... triste, siempre me sentía triste. No quería ir a la escuela pero nunca le dije a mi mamá. No sentía ganas de ser hacer algo. Me sentía algo así como haciéndome el mártir”*

El aislamiento de los hombres, según Kipnis (1993), en este caso, de los jóvenes, sucede principalmente porque se les exige mostrar una actitud más confiada, agresiva e independiente, y la independencia puede llegar al extremo del aislamiento emocional. Y en el particular caso de Martín, la historia y la experiencia relacionadas con sus padres, provocó ese alejamiento, quizá en un punto en donde él más los necesitaba. Y es precisamente esa necesidad de apoyo que Martín requería y su desconfianza para expresarlo, en especial hacia sus padres, lo que hizo que además de aislarse, se definiera como un cobarde por no defenderse, pues como mencionó anteriormente, como hombre, debería saber afrontar esas situaciones, pero no lo hizo.

Además, se puede encontrar otro aspecto interesante en el discurso de Martín. Bonino (1997, citado en Burin & Meler, 2003) y Corsi (citado en Montesinos, 2002), señalan que la autoestima de los hombres que siguen el modelo hegemónico de masculinidad la basan principalmente en logros y éxitos, ya sean estos laborales, económicos o sexuales. En el caso específico de Martín, puede advertirse que para él, tener éxito en el plano académico era de suma importancia, entonces, es válido suponer que fue su principal fuente de autoestima en la infancia, la cual se ve fuertemente afectada en el momento en que Martín deja de rendir de la misma manera en la escuela. Este éxito era además, un elemento central en donde construía su identidad y por el que definía su posición de poder sobre otros niños y niñas.

*“Era una persona muy orgullosa, el orgullo lo expresaba solamente con que me fuera bien en la escuela.”*

Kipnis (1993) considera que la pubertad es una época en donde los jóvenes tienden a exacerbar actitudes y características consideradas como las típicas de “un verdadero hombre”. Para Martín por el contrario, el hecho de no considerar otras habilidades más que el rendimiento académico, lo lleva a alejarse de estas prácticas que se han considerado cotidianas entre los jóvenes varones.

En estas prácticas, Martín hace mención de cómo era su dinámica con otros varones, principalmente en el trabajo que desempeñó en un periodo intermedio entre la secundaria y la preparatoria. Este tipo de convivencia que Martín desarrolla se da después de egresar de la secundaria, pues este fue un lugar en el que nunca pudo desprenderse de las burlas por parte de sus compañeros por lo que sólo con unos pocos logró tener un acercamiento amistoso, además de ser el periodo en el que se da cuenta de la violencia existente en su hogar, y a esto se le agrega que desde entonces, él considera que jamás pudo recuperarse académicamente, es decir, no volvió a reportar un promedio alto, como lo pudo lograr en la primaria. Pero regresando al tema de las

prácticas entre varones, una en particular nunca fue del agrado de Martín aunque eran realizadas de manera cotidiana por sus jefes y compañeros de trabajo:

*“Se llevaba con albuces y cosas así. La verdad no los quiero decir, yo no sabía qué eran los albuces hasta que llegué a ese almacén, tenía 15 años. El otro señor, ya me acordé, tenía varios compañeros de trabajo que llegaban y les chiflaban a las chicas, eso era lo que me emperraba de todos ellos. Eso a mí no me gustaba, nunca, nunca, nunca me gustó.”*

Existiendo además una presión social para que Martín se integre a esas mismas prácticas, o por lo menos, para que no las cuestione, pues se encontraba bajo la amenaza de ser considerado poco viril:

*“Una vez lo hice, pero sólo porque ellos me lo dijeron, pero nunca me sentí cómodo”*

*“Ahí sí que tenían como unas actitudes bastante machistas. Era algo que yo nada más escuchaba pero no hacía nada porque yo temía que me dijeran de cosas, como: eres un marica, tú no eres hombre, y no sé qué más. Yo no quería estar hablando de eso.”*

En grupo de varones en relación de amistad o camaradería, según Marqués (1997, citado en Salguero, 2014) el joven varón se siente inseguro respecto a los requisitos que debe de cumplir, tiene miedo de no ser tan hombre como se espera de él, por lo que la tendencia general es que se adhiera a las normas que el mismo grupo establece, a veces de manera implícita. Los jóvenes se pueden ver obligados a simular las prácticas de otros para aparentar que cumple los requisitos (Op Cit). Martín se vio obligado a simularlas, a pesar de no sentir convicción en ello, muy por el contrario, manifestando un profundo rechazo a la práctica de estos varones que consistía en expresar comentarios sobre las mujeres que pasaban cerca del lugar de trabajo. Sin embargo, para evitar la burla y el rechazo, prefiere optar por no manifestar su desagrado y así no ser cuestionado sobre su condición de hombre a pesar de que para él, eso no tenía ninguna relación con su identidad.

*“Si yo decido no gritarle a las mujeres porque a mí me parece malo ¿por qué me van a estar diciendo que yo soy marica?”*

Este disgusto por la práctica que realizaban sus jefes y compañeros de trabajo se debe a una experiencia relacionada con su madre:

*“Es que no, o sea, yo lo veía desde el lado de ellas ¿Qué es lo que vas a pensar cuando alguien te grita taradeces en la calle? Ahora que lo recuerdo, una vez a mi mamá le gritaron así, yo tenía como ocho o nueve años y yo sentí muy*



*feo. Sentí una impotencia de no poder agarrarme a golpes al tipejo ese que le gritó a mi mamá.”*

*“Sí, fue coraje. A pesar de que no entendía muy bien yo sabía que era una agresión. Entonces eso, y como veía mucho a mi papá la agresión hacia mi mamá, pues yo me quedé con la pregunta de ¿qué ha de sentir? o sea, eso es malo. Yo ya lo asimilaba como algo malo, de alguna forma. Porque yo veía la reacción de mi mamá.”*

Es importante recordar que esta etapa del desarrollo de los jóvenes, en la que se transita de la niñez a la adultez, representa una oportunidad invaluable para definirse como varones, y son las prácticas realizadas en grupos de iguales las que van definiendo los caminos a seguir para la construcción de la identidad. Sin embargo, la forma de hacerlo en el caso concreto de los varones con los que Martín convivió, fue, entre otras cosas, a través de la exaltación de características particulares: ser rudos, demostrar de manera exacerbada la atracción física hacia las mujeres, y haciendo uso de frases que él denomina “piropos”; prácticas que son esperadas en jóvenes que buscan adherirse a un modelo hegemónico de masculinidad, particularmente en sectores socioeconómicos de nivel bajo en la población.

Pero no sólo es en ese aspecto, Martín señala que además de los piropos, el grupo de varones en el que se encontraba, también lo incitaba a beber alcohol, práctica que se identificaba como una convivencia entre hombres, en las que la forma de beber y aguantar la bebida, es una demostración de virilidad:

*“Por ejemplo, luego eso lo relacionan mucho con el beber, ya ves que te dicen “no, pues échate unas chelas” y que no sé qué. Y yo les digo: no pues ya no quiero tomar más; y me contestan: no pues es que eres bien puto, no aguantas... y pues la verdad es que yo ya no puedo más, o sea, para qué te digo que sí, si ya no puedo tomar más. Para qué me quiero estar yendo a guacarear y hasta caerme solamente por alguien que me dice que no soy un hombre, simplemente por eso.”*

Martín hace mención de que él no se sintió en ningún momento identificado con las prácticas que estos hombres realizaban, quizá porque eran mayores que él. Sin embargo, posteriormente menciona que carecen de relevancia en su vida, pues para Martín, eso no define qué tan hombre es:

*“No tiene importancia. Eso es algo muy irrelevante, una cosa es muy distinta a que tú estás jugando con tus amigos, y pues nada más tú quieres decir que no es no y ya.”*

Lo anteriormente expuesto por Martín ha permitido develar los significados que él le atribuye a la masculinidad hegemónica, la cual está estrechamente relacionada con su padre. Figura que Martín define como coercitiva, violenta, y lejana, sin embargo, su padre no es el único modelo que le enseña a Martín las posibles formas de ser de un varón desde el modelo hegemónico en la sociedad mexicana, pues en este aspecto, también influyeron sus compañeros de trabajo, quienes mantenían una actitud machista, definida por Martín como una actitud de acoso hacia las mujeres y de prácticas relacionadas con la ingesta de sustancias, en este caso, del alcohol.

No obstante, el significado que Martín le dio a estas prácticas masculinas, generó un rechazo a todo lo que eso implicaba:

*“Más bien yo pensaba en todo lo que no tenía que hacer como hombre. Prácticamente me enfocaba en todo el modelo de mi papá; yo siempre lo veía como alguien que no tenía trabajo estable, que no quería trabajar, lo veía en la casa sin hacer nada. Además de hacérselas como el mandón de la casa, yo me decía “yo no tengo por qué hacer eso”.*

Y para él, el no adoptar las prácticas y las actitudes de los hombres que conocía en general, significó mantener una constante vigilancia sobre lo que hacía, es decir, más que alejarse, significaba verificar qué no hacer como los demás varones:

*“Yo no lo veo como alejarme, más bien yo me enfoco más al no hacer, qué es lo que no tengo que hacer como hombre. Es eso es lo que más veo en cuanto a las cosas que hago.”*

*“El hecho de que me aleje no quiere decir que no tenga ciertas actitudes o conductas que no me gustan. Y el no hacer es que yo siempre estoy consciente de las cosas que no debo de hacer, pero de alejarme es tomar otro camino, pero hay cosas de las que no estoy consciente de las que estoy mal.”*

Y explica el origen de esta reflexión y significado que le dio a la forma de ser de otros varones significativos en su vida.

*“Eso lo fui adquiriendo conforme empecé a estar consciente de todas las cosas malas que pasaron debido a la actitud de mi papá, en la época de la secundaria, la adolescencia. Yo me di cuenta de que había cosas que yo no debía ser, y desde que mi mamá me contó que mi papá era un celoso y un posesivo, y todo eso.”*

La visión de Martín respecto a su padre y al modelo hegemónico es básicamente una visión negativa, tal como Bartres (1999, citado en Montesinos,

2005) describe, los mexicanos conciben la masculinidad desde lo negativo, sin embargo, este autor lo relaciona con una contraposición con lo femenino, coincidiendo con Badinter (1993) y Lomas (2003). Pero en el caso de Martín, sucede que la visión negativa del varón no se da en torno a una separación de lo que considera femenino, es decir “lo que un hombre no debe de hacer” para no parecer mujer, sino que busca una separación de todo lo masculino que a sus ojos es reprobable y que lastima a las mujeres. El único aspecto positivo que Martín rescata de su padre es el trabajo:

*“Lo único que mi papá me transmitió es que siempre tenía que trabajar para todo.”*

*“Es que además de eso, me dijo que la vida es muy difícil. Eso yo ahorita lo rechazo, antes lo aceptaba, me hacía a la idea de que la vida es difícil, tienes que trabajar, tienes que hacer cosas para que tu vida sea mejor. Y ahorita yo veo eso de una forma exagerada, porque no todo lo que te vas encontrar aquí o en otros lados va ser necesariamente malo.”*

El trabajo, que se relaciona mucho con la actividad del varón, sobre todo como proveedor de la familia, es un valor que Martín considera positivo. Este valor está muy relacionado al contexto socioeconómico. En un nivel medio-bajo, la masculinidad se define por la capacidad de trabajar y mantener una familia, las habilidades y fortalezas físicas, principalmente, y que pueden llegar a la expresión de conductas violentas (Charry & Torres, 2005; Stern, Fuentes-Zurita, Lozano-Treviño & Reysoo, 2003). Sin embargo, aunque considere el trabajo como positivo, no significa esta práctica como un elemento que defina su identidad masculina, como los autores generalmente plantean que sucede con los jóvenes de este sector social.

*“El hecho de sentirme superior porque soy hombre pues me parece muy ridículo, todo ese tipo de pensamientos los rechazo.”*

*“Yo lo separo por dos cosas, una de ellas es el aspecto biológico es decir, tener buen cuerpo, trabajarlo y así. Y otra cosa es que por el simple hecho de ser hombre es que tengas que tener ciertas actitudes.”*

*“Actitud de tipo: yo no lloro, yo no siento dolor, y cosas así. O sea, eso es imposible para cualquier persona.”*

Martín, por tanto, considera que si bien el aspecto biológico puede definir qué es un hombre, esto solo ocurre desde el aspecto exterior, lo que físicamente puede percibirse, y el significado que le da a este hecho no es precisamente el que comúnmente se le atribuye, por ejemplo al mayor desarrollo muscular, el vello

facial, o la fuerza, que en muchos contextos son considerados indicativos de un hombre fuerte, con poder y seguro de sí mismo. Para Martín, estas características sólo son un componente más de todo lo que un hombre puede ser, pero en ningún momento considera que ello signifique una supremacía en relación con otros hombres o mujeres, ya que para él existen otras cualidades que son más importantes, las cuales, en primera instancia pareciera que se relacionan más con un aspecto femenino. Este tema se revisará más a detalle en el siguiente eje de análisis.

### **Construcción de una masculinidad alternativa a partir de su entorno significativo**

La identidad es un proceso que incluye un conjunto de significados y representaciones que se construyen a partir de diversas estructuras, como lo son la política, la economía, la social y la cultural (Salguero, 2014), las cuales en su conjunto van a influir en la concepción tanto de diversos grupos sociales como de cada uno de los individuos que lo conforman. La identidad masculina además de verse influenciada por estos elementos, también es afectada por el influjo de diversos momentos históricos, eventos sociales (Op Cit), y la experiencia de vida de cada persona, que en conjunto con su propia subjetividad son las que toman relevancia en este proceso identitario.

El proceso de construcción de las identidades de género (masculinas, en este caso), ocurre principalmente por la identificación de los roles que la sociedad impone para cada persona basándose en la genitalidad. Además de esto, el proceso se ve afectado por cada una de las etapas del desarrollo (niñez, pubertad y vejez), que los varones irán experimentando a lo largo de su vida. Por este motivo, puede ocurrir que los varones tengan una serie de cuestionamientos, confrontaciones, dudas y crisis sobre su propia identidad, aunada al cambio sociocultural que se vive hoy en día sobre los roles e identidades sexuales y de género, esto también puede afectar de manera significativa el cómo se viven los varones hoy en día, cómo construyen y expresan sus masculinidades.

Martín a lo largo de toda su vida y aún en el presente, ha construido su masculinidad a través auto observación de su propia conducta y actitudes. Ya se ha mencionado anteriormente cómo la forma en la que él quiere ser diferente a otros varones consiste en enfocarse en el no hacer para evitar repetir prácticas que ha rechazado explícitamente con anterioridad y que en su propia concepción de sí mismo, no hacerlas no es ningún indicativo que sugiera que él no es hombre.

*“Más bien yo pensaba en todo lo que no tenía que hacer como hombre.”*

*“Yo me di cuenta de que había cosas que yo no debía ser, y desde que mi mamá me contó que mi papá era un celoso y un posesivo, y todo eso. Yo me hice la idea de que yo no tenía por qué alejar a nadie de las cosas que quisiera hacer ni privarla de su voluntad. Como en el caso de mi mamá y mi papá. Atándola a su vida (de él). Es así como yo lo veo.”*

*“Y el tipo de relación que mis papás tenían antes de que yo naciera, se me quedó muy marcado a la hora en que me lo contó, yo traté de no aplicar eso al primer noviazgo que tuve, y siempre he tratado de mantener una actitud abierta a decir” haz lo que tú quieras”, nada más dime y ya, no voy a ponerme celoso por cualquier cosa. Si voy a poner celoso es por algo serio no por cosas sin sentido. No voy a tratar de aprehender a la otra persona.”*

En cuanto a las prácticas, la forma en la que Martín define su masculinidad de manera alternativa, se ejemplifica con lo anterior, sobre todo en el aspecto de no “aprehender” a su pareja, tal como él considera que fue la relación de sus padres, y el rechazo al acoso callejero que sus compañeros realizaban de manera cotidiana, y menciona lo siguiente:

*“Tenía varios compañeros de trabajo que llegaban y les chiflaban a las chicas, eso era lo que me emperraba de todos ellos. Eso a mí no me gustaba, nunca, nunca, nunca me gustó.”*

*“Si yo decido no gritarle a las mujeres porque a mí me parece malo ¿por qué me van a estar diciendo que yo soy marica?”*

*“Más que nada, de este aspecto de los piropos. Yo creo que si te encuentras a una persona independientemente de qué sexo sea y te atrae físicamente, no vas a estar hablando y diciendo porquerías. Yo pienso que tiene que haber discreción, algo así como “oye qué guapa es esta persona” “qué buen cuerpo tiene”, y ya no tienen por qué estarle gritando, igual y comentarle un amigo pero no tienen por qué estar diciendo porquerías, eso sí me da mucho coraje. Ahora en segundo lugar, es que yo puedo decir cómo me siento abiertamente y que las otras personas respeten eso. Y en el caso de que yo me sienta mal, pues las otras personas puedan darme su ayuda, en eso yo no tengo problemas, y pues el hecho de sentirme superior porque soy hombre pues me parece muy ridículo, todo ese tipo de pensamientos los rechazo.”*

Cabe señalar que el aspecto de la libre expresión de sentimientos por parte de Martín, es algo que tradicionalmente no se espera de los varones, sin embargo, es importante mencionar que Martín en el momento en el que dice “yo puedo

decir cómo me siento abiertamente y que las otras personas respeten eso”, se refiere a que con las mujeres principalmente puede hacer eso, pero con los hombres sólo en algunas ocasiones y sólo con algunos. Este punto se analizará a detalle más adelante, pero por el momento puede señalarse un aspecto que está relacionado con esta confianza hacia el género femenino en contraposición al masculino que ha servido para configurar su identidad masculina, y es la constante convivencia y cercanía que ha tenido con las mujeres sobre todo por el ambiente de violencia en el que creció:

*“Ahorita que me estoy dando cuenta, es que en la primaria, el kínder siempre tuve profesoras, mujeres.”*

*“Pues, yo creo el lado que tienen las mujeres de ser cálidas, por ser más sensibles, más de lo que por lo general muestra un hombre. Y sobre todo con mi mamá, porque yo me la pasaba con ella, jugaba con ella, hacía todo con mamá, nunca me pegaba a menos que fuera muy necesario y ya después de los golpes pues ya entendía. No era como que me maltratara sin sentido o por alguna pequeñez como lo hacía mi papá. Pero creo que siempre se me quedó la idea de que las mujeres son muy sensibles, muy amables y en que los hombres no es fácil encontrar eso. Entonces yo pienso que con base en eso, yo no tengo la intención de ser agresivo, con quien sea incluso si piensa diferente que yo.”*

Como se ha señalado ya, Martín hace una separación, pero lo hace desde lo que no le gustaría ser como hombre, además de esto, expresa admiración hacia cualidades que encontró en las mujeres cercanas a él, tales como la calidez, la sensibilidad, pero además la fortaleza y la seguridad que considera poseen las mujeres, y que más allá de una admiración, o de buscar a una mujer con esas cualidades, él las asume o desea asumir:

*“Me quedé pensando en muchas cosas, sobre por qué hasta cierto punto me llama la atención lo femenino. Y lo que estaba pensando ayer era que hay momentos en los que siento una pequeña admiración hacia las mujeres.”*

*“Pues es que las amigas que yo tengo son personas que no se dejan. Más bien pienso que siguen sus objetivos y saben muy bien lo que hacen. Tomo mucho en cuenta eso porque es algo que no tengo en mí, carezco de un objetivo como tal, y eso lo noto mucho en esas personas que yo conozco.”*

*“Pienso que las mujeres son más fuertes que los hombres, en el aspecto mental, yo pienso que en particular aquí, por toda la ola de machismo que se vive. Todo lo que ellas tienen que soportar de ciertas actitudes de los hombres, sobre todo en el acoso que a pesar de todo pueden lograr lo que se propongan. “*

*“Pero también me siento un poco atraído por lo femenino. Cómo sería vivir en el cuerpo de una chica. Es más que nada eso, me lo imagino, me gustaría saber qué se siente ser mujer.”*

Tal parece que para Martín la forma en cómo viven las mujeres en un contexto adverso, en donde hay un constante acoso hacia ellas, lo ha hecho reflexionar, llegando a la conclusión de que las mujeres son personas fuertes al tener que vivir y soportar este tipo de conductas de algunos hombres. Esto produjo una empatía hacia el sentir de las mujeres que se originó muy probablemente en el momento que relata haberse dado cuenta de la agresión verbal que su madre experimentó en la calle:

*“Cuando era niño le dijeron cosas a mi mamá, yo entendía eso como que era algo malo”*

*O pensando en las chicas a las que sus compañeros acosaban en la calle:*

*“Yo nada más pensaba en lo que sentía la chica. En ¿por qué le estás gritando una persona si no la conoces? Entonces, yo pienso que es puro sentido común, y no lo voy a hacer y ya.”*

*“Me gustaría saber qué es lo que viven ellas con todas las situaciones que yo llegué a ver. O sea, a veces con todas las cosas que luego pasan, sobre abusos y acosos, tal vez me arrepienta de decir esto si es que me pasa, pero si me gustaría saber qué es lo que pasa por ellas, que es lo que piensan ellas...”*

Además de la admiración, la empatía y el deseo explícito de adoptar características y cualidades femeninas, Martín, considera el aspecto físico relevante en su construcción de identidad como hombre:

*“De los recursos que yo considero que son “buenos” y lo digo entre comillas porque considero que yo puedo hacer más, porque es algo que no he hecho... es que además es algo superficial, algo físico. El tratar de querer llamar la atención por el cabello.”*

*“A mí nunca me ha gustado traer el cabello corto, así como lo tienen los militares no, no me gusta; o como lo tienen todos los chacas, no. Y además es porque así lo tenían los tipos que se burlaban de mí, entonces siempre traté de evitar verme como ellos y el cabello largo fue una opción.”*

*“También lo que he escuchado es que hay una diferencia entre estar bonito y estar guapo, que es lo que escuchado en varias partes. Es que cuando te dicen que estás bonito, es algo así como que no se ve tan “hombre”; o sea que no ves viril: bien marcadas las expresiones del sexo, del estereotipo masculino físico.*

*Y otra cosa es que te digan bonito pues porque te ves bien, pero no de esa forma. O sea que tienes muy fina la cara, las expresiones... o sea que no tienes cara de "macho castigador", y cosas de ese estilo. Algo así como de: ¡ay mira este tiene cara de macho castigador, y no, míralo bien, está bonito!".*

Y en este aspecto, considera que le gustaría expresar características físicas menos varoniles y más femeninas, sin embargo para Martín es importante que aún pueda diferenciarse que es varón:

*"Pues, yo lo que quisiera es tener un aspecto que no me haga parecer tan mujer, o sea, que todavía se pueda distinguir que soy un hombre. Quiero mediar eso para no caer en confusiones o cosas de ese estilo, que me ha pasado un buen de veces y no me molesta, pero prefiero evitarlo.*

*"No todo el tiempo, sino para cuando me quiera vestir bien, hacerlo"*

*"Siempre he querido ser un buen representante estéticamente hablando. Cuando descubrí todo lo que tiene que ver con la palabra andrógino me llamó la atención, me llamó mucho la atención. Yo lo que quiero es aspirar a tener ese modelo de aspecto físico. Es eso"*

En la actualidad, los límites entre lo femenino y lo masculino se van difuminando cada vez más. De ahí que encontremos en el relato de Martín características que lo están vinculando con dos aspectos que tradicionalmente se han visto como opuestos, y que dentro de la configuración tradicional de masculinidad son asumidos con total rechazo y temor, tal como lo ha mencionado Godelier (1986, citado en Cazés, 2004): todo lo que se encuentre de femenino en un hombre, ya sean conductas, actitudes, prácticas y/o características femeninas, son sinónimo de degradación para la masculinidad. Pero para Martín esto no es así, por el contrario, a él le gusta cohesionar ambos géneros.

Y aunque tradicionalmente se espera que los jóvenes en general rechacen cualquier vinculación con lo femenino, en la actualidad, y recurriendo al concepto de identidades emergentes que Montesinos (2004) plantea, los jóvenes varones construyen sus identidades de diversos modelos y ya no sólo desde el modelo hegemónico. El término "andrógino", que puede definirse como la integración de los atributos que culturalmente se le asignan a lo femenino y lo masculino (Pérez, 2008), es bienvenido por Martín, quien expresa un deseo por vincular las características de ambos géneros a su identidad y a su manera de expresarla, no sólo en lo físico, sino también en cuanto a sus actitudes y valores.

Otro aspecto relevante que Martín relata sobre su construcción de género alternativo, recae en el ejercicio de su vida sexual. En el modelo hegemónico se



espera que los jóvenes varones muestren seguridad en cuanto al ámbito de las relaciones sexuales, no obstante, Martín señala lo siguiente:

*“He escuchado de la gran mayoría (de las mujeres) que no les gusta tener relaciones con alguien que acaba de conocer. Y mi reacción al escuchar eso fue como con un poco de miedo, de algún día hacer eso con una chica y que a ella no le guste. No me gustaría pasar por una situación así, hacerla sentir mal o algo por el estilo, alguna consecuencia mala de eso.”*

Para los jóvenes varones, el inicio de la vida sexual es uno de los retos que cada varón debería superar para convertirse en hombre, el no hacerlo, implica un cuestionamiento a la hombría (Stern, et al. 2003), además de ello, se espera que el joven varón tenga varias experiencias sexuales, que serán altamente valoradas por su grupo de iguales.

Martín, por el contrario, demuestra en primera instancia un interés en lo que ellas piensan y quieren al respecto, para él lo importante es cómo se siente su pareja con lo que hace. Además, señala que, en este aspecto, no debe dejarse llevar por los impulsos sexuales, cuestión que contrasta con el estereotipo que, como Callirgos (2003) señala, se supone que los varones se dejan llevar por sus instintos, y son las mujeres las que deben de poner límites al respecto para evitar ser agredidas. Pero Martín prefiere primero saber quién es y qué es lo que quiere la otra persona:

*“Que no te dejes llevar por el lívido nada más, y que para hacer eso yo siempre tengo que conocer a la otra persona primero, tener su confianza y conocerla bien. Yo creo que acercándote de esta forma a la otra persona, dependiendo las intenciones, si la reacción va ser en un plan de noviazgo pues sí, y si no y pues yo creo que puedes hablar con ella.”*

*“Sólo tuve relaciones con una persona en segunda cita. O sea ya lo hice a pesar del miedo que te conté, de que la otra persona no se sienta bien. Eso es en lo que más me enfoco, pero no pasó nada, curiosamente, no pasó nada de lo que yo temía.”*

Martín considera que antes de iniciar algún contacto sexual con una chica, es necesario crear algún vínculo, en el que por lo menos, tanto él como su pareja se encuentren cómodos. Es importante recordar que, así como el modelo hegemónico describe a los jóvenes varones como aquéllos que buscan expresar de manera exacerbada características masculinas y se dejan llevar por sus impulsos, algunos de ellos llevan esta práctica a límites de riesgo (Badinter, 1993), es decir, en torno a la práctica sexual, para estos varones que siguen un modelo tradicional lo que realmente importa es con cuántas chicas hayan estado dejando

de lado aspectos sobre cómo se sintieron ambos durante la relación, si había un vínculo afectivo o no, si a ella le agradó, etcétera; todos esos aspectos son secundarios o irrelevantes en algunas ocasiones.

Es por eso que para algunos autores como Salguero (2014) y Nolasco (1989, Op Cit.), ciertos hombres concentran su valor como tales por medio de la genitalidad, la potencia sexual, y el desempeño. Mientras que el afecto, el cuidado y preocupación por el placer y bienestar de la otra persona no son relevantes tanto como su propia experiencia, centrada en si se llegó al orgasmo o el número de encuentros sexuales.

Lo antes expuesto, se vincula estrechamente con la idea de que los hombres deben demostrar constantemente que “son hombres” a cualquier precio, y esto incluye la práctica de deportes extremos, o en este caso, de una práctica sexual sin protección. Pero para Martín esto no ocurre, no manifiesta en su relato ninguna necesidad de demostrar que es hombre, ni siquiera en el ámbito sexual, aunque sí menciona tener cierta inseguridad que surge, como se señaló, de que lo que haga no le agrade a su pareja. Sin embargo, resuelve esto mediante un diálogo y la búsqueda de una confianza mutua.

En el aspecto de lo estético y lo andrógino, Martín considera dos figuras importantes para la construcción de su identidad, una de ellas fue una compañera con la que tuvo una relación muy íntima:

*“Principalmente Ana, porque ella hizo que me preocupara por mi aspecto físico. Antes yo me vestía bien fodongo, tenis grises, playera gris, pantalones azules, así todos feos. Y no importaba. Ana me decía que me quedaba cierta ropa y me motivó a probar todo eso.”*

*“Usar más negro, sobre todo. Antes no era un color así como para usarlo tanto, o usar cierto tipo de ropa, por ejemplo, ropa gótica. Que ya me la probé y se me ve muy bien, hasta los corsés. Y usar muñequera, ponerme playeras bonitas como las de Alessi, las que tienen símbolos celtas, vikings, y medievales, todo lo pagano. Y también que me cuidara mi cabello, tratamientos, etcétera. Eso me lo pegó ella, y luego cuando viví con Javier, pues peor aún, porque él sí tiene todas sus cosas para verse bien, sus tratamientos de cara y cabello... Bueno principalmente creo que ellos dos, en el aspecto físico sí, pero más Ana.”*

Por estas dos personas, Martín conoció un mundo nuevo y atractivo con el cual se identificó de inmediato:

*“Eso yo lo descubrí cuando me fui al UTA (un bar en la colonia Centro, en la Ciudad de México) con ellos, que me pinté y todo eso. Me gustaba cómo me veía,*

*me gustó mucho. En lugar de que me dijera "Martín pareces una niña", me gustó mucho. Eso me llamó mucho la atención y ahora busco más acercarme a ese tipo de cosas. Pero mentalmente fue como que más... bueno es que eso me recuerda a la caricatura de Ranma ½; cuando pasó todo esto me acordaba mucho de este anime. Porque cuando yo lo veía de niño, siempre me provocaba una duda muy, muy, muy grande de saber cómo me vería como niña, o el simple hecho de imaginar que hubiera otra persona como yo pero en mujer."*

"Ranma ½" es un manga japonés creado por Rumiko Takahashi, y posteriormente adaptado a "anime" para la televisión. Fue así como Martín lo conoció. Su argumento central es la historia de un joven de 16 años llamado Ranma, quien tiene una maldición en la que al entrar en contacto con el agua fría se convierte en mujer, mientras que el agua caliente produce el efecto contrario (Pardo, 2012).

Esto representa un ejemplo de la influencia de los medios de comunicación y su efecto sobre la identidad, estos discursos, de alguna manera impactan sobre la ideología de la persona y pueden convertirse en un marco de referencia (Lomas & Arconada, 2003). Ya se señaló anteriormente cómo algunas frases tales como "sé un hombre" para Martín no llegaron desde su familia nuclear sino de personas externas y de los mensajes proveniente de los medios de comunicación, los cuales influyeron en la percepción de sí mismo. En este caso, la serie animada pudo ser un primer acercamiento a esa curiosidad sobre su contraparte femenina..

Por otro lado, Martín señala cómo los lugares que frecuenta, le han ayudado a conocer e identificarse con la androginia:

*"Incluso me encontré a un chico, una vez, que parecía andrógino y me llamó mucho la atención, me gustó mucho cómo se veía. Fue cuando fuimos al picnic gótico, el chico tenía cara de niña. Y también cuando fui al UTA con Javier y Ana, había otro chico que se veía muy bien, sí, se veía muy bien, fue cuando me dio el beso en la boca."*

Sobre este fragmento, se puede hacer mención de lo que Wenger (2001) establece como elementos que configuran la identidad en relación a una comunidad de práctica, pues para este autor, la identidad se define de acuerdo a su nivel de afiliación y participación en diversos contextos y prácticas. Puede notarse, con base en esta premisa, que Martín ha expresado sus primeros acercamientos a una comunidad de práctica que al mismo tiempo le sirven como elemento constructor de su identidad masculina, tomando como referencia elementos externos para posteriormente hacerlos propios.

En cuanto a la situación de picnic gótico y del bar “UTA”, es evidente cómo Martín ha realizado prácticas y mantiene actitudes que son antagónicas al modelo hegemónico, y tiene que ver principalmente con la cuestión de la atracción, que en el caso de los hombres se supone que debe de estar en concordancia con la orientación heterosexual. Para algunos varones, sobre todo desde el marco de lo tradicional, la masculinidad es prácticamente ser heterosexual (Nuñez, 2000), además de tener contacto sexual constante con otras mujeres, y podría añadirse también, la atracción física sólo hacia lo femenino. Para Martín, el hecho de que le interese o le atraiga el aspecto físico de un varón, o que incluso haya llegado a tener contacto físico por medio de un beso, no representa ningún riesgo a su masculinidad, pues estos aspectos antes mencionados, según la forma de definirse a sí mismo, no tienen nada que ver con su orientación sexual.

Regresando al aspecto de las figuras que más han influido para Martín, la segunda más importante es Javier, joven varón de su misma edad con el que Martín vivió alrededor de un año. La convivencia con este joven, influyó en Martín para configurar su identidad y su práctica como varón:

*“Cuando estaba viviendo con Javier, ahí aprendí a ser un poco más directo por las situaciones que tuve con Ana. Eso de ir a hablar con él lo hice muchas veces, sobre todo cuando tenía problemas con ella. Yo le decía: oye, algo pasó, Ana y yo nos vamos a dejar de hablar, quisiera saber qué podría hacer; cosas así.”*

Resulta importante señalar el vínculo existente entre Javier y Ana pues esto afectó a Martín posteriormente, en este fragmento explica cómo se conocieron ambos jóvenes:

*“Fue por Ana, ella lo convenció para que yo me fuera a vivir con él. Pero Javier es su ex novio... Yo le dije lo que tenía con Ana, lo más raro es que nunca se enojó conmigo por eso, se enojaba por todas las tonterías que yo hacía, cuando tenía mi indecisión de saber qué hacer viviendo con el ex novio de mi "no-novia".*

Martín considera que Javier es una persona fuerte como varón porque demuestra paciencia, prefiere el diálogo a la violencia cuando se encuentra en conflicto y porque jamás discutió con él debido a lo que sentía por Ana. Todo esto generó en Martín una admiración hacia su amigo:

*“Si, lo he llegado a admirar y me gustaría ser como él en algunos aspectos... tener la capacidad de soportar cualquier cosa, casi cualquier cosa, y además ser muy paciente, muy, muy paciente. Porque yo creo que con la fuerza*

*que él tiene me hubiera podido romper la madre, pero esa no era opción para él, siempre entabló conmigo un diálogo, por cualquier cosa.”*

Aquí, hace alusión a una característica masculina que se espera tradicionalmente de cualquier varón: demostrar fortaleza, ya sea física o emocional. A pesar de que Martín da a entender que su amigo es fuerte físicamente, resalta más la cuestión actitudinal, la fortaleza para usar el diálogo en lugar de la violencia para resolver sus problemas.

Asimismo, otras personas cercanas a él, le han hecho saber que lo apoyan y aceptan:

*“Alguna vez hablé con Paola... Yo le dije que me delineara los ojos, entonces, ella me dijo que yo debería sentirme bien con eso, porque yo tenía las características de los dos sexos. No recuerdo qué tanto me dijo, pero básicamente fue eso, que me sintiera bien, no tenía por qué sentirme mal por eso. Eso me ayudó a sentirme más seguro con ese aspecto, y más hermoso, claro. Y no sentir vergüenza con las demás personas por tomar ese aspecto. Y ya ese día estuve bien contento de "ay sí fotos", y así.*

*Otra ocasión fue cuando tomé un café con Sarai, de todas las cosas que estábamos hablando, ella me dijo que le gustaban los chicos andróginos... su afición; me dijo: tú te puedes encontrar con personas que les gusta lo mismo, siempre habrá personas que les gusten los elfos, la androginia, no te sientas mal ni inseguro de quién eres. Eso se me quedó muy muy grabado.”*

Con esto, Martín pudo percibir la aceptación por mujeres cercanas a él, ayudando a reafirmar qué le gusta y aspira llegar a ser, no por inseguridad en sí mismo, sino por el posible rechazo social:

*“Pues que no me sintiera inseguro, que no tuviera miedo de lo que te dijera la gente, sobre todo la gente normal... la gente que está más arraigada por el machismo, la que se les hace fácil decir que porque tienes el cabello largo ya eres niña. Que piensan que eres menos que ellos por eso, porque se creen muy hombres, se sienten más que las demás personas. Y que yo no debería de sentirme afectado por eso. Ni por las bromas de mis amigos, porque a veces sí me cala un poquito, pero ya se me pasa. Simplemente no sentir vergüenza, tener más seguridad.”*

*“Ya lo sabía, pero eso fue un apoyo, un recordatorio. Que lo que me dijeron fue un: recuerda esto, tú eres así y nadie tiene por qué decirte algo. Después de eso, después de lo que me contaron, Paola y Sarai, en ese aspecto, de que no me*

*sienta mal por esto que elegí, evitar que se derrumbe fácilmente; agarrar cierta solidez.”*

A partir de lo que sus amigas le han compartido, respecto a su imagen y sus prácticas, Martín logra consolidar una idea sobre quién quiere ser, pues indica haber mostrado inseguridad al no saber si lo que le agradaba era lo mejor o no, y, aunque expresa claramente que es algo que ya ha elegido, todavía persistía esta ambivalencia entre el qué hacer con aquello que le gustaba, como se mencionó, por un escrutinio social más que por indecisión personal. Y que podría deberse también, a la percepción de debilidad que su aspecto generaría, según él, y que no le agradaría, al menos en su contexto sociocultural, pues aún recuerda la situación que vivió en toda la secundaria. Sin embargo los hechos le demuestran que hay una aceptación general hacia su persona, por lo que posiblemente sea un miedo generado por esa experiencia en la secundaria:

*“Sí, yo pienso que sí. Porque si no me aceptaran yo creo que ni se acercarían a hablar conmigo, no se tomarían la molestia de iniciar una conversación. Pero lo que opina la gente en general, lo que yo podría generalizar es que a lo mejor hay personas que piensan que soy débil.”*

*“Yo lo que siento es que siendo como soy, como me quiero ver, como una niña, pienso que las demás personas me ven débil, eso es lo único que me afectaría.”*

*Y esto es lo que para Martín significa ser débil:*

*“Es algo de lo que la gente puede abusar, es algo en donde ellos pueden tener ventajas siempre. Y por eso se quedan ahí la gran mayoría, aprovechándose de la debilidad del otro”*

El no permitirse mostrar debilidad en situaciones que impliquen una burla a su persona:

*“No siempre. Porque cuando iba a la secundaria, permití que las personas, o más bien los niños varones, se burlaran de mí y que pudieran decir cualquier cosa sobre mí. Y ahora si alguien intenta aprovecharse pues no lo voy a permitir. Yo lo veo en medida de cuánto tú lo permitas.”*

A pesar de que sus prácticas y valores van en concordancia con una masculinidad que no se adscribe en general al modelo hegemónico, Martín considera importante mostrarse fuerte para evitar la burla de sus congéneres.

Finalmente, otros aspectos que lo definen como varón, es ser apacible y mostrar sencillez:

*“Me gusta ser humilde. Me gusta no tener la necesidad de alardear, me gusta... ser tranquilo, es decir, no pelearme con la primera persona que encuentro, no buscar discusiones...”*

*“Por lo general soy algo empalagoso, nada más estoy ahí encima diciendo cosas bonitas”*

*“Una novia que tuve me dijo que era muy empalagoso, que le parecía algo excesivo, pero pues no me detuvo eso. Otra chica con la que anduve, nunca le molestó, le gustaba mucho que fuera así. Aunque en todo ese rollo de las relaciones siempre he tendido a hacer muy servicial. Tratar de dar todo lo que pueda a la otra persona, dejarle todo su alcance, siempre, siempre, siempre. Pero yo veo que esa actitud servicial ha sido un poco excesiva de mi parte y luego lo hago con tal de esperar que la otra persona se dé cuenta de ello y que al menos me devuelva una parte de lo que yo estoy haciendo.”*

Cabe señalar que la aprobación ha venido casi con exclusividad de mujeres cercanas a él, la seguridad que le han brindado sus amigas, su madre y demás mujeres, han sido de gran ayuda para Martín y para la construcción de su identidad, pues esta ha influido hasta el punto de ser un referente para ser y actuar en su contexto. Sin embargo, no deja de lado que es un varón, no, por lo que posiblemente ese sea el motivo por el que aún hay aspectos que sugieren una vinculación al aspecto hegemónico, como lo es el rechazo a la debilidad que los demás puedan percibir y la fortaleza que desea expresar para evitar burlas.

Este aspecto social de burla y rechazo preocupa a Martín, e influye en su relación principalmente con otros hombres de su edad, este punto será analizado a continuación.

### **Efectos en la relación con otros varones y con otras mujeres**

La relación entre congéneres es de suma importancia, sobre todo en las primeras etapas de la vida: la niñez, la pubertad y la juventud. Específicamente en estas dos últimas etapas, las relaciones con otros compañeros sirven como apoyo en el proceso de transición. Para los jóvenes, dejar de ser niños y convertirse en adultos hombres, es un evento que en ocasiones representa una crisis, un cambio radical de la identidad y de la visión del mundo, y en la que se perfilan hacia cierto tipo de prácticas para que finalmente, cuando ya son adultos, participen de ellas activamente, recreando constantemente su masculinidad particular.

Entre tanto, la relación con las mujeres no suele tener una relevancia más allá de lo que representan como género y sexo, con quienes se relacionan principalmente por medio del contacto sexual. Pues, según Chodorow (1986, citada en Lomas, 2003), los varones están pasando por una etapa de separación de todo lo femenino, desechándolo para que el hombre pueda nacer, tal como Badinter (1993) lo señaló, son otros hombres (excepto el padre) los que instruyen al joven varón para que construya su masculinidad, que en la mayoría de los casos está sujeta a lo que el modelo tradicional dicta en un contexto específico. Sin embargo, si el joven no se adhiere a los preceptos establecidos socialmente por la comunidad, puede haber consecuencias al respecto.

Por ejemplo, en ejes anteriores ya se abordó cómo era la relación de Martín con los compañeros de secundaria, quienes al percatarse de que expresaba sentimientos relacionados con la tristeza, lo interpretaron como un signo de vulnerabilidad y debilidad y lo segregaron; lo mismo sucedió con sus compañeros de trabajo, y sus prácticas que tenían respecto al acoso y a la ingesta de bebidas alcohólicas, en donde se vio presionado para participar en ellas bajo la amenaza de ser juzgado poco viril.

No obstante, en tiempos más recientes, Martín ha estado en contacto con mujeres y hombres de diversas formas y en diversas prácticas (como es el caso de Ana y Javier). En esta línea, resulta importante señalar cómo ha sido la dinámica que ha mantenido con la mayoría de sus amigos, pues por medio de su discurso, ha manifestado ser más abierto en cuanto sus intereses con mujeres en comparación con los hombres:

*“No lo sé. Es que este tipo de temas no los trato con hombres, no puedo, me cuesta más trabajo. Yo, sin embargo, a una mujer le puedo contar de esto fácilmente.”*

*“Yo siento pena, nada más. Tal vez me da pena ser juzgado o criticado, independientemente de que ellos me digan que no. Que más bien ya me conocen, pero mi situación es que yo sienta pena o que no haya hablado con ellos bien, que no me ha acercado bien a ellos.”*

*“Es que mantienes cierta actitud cuando hablas con un hombre a cuando hablas con una mujer, siempre. Eso es lo que a mí me cuesta trabajo porque siempre tocas otro tipo de temas y no prefieres hablar de eso. Por ejemplo con Alberto, como es medio vulgar, pues que yo le diga cualquier cosa o pregunta, algún consejo pues me da pena. Es más fácil hablar con una mujer porque creo que ellas pueden entender mejor. Siento que es más fácil que ese pensamiento lo pueda entender una mujer.”*



Así como la convivencia con otros varones es indispensable para formar la identidad masculina, o por lo menos eso es lo que hasta ahora teóricas como Badinter (1993), Chodorow (citada en Lomas, 2003), o Salguero (2014) han establecido. Todo lo relacionado con temas íntimos, como lo son los sentimientos o deseos personales, suelen ser reservados para sí mismos, llevando al aislamiento emocional, como Kipnis (1993) lo definió; pues como indica el modelo hegemónico de masculinidad, el demostrar otra cosa que no sea fortaleza, sobre todo en las primeras etapas de vida, suele tener consecuencias negativas para los varones. Martín lo vivió con anterioridad en la secundaria en su dinámica con otros varones, para evitar volver a pasar por lo mismo, su forma de relacionarse con otros hombres suele cambiar considerablemente como estrategia a diferencia de cuando se relaciona con una mujer:

*“Ahí hasta cierto punto aparento, como que me tengo que hacer... yo creo que como si fuera banda, algo así como: ¿qué tranza carnal?, ¿cómo te ha ido, qué has estado haciendo?; y ya de ahí con ciertos amigos, llevarse y decirse de cosas. Pero son pocas veces las que me pongo serio al hablar con un amigo, que quiera contarle algo, no pasa muy seguido.”*

Es decir, la relación es amistosa, pero impersonal, en el sentido de que no se llega a un vínculo emocional que implique confianza para expresarse libremente. Y por tanto, los temas suelen ser poco trascendentales para la vida de Martín, por lo que, las veces que desea hablar seriamente con un amigo, tiene que hacerlo saber explícitamente:

*“Tengo que remarcar que quiero hablar en serio...”*

Situación que incluso sucede con su hermano:

*“Con él tienen que pasar cosas muy fuertes para que yo pueda hablarle.”*

A pesar de ello, Martín ha podido lograr un acercamiento más allá de la camaradería impersonal con otros jóvenes, en la secundaria primero y posteriormente en la universidad:

*“Se llamaba Javier también. Él fue mi mejor amigo durante toda la secundaria y la preparatoria, lo que me hizo unirme mucho con él era jugar fútbol, él me enseñaba jugar. Ya después pude ser capaz de hablarle sobre lo que pasaba en mi casa, con mis papás, inclusive él podía percibir cómo yo era. Intuía que en ese tiempo yo era muy inseguro, que vivía con mucho miedo, siempre se fijó en eso y estaba consciente de todo lo que yo pasaba, y al mismo tiempo él me contaba sobre lo que le pasaba sentimentalmente en esos tiempos, o sea novias. Ya después le contaba yo lo que me pasaba con ciertas niñas que me gustaban,*

*cualquier cosa que me sucediera iba a su casa y jugábamos fútbol un rato, prácticamente fue eso. Yo sentía mucha confianza en él. Todavía nos seguimos hablando, pero tiene mucho tiempo que no lo veo, nos hemos alejado, yo lo permití pero no era porque yo quisiera, es que yo no tenía ya tiempo.*

*“Con Javier sí lo llegué a lograr, llegué a tener una confianza muy grande para decirle todo esto, con mis demás amigos casi no. Yo con ninguno de ellos trato este tipo de temas, o no he lo intentado, pero yo pienso que me freno un poco.”*

Ya se ha mencionado cómo fue la dinámica de la relación con Ana y Javier que tanto han influido en Martín, no sólo en cuestiones de apariencia física, sino en la manera de relacionarse y de participar en su vínculo amistoso y amoroso. Sin embargo, esta amistad que tenía con Javier, principalmente, ya no es la misma desde que dejaron de vivir juntos:

*“Después de estar ahí lo conocí mejor, supe muchas cosas de él muy a fondo. O sea, por cómo es él, que es medio cerrado o reservado, logré conocerlo muy bien. Y por un tiempo lo consideré mi mejor amigo, yo podía hablar con él de lo que sea, casi casi de lo que sea sin problema alguno.”*

*“Yo le dije lo que tenía con Ana, lo más raro es que nunca se enojó conmigo por eso, se enojaba por todas las tonterías que yo hacía, cuando tenía mi indecisión de saber qué hacer viviendo con el ex novio de mi no-novia.”*

*“Lo único que le molestaba a él, era que yo le mintiera, y lo hice muchas veces, a los dos le menté muchas veces.”*

*“Ahorita ya es una amistad alejada, desde que dejé de vivir con él ya no nos vemos seguido. Lo he visto como una vez cada mes o cada dos meses, y las veces en las que lo veo convivimos bien, como compartimos ciertos gustos como los videojuegos, siempre terminamos hablando de eso; o hablar sobre bebidas o lo que él ha estado haciendo en su equipo de combate medieval, y ya”.*

La relación de Martín con Javier se deterioró, pero no por cuestiones que tengan que ver con celos por parte de su amigo, sino porque a Martín la situación se le salió de las manos, al pensar que al estar con Ana, él traicionaría la amistad de Javier, aunque explícitamente, su amigo le dijo que no había ningún problema:

*“Yo lo veo como una situación muy extraña. Era como un triángulo amoroso, me sorprende mucho la actitud de él, que nunca tuvo problemas conmigo al saber lo que yo sentía por Ana. Nunca se enojó conmigo por eso, nunca tuvo una actitud negativa, nunca me reprochó nada.”*

*“Alguna vez él me dijo que no tenía ningún problema en el que yo andara con Ana, solamente la decisión era mía, pero la verdad yo no sabía qué hacer. Pensaba que lo iba a traicionar si lo hacía, no quería traicionar esa amistad, aunque él me decía que no.”*

*“Yo no habría podido soportar esa situación si estuviera en su posición. No hubiera podido aguantar tanto”*

Las relaciones entre varones, en ocasiones, guiadas por el modelo hegemónico, pueden estar basadas también en la competitividad. En esta relación de poder, se busca que un hombre sea el que ejerza el mando y otro el que se subordine por medio de demostrar quién es mejor o tiene mejores cualidades o competencias. Y en esta línea, puede ubicarse la relación de pareja, en la que, tradicionalmente, los hombres han de disputarse el cariño de una mujer, llevándolo a duelos en donde incluso la violencia física está presente, y quien resulte triunfador gana el cariño de la mujer en cuestión.

Sin embargo, en la relación de Martín con Javier y Ana, esto no se presenta, pues en ningún momento existió una confrontación entre ambos jóvenes sobre este tema, más que por la falta de decisión de Martín; asimismo, para Martín es difícil de asimilar la actitud de su amigo, la cual para él representó una demostración de fortaleza, razón por la cual lo admira tanto. Y por otro lado, se encontraba la supuesta traición que Martín cometería pues, después de todo, Javier le abrió las puertas de su casa y hacer eso, significaba traicionar esa confianza que su amigo le brindó. Finalmente, como se ilustró en los fragmentos anteriores, la amistad entre ambos, terminó siendo una amistad lejana, quizá muy parecida a la que Martín tiene con la mayoría de sus amigos varones.

En cuanto a la amistad con chicas, Martín menciona que para temas más íntimos, busca la ayuda y ser escuchado por otras mujeres:

*“Siempre suelo buscar a Ana o a Mildred, cuando me siento mal o quiero contar algo ya más íntimo. Aunque con Ana sólo es desahogarme, porque pues a veces no me ayuda mucho.”*

Retomando además los fragmentos en donde algunas amigas suyas comentan sobre sus gustos y le dan ánimos y apoyo para que sea quien quiere ser, parece que para Martín la relación entre amigas suele ser cualitativamente más profunda que en general la amistad de un varón. Cuestión que se relaciona con lo que Riso (2012) señala, pues desde el punto de vista clínico, es más fácil que un hombre exprese sus emociones a una mujer que a un hombre. La relación de Martín con hombres y mujeres está representada en algunos aspectos por este estereotipo o creencia tradicional que define a las mujeres como más aptas para el

cuidado y la comprensión de las emociones, y que expresar emociones a otro varón es una amenaza al ego masculino (Op Cit).

Sin embargo, no hay que dejar de lado que Martín en el pasado ya había mostrado su sentir abiertamente, razón por la cual fue castigado entre sus congéneres, y posiblemente no sea precisamente la creencia de que los hombres no deben demostrar sus sentimientos, sino que, por su propia experiencia lo hace selectivamente, guiado por el miedo o la vergüenza a ser juzgado, encontrando así a algunos varones con quienes sí puede entablar un diálogo que involucre su sentir, mientras que con otros, prefiere una relación en donde no se toquen temas como sus gustos por la androginia, aspectos femeninos, o sus emociones en general.

Resulta interesante señalar también que el no mostrar sus intereses abiertamente, y preferir hacerlo casi con exclusividad con otras chicas, está sustentado en la idea que él tiene de la reprobación de sus amigos o compañeros, al mostrar un lado femenino que tradicionalmente no es adecuado para los hombres y que podría significar efectos adversos para su persona. Por tanto, en el siguiente eje se analizará la posible existencia de violencia y cómo se manifiesta en la vida y en el entorno de Martín.

### **Identificación de violencia en el entorno o en su persona.**

Callirgos (2003), menciona que los varones que no se adaptan a mandatos que dictan los modelos de masculinidad, son incorporados a las prácticas sociales entre iguales como objetos de burlas y agresiones. Se ha señalado cómo Martín vivió esta situación, en la secundaria, y que a lo largo de su relato es posible observar que aún en el presente, teme que las burlas vuelvan a presentarse, y que es un evento que le sigue afectando.

Asimismo, Martín teme que lo que quiere ser, lo que le gusta, sea tomado por otros hombres como signo de debilidad, cuestión que ya se ha abordado, y este es un tema que le preocupa demasiado, el no ser capaz de demostrar fortaleza, como se supone que un varón deba hacerlo:

*“Yo lo que siento es que siendo como soy, como me quiero ver, como una niña, pienso que las demás personas me ven débil, eso es lo único que me afectaría.”*

Riso (2012) llama “el paradigma de la fortaleza” al estereotipo que el modelo hegemónico desea imponer sobre los varones para que se esfuercen por ser, o por lo menos aparentar, ser fuertes tanto físicamente como sentimentalmente. En la tradición referente a la masculinidad, la debilidad está vinculada a aspectos femeninos, y dentro de este modelo, mostrar características femeninas significa no ser un verdadero hombre. Martín sabe eso, y aunque en su relato puede afirmarse que él no considera que la debilidad esté vinculada a lo femenino, sabe que la mayoría sí lo piensa de esa manera, pues, contextualmente, él vive en un ambiente en donde estos temas no los puede tratar con sus congéneres tal como lo hace con las mujeres.

Por tanto, es importante para la investigación identificar si existe violencia en su entorno que esté vinculada a la expresión de su masculinidad. En el relato de Martín, se observa que existe un grado de hostilidad y reprobación por parte de su abuelo debido principalmente al cabello largo, ya que en la religión que profesaba no le permitían llevarlo de esa forma:

*“Mi mamá y mi papá nunca me dijeron nada, lo que escuchaba era de mi abuelo. Él tenía como muy impregnado todo ese aspecto machista, luego me decía que si era maricón por traer el cabello largo, que parecía niña y cosas de ese estilo. Yo nunca le hice caso, a mí me gustaba andar así ya, siempre escuchaba acusaciones de él de ese tipo.”*

*“En la religión es importante porque sí he tenido hasta cierto punto problemas. En un principio cuando mi abuelo me veía, quería que fuera a la Iglesia nada más porque vivía en su casa y quería que me cortara el cabello, solamente para que fuera a la religión que él tenía.”*

*“Pues en un versículo, no me acuerdo cuál, creo que es la segunda de Corintios, dice que los hombres tienen que traer el pelo corto, y las mujeres taparse la cabeza. Entonces se lo toman como regla en la iglesia, y así tienen que andar las personas.”*

Martín nunca logró simpatizar con la religión de su abuelo y padres, por lo que es posible que debido a ese hecho, lo que le dijeran respecto a su apariencia no haya tenido mayor relevancia:

*“Yo dejé de ir a la Iglesia porque nunca me convenció realmente, nunca sentí nada. No sentí como que me iluminara la vida saber todas esas cosas, solamente obedecía a lo que decía mi mamá y estaba ahí y ya, tratando de escuchar, pero no era la gran cosa. Al principio nunca fue algo relevante para mí, sólo lo veía como una obligación y que debo de estar agradecidos siempre con Dios por todas las cosas que me da, etcétera.”*

Sin embargo el adjetivo de “niña” persistía más allá de la religión, con demás personas o familiares:

*“Las demás personas sólo me decían que parecía niña”*

*“Al principio de molestaba, pero ya después dejé de tomar importancia a lo que los demás decían. Lo que me molestaba era porque yo lo veo como un niño que simplemente dice: soy niño, no niña; o sea decirte algo que no eres físicamente, cualquier tontería de esas, sólo por eso me molestaba.”*

La agresión de la que Martín ha sido objeto, aparece en gran medida por medio de insultos en los que culturalmente lo femenino es degradante para lo masculino, es por eso que según el modelo de masculinidad tradicional en todo momento se deben de diferenciar ambos géneros, pues la masculinidad está pensada en un binarismo que contrasta: fuerte/débil, macho/maricón, actividad/pasividad, hetero/homosexualidad, etcétera (Callirgos, 2003).

Es posible que Martín al inicio se molestara con la palabra “niña” debido a esta connotación, sin embargo él hace mención de que el enojo era simplemente por ser algo “que no es”, y que de acuerdo a como define su identidad, desea dejar bien claro que él es un varón a pesar de las características y atributos femeninos que le llaman la atención.

En épocas más recientes, para Martín el hecho de que le digan “niña” a manera de insulto ya no es algo que le afecte, no obstante, para él hay ciertas palabras que le molestan más:

*“Pero lo que sí me molesta mucho no es que me diga niña, sino que venga cualquier extraño y me diga –princeso-... me hace sentir débil, que me ven débil. Eso es lo que yo entiendo.”*

*“Tanto físicamente como de carácter. Eso me molesta muchísimo.”*

*Esto ha ocurrido en dos ocasiones, con dos varones distintos:*

*“Me vio este chico y me dijo “no pues a mí se me hace que eres un pinche maricón princeso.”*

*“El tipo muy confianzudo me dijo que soy un princeso y que no sé qué, yo nada más me le quedo viendo y lo ignoré. Pero sí me enfurecí muchísimo, o sea ¿qué se cree que tipejo para decirme eso?”*

La palabra “princeso” se volvió popular en redes sociales, en un principio en Twitter y posteriormente en Facebook como parodia hacia algunas actitudes y creencias en las que son las mujeres las que deben de ser tratadas con

delicadeza, son víctimas de los tratos recibidos de los varones, y en donde no importa el sentir del varón sino cómo se siente ella respecto a la actitud del hombre. Por lo que se hicieron tendencias frases como “Recuerda, una mujer llega hasta donde un príncese lo permite”, entre otras. Sin embargo, los varones han hecho de la palabra un adjetivo despectivo para desprestigiar al otro, convirtiéndolo en muchas ocasiones en sinónimo de homosexual, o afeminado.

Martín, particularmente, entiende esta palabra de la siguiente manera:

*“Pienso que me subestiman, y me subestiman de tal forma que se toman la libertad de decirme como quieren, en particular esa palabra.”*

De nueva cuenta hace referencia a la sensación de debilidad, para él, negativa y contraproducente, pues lo pone en una posición vulnerable en la que el otro, al saberse hombre, considera que tiene el derecho de desaprobado cualquier actitud no masculina desde el modelo hegemónico. Ese es el motivo principal por el cual considera la palabra “príncese” ofensiva para su personal, no es por la vinculación que él hace de aspectos femeninos y masculinos. Además de que según esta acepción, ya no tiene nada que ver con el significado original que se le quiso dar en las redes sociales (una parodia o una forma de reivindicar el sentir varonil), sino con actitudes y características que ridiculizan al varón, y que por ese motivo, la palabra podría ser un sinónimo de cualquier adjetivo despectivo vinculado con todo lo que no entra en el modelo hegemónico de masculinidad.

Martín, por otro lado, no considera esta palabra un insulto, sino que la agresión dependerá de quién lo diga y con qué intención:

*“El tipo es... el tipo se cree todo un príncipe encantador, así se siente todo hermoso, entonces, ¿cómo se atreve a decirme eso a mí? Cuando él ni siquiera se ha visto en el espejo yo creo.”*

*“Yo digo que con él aplica sólo por el hecho de que es un cínico, por eso. Yo creo que si viera a otro hombre como él, que tuviera las mismas actitudes que él... es que hasta eso el tipo no está feo, se viste bien y todo el rollo, la verdad. Si yo viera otra persona con las mismas características pero no con la misma actitud, yo tendría una opinión totalmente diferente, diría: oye se ve muy bien, mira qué hermoso es.”*

Así que, para Martín esta palabra está más relacionada con una actitud en la que se busca someter al otro, por medio de burlas:

*“Es una actitud de creído, prepotente, sobre todo porque son personas que no conozco, no puedo aceptar eso porque ni siquiera me llevo con ellos. Si fueran mis amigos no habría ningún problema.”*

En este aspecto, la relación con sus amigos, aunque podría tener una connotación violenta, es algo que Martín puede tolerar, pues es una relación de amistad a la que ya está acostumbrado sobre todo con amigos varones:

*“Sólo es el llevarse ya. Es como si le dijera a Luis que es un negro, un esclavo, y me puedo escuchar lo más racista que se pueda, pero es así como me llevo con él. No es que yo diga que todos los negros son esclavos ¿verdad? O que todos los negros roban, sólo es porque yo me llevo con él, y ya ves que él me las devuelve bien chido: Petit boy, princeso, huevolas... y demás adjetivos que me ha puesto.”*

Entonces, para Martín la violencia verbal ha venido de otros hombres que son desconocidos, que al tener ningún vínculo de amistad con ellos, eso hace que se convierta en una agresión real para él, mientras que en la dinámica de la relación con sus amigos, aunque los adjetivos sean similares, el significado para Martín es distinto, pues son relaciones de confianza.

Podría suponerse que sus relaciones con los varones, al no tener la intimidad que caracteriza su relación con las mujeres, se vuelven una especie de convivencia en donde la agresión es el factor común de la amistad. Esto posiblemente se vincula con la relación entre iguales, en donde los amigos nuevamente son los que sirven como apoyo, pero también vigilan el comportamiento varonil, una práctica dirigida a establecer las normas de la masculinidad en donde quien no la demuestre, tiende a ser considerado homosexual, afeminado, o simplemente poco varonil (Badinter, 1993).

Sin embargo, a pesar de estas situaciones que ha vivido, Martín percibe que en general hay una aceptación de su persona:

*“Sí, yo pienso que sí. Porque si no me aceptaran yo creo que ni se acercarían a hablar conmigo, no se tomarían la molestia de iniciar una conversación.”*

Este fragmento puede ilustrar que a pesar de las creencias que aún existen en la sociedad respecto a la forma en cómo debería ser un hombre, qué es lo que debería hacer y cómo debería comportarse, hay por lo menos una tolerancia al respetar las ideas y deseos de Martín. Sin embargo, a lo largo de todo el análisis la aceptación viene en mayor medida por parte de las mujeres, cuestión que se debe principalmente a que prefiere hablarlo casi con exclusividad con ellas, y no tiene pruebas o por lo menos no ha intentado entablar una comunicación o diálogo al respecto con otros varones, sólo por el miedo al rechazo y a la burla, pero hasta la fecha, entre sus amigos, eso no se ha presentado.



El siguiente eje de análisis corresponde a la indagación de los efectos de la construcción de su masculinidad que han repercutido en su vida, tanto positivos como negativos.

### **Identificación de efectos positivos o negativos relacionados con la construcción de su identidad**

En la construcción de la identidad masculina de Martín, se han encontrado elementos tales como la violencia por parte de su padre, o la constante convivencia con mujeres, cuya presencia ha influido en su propia visión del mundo y del significado que le da a su particular manera de ser y estar actualmente.

Estos elementos como antecedentes, permiten en gran medida comprender quién es Martín hoy. Otros elementos que influyen en la actualidad, ya se han revisado en el eje de análisis anterior, al abordar el tipo de violencia al que Martín se ha visto expuesto desde que ha comenzado a construir una masculinidad en donde vincula elementos tanto femeninos como masculinos.

A este eje de análisis corresponde la revisión de otros elementos que han tenido un efecto ya sea positivo o negativo para Martín. En primera instancia se encontró que un efecto en su construcción ha sido la decisión propia de alejarse del modelo de hombre que su padre representaba:

*“Más bien yo pensaba en todo lo que no tenía que hacer como hombre. Prácticamente me enfocaba en todo el modelo de mi papá; yo siempre lo veía como alguien que no tenía trabajo estable, que no quería trabajar, lo veía en la casa sin hacer nada. Además de hacérselas como el mandón de la casa, yo me decía: yo no tengo por qué hacer eso”.*

*“Pues que el hecho de que me aleje no quiere decir que no tenga ciertas actitudes o conductas que no me gustan. Y el no hacer es que yo siempre estoy consciente de las cosas que no debo de hacer, pero de alejarme es tomar otro camino, pero hay cosas de las que no estoy consciente de las que estoy mal.*

*“Yo me di cuenta de que había cosas que yo no debía ser, y desde que mi mamá me contó que mi papá era un celoso y un posesivo, y todo eso. Yo me hice la idea de que yo no tenía por qué alejar a nadie de las cosas que tenía que hacer ni privarla de su voluntad. Como en el caso de mi mamá y mi papá. Atándola a su vida (de él). Es así como yo lo veo.”*

*“Y esto del tipo de relación que mis papás tenían antes de que yo naciera, se me quedó muy marcado a la hora en que me lo contó, yo traté de no aplicar eso al primer noviazgo que tuve, y siempre he tratado de mantener una actitud abierta a decir” haz lo que tú quieras”, nada más dime y ya, no voy a ponerme celoso por cualquier cosa. Si voy a poner celoso es por algo serio no por cosas sin sentido. No voy a tratar de aprehender a la otra persona”*

Martín en su construcción identitaria como varón en una relación de pareja, usa como guía lo que no tiene que hacer, para evitar lo que sus padres vivieron. Además, ha rechazado en la actualidad, algunas enseñanzas basadas en la propia experiencia de su padre por considerarlas inválidas en su propia construcción de la realidad:

*“Me dijo que la vida es muy difícil. Eso yo ahorita lo rechazo, antes lo aceptaba, me hacía a la idea de que la vida es difícil, tienes que trabajar, tienes que hacer cosas para que tu vida sea mejor. Y ahorita yo veo eso de una forma exagerada, porque no todo lo que te vas encontrar aquí o en otros lados va ser necesariamente malo.”*

Y aunque lo hace en la mayoría de las ocasiones con mujeres, considera que puede expresar libremente sus emociones:

*“Yo puedo decir cómo me siento abiertamente y que las otras personas respeten eso. Y en el caso de que yo me sienta mal, pues las otras personas puedan darme su ayuda, en eso yo no tengo problemas”*

Manifestando además, la oposición que mantiene respecto a una de las creencias centrales de la masculinidad hegemónica, en la que los hombres tienen cualidades superiores a las mujeres por el simple hecho de nacer varones:

*“Pues el hecho de sentirme superior porque soy hombre pues me parece muy ridículo, todo ese tipo de pensamientos los rechazo.”*

También ha desarrollado empatía en la construcción de su masculinidad respecto a la forma de sentir y pensar de las mujeres en un contexto que él considera adverso y machista, no obstante, en ocasiones no se siente capaz de ofrecerles un verdadero apoyo pues no comprende del todo la situación:

*“Además de todo lo estético me gustaría saber qué es lo que viven ellas con todas las situaciones que yo llegué a ver. O sea, a veces con todas las cosas que luego pasan, sobre abusos y acosos, tal vez me arrepienta de decir esto si es que me pasa, pero sí me gustaría saber qué es lo que pasa por ellas, qué es lo que piensan ellas...”*

*“Yo lo más que puedo hacer es intentar comprenderlas, pero yo pienso que no puedo dar un apoyo como tal y eso me hace sentir un poquito de impotencia”*

*“Si, la tengo, porque eso me ayudó a ser más considerado con las demás personas, me llevó a ser más empático. O el simple hecho de no tener nada en contra de otra persona, claro, que previamente no me hayan atacado, como Gael.”*

Además, ha generado una admiración hacia las mujeres que están presentes en su vida, pues en ellas ve fortaleza y determinación, cualidades que a él le gustaría tener, y que al sentir apoyo ahora siente más confianza en quién es y quién quiere llegar a ser:

*“Es que las amigas que yo tengo son personas que no se dejan. Más bien pienso que siguen sus objetivos y saben muy bien lo que hacen. Tomo mucho en cuenta eso porque es algo que no tengo en mí, carezco de un objetivo como tal, y eso lo noto mucho en esas personas que yo conozco.”*

*“Porque no fue revelador, ya lo sabía, pero eso fue un apoyo, un recordatorio. Que lo que me dijeron fue un “recuerda esto, tú eres así y nadie tiene por qué decirte algo”, después de eso, después de lo que me contaron, Paola y Sarai, en ese aspecto, de que no me sienta mal por esto que elegí, evitar que se derrumbe fácilmente; agarrar cierta solidez.”*

En contraste, en su discurso, Martín relata algunas limitantes que podrían ser consideradas como algunos efectos negativos debidos a la construcción de su identidad ya que la mayoría de deseos y de intereses personales no los puede manifestar abiertamente en la relación con sus amigos varones por el miedo a sentirse juzgado, y a las posibles burlas e insultos que sus compañeros pudiesen proferirle:

*“Es que este tipo de temas no los trato con hombres, no puedo, me cuesta más trabajo. Yo, sin embargo a una mujer le puedo contar de esto fácilmente.”*

Y observamos el miedo a mostrarse débil con otros hombres, y que por consiguiente, deba estar constantemente a la defensiva en ese aspecto:

*“Si, bueno no... bueno, estoy pensando, no siempre. Porque cuando iba a la secundaria, permití que las personas, o más bien los niños varones, se burlaran de mí y que pudieran decir cualquier cosa sobre mí. Y ahora si alguien intenta aprovecharse pues no lo voy a permitir. Yo lo veo en medida de cuánto tú lo permitas.”*

Sin embargo, para Martín, lo que más le ha costado es recuperarse y volver a ser la misma persona que era de niño. El sentirse incapaz de mostrar

nuevamente esa misma fortaleza lo ha llevado a tomar una serie de actitudes respecto a él mismo, y a la vida, pues considera que no tiene lo necesario o no sabe cómo desarrollar ese potencial:

*“Pero por lo general cuando una chica me gusta soy tímido, me da miedo hablarle, acercarme, simplemente hacerle la plática. Es mucho miedo al cambio. Pensar que el cambio es malo, o ver que es algo imposible de hacer, siempre me he mentalizado en eso...”*

*“Que tengo pocos recursos para cambiar, y prefiero no hacer nada.”*

*“A veces pienso que necesito que alguien me esté diciendo lo que tengo que hacer, es decir, alguien que me diga: haz esto, ¡pero hazlo, hazlo ya!; alguien que me esté arriando literalmente. Porque sí sé qué es lo que tengo que hacer, pero no lo hago, por indiferencia, apatía...”*

*“Es que eso lo relaciono mucho con la actitud que tenía de niño, es decir, el decidir a hacer las cosas, el simple hecho de tener la voluntad que creo que es lo que me falta ahorita de hacer lo que de niño podía ser, que podía hacerlo simplemente pensando que iba a haber algo mejor. Y ahorita aunque piense eso me cuesta trabajo, por la apatía, me cuesta trabajo salirme de esa línea. Pienso que esa parte no la he podido demostrar, pero sí la tengo.”*

No podría asegurarse que el miedo al cambio, la indecisión para tomar iniciativas sobre sus proyectos o la falta de seguridad en las habilidades que posee, se deban específicamente a su construcción identitaria. Sin embargo, a lo largo de su discurso, Martín ha manifestado su preocupación de que otros hombres lo desacrediten, y que no de la talla, no como hombre, sino como persona que busca superarse constantemente, y se siente inseguro de las decisiones que toma al respecto, por lo que considera necesario que alguien más le proporcione guía, apoyo y seguridad para poder realizar todo lo que desea.

De acuerdo con el modelo hegemónico, los hombres necesariamente deben de demostrar fortaleza. Seidler (2000), comenta que el estereotipo tradicional no permite que los hombres admitan abiertamente su vulnerabilidad, miedo, inseguridad, y demás sensaciones que se experimentan a diario, y que en ocasiones son ignoradas por los mismos hombres al no saber qué hacer con ello. Posiblemente, como Martín no habla con otros hombres respecto a este tema, crea que sólo son dudas y problemas que sólo a él le ocurren porque aparentemente los demás varones hacen lo que tienen que hacer, y desde su perspectiva, Martín no lo está haciendo.

A pesar de ello, Martín tiene esperanza y planes a futuro sobre quién quiere ser, en el siguiente eje de análisis, se describe qué es lo que a futuro desea para sí mismo.

### **Expectativas y metas a futuro de acuerdo a su sistema de creencias**

Tradicionalmente, se espera que un hombre destaque en el ámbito público, con logros profesionales, económicos, sexuales o de conquistas amorosas, ser un buen proveedor familiar y destacar bajo una idea de dominio y control sobre otros y sobre sí mismo (Callirgos, 2003).

En este apartado, Martín señala qué es lo que ha pensado para sí mismo, de acuerdo a lo que ha vivido y lo que considera importante en su vida. A corto plazo él contempla lo académico:

*“Académicamente, poder superarme en la escuela. Sentimentalmente no, ya no, bueno... sí. No, es que, ahorita como no estoy en plan de tener nada serio, como que no lo tomo mucho en cuenta”*

Debido a los problemas que se generaron con Ana, en este momento no desea establecer una relación amorosa, aunque sea algo importante en su vida, así que prefiere primero dedicar tiempo a sí mismo y a lo que desea hacer para cuando llegue la persona adecuada pueda darle lo que necesita, ya que él se considera una persona servicial:

*“Aunque en todo ese rollo de las relaciones siempre he tendido a ser muy servicial, tratar de dar todo lo que pueda a la otra persona, dejarle todo su alcance, siempre, siempre, siempre. Pero yo veo que esa actitud servicial ha sido un poco excesiva de mi parte y luego lo hago con tal de esperar que la otra persona se dé cuenta de ello y que al menos me devuelva una parte de lo que yo estoy haciendo”*

Ese es uno de los principales motivos por los que en este momento desea dejar de lado las relaciones de pareja, pues además de esa actitud, considera que no se siente en un momento adecuado para iniciar un noviazgo con otra chica. Por ello ahora desea enfocarse en el plano académico. A largo plazo Martín señala:

*“Tener una Maestría. Poder al menos tener una Maestría que me permita ser un investigador. Me gustaría hasta cierto punto conservar el aspecto que tengo ahorita, ya sé que hace que los años no pasan en balde, pero conservarlo lo más*

*que pueda. Me gustaría ser investigador en topología aplicada y además poder aprender música, aprender música bien; bueno, si hubiera podido yo hubiera estudiado música desde los 15 años, pero bueno ya... por lo menos me gustaría aprender a tocar el piano. No tener hijos, a lo mejor tener pareja. Bueno todavía no me decido si tener hijos o no, es que tener hijos es un gasto muy grande y todo lo quiero para mí, además ya somos muchos humanos, entonces no, estoy contemplando la posibilidad de que no. Y de que yo pueda sacar mi frustración de no haber viajado de niño, de adolescente, a esta edad, poder ganar lo suficiente para poder explorar el mundo, tal vez con mi pareja.”*

En la actualidad, algunos jóvenes, tanto mujeres como hombres, comienzan a postergar el matrimonio y el convertirse en padres, debido a diversos motivos; entre ellos se destaca la prioridad a la autorrealización profesional e individual, antes que formar una familia. Aunado a la crisis económica y ambiental, este tipo de proyectos que antes estaban contemplados en la mayoría de los jóvenes de edad universitaria como proyecto de vida, al parecer poco a poco se van volviendo en logros opcionales o secundarios, e incluso se evitan debido a la búsqueda de nuevas formas de vida. Martín se desarrolló en un sector económico bajo, en donde el trabajo y el formar una familia es para algunos jóvenes una meta en la que incluso su valor como varones aumenta, pues tienen la capacidad de mantener una familia (Charry & Torres, 2005). Sin embargo, posiblemente el estudio y la convivencia con personas que lo alentaron a seguir su carrera universitaria permitieron que elaborara un proyecto en donde no incluye elementos como la familia y los hijos, que normalmente se espera en los jóvenes de ambos sexos a partir de la segunda mitad de los veinte años.

Por otra parte, a Martín le gustaría seguir siendo quien es, superando esas dificultades sobre miedo e indecisión que en este momento le afectan:

*“Yo creo que sí, nada más quitando los aspectos negativos que no me gustan, y me gustaría seguir manteniendo la humildad cuando yo tenga todo eso que deseo. No sentirme más ante las demás personas sólo por el grado de conocimientos que yo tenga.”*

Y refiere un aspecto espiritual que considera relevante en su vida

*“Me gustaría poder encontrar más señales, si, simbologías, metáforas, con ciertas personas que me den alguna pista de qué es lo que soy capaz de hacer, que me ayuden, de mantenerme consiente hacia dónde voy y que sí puedo cambiar de rumbo o qué me convendría hacer”*

Este aspecto está relacionado con el grupo de amigos con los que Martín comparte una creencia, aunque para él aun no muy bien definida, sobre algo más

allá del plano físico, una perspectiva trascendental que se vincula con otras realidades:

*“La Manada son un grupo de personas que en ellos encontré la aceptación que yo necesitaba en un grupo. Pero no sólo eso, sino que yo de ahí aprendí... bueno, primero, de ahí me deslindé de mi creencia cristiana, y también en otra forma de ver a las personas, como que tienen una esencia, algo que los caracteriza pero no sé cómo decirlo, yo no estoy hablando de algo físico, sino que yo me refiero a que ellos vienen de algún lugar que no está aquí, quiero pensar que es otro mundo. Yo lo relaciono mucho con el hecho de que las personas pueden ser de distintas razas en otro lugar. Trato de relacionarlo a la fantasía que yo tengo.”*

*“Hay un aspecto de mí que me hace pensar mucho que existe un mundo tipo Tolkieniano. Este... sí, un mundo parecido, y esto fue muy influido por el Power Metal, hay muchas canciones que me hacen imaginar que yo estoy un mundo de fantasía, y pienso mucho en eso, es una de las cosas que más me gusta hacer.”*

Es por eso que Martín considera a este grupo de amigos, quienes le han aportado conocimientos nuevos y apoyo para poder configurar una visión del mundo que se relaciona con cuestiones más espirituales de crecimiento. Y así como este grupo denominado Manada le ha ayudado, a él le gustaría poder hacer lo mismo por ellos:

*“Asimismo me gustaría ser un apoyo para mis amigos.”*

*“Es que a veces siento que no los he ayudado mucho, para mí es importante... porque así puedo demostrarles que soy capaz de lograr algo y que no solamente mi ayuda se quede en palabras.”*

Finalmente, Martín concluye su relato autoafirmándose respecto a que tiene todas las capacidades necesarias para salir adelante, y descubrir quién es:

*“A veces lo pienso como el simple hecho de tomar ese poder, así lo veo. Es así como si tomaras algún arma, alguna espada, una armadura y es lo único que necesito para hacer todo lo que me proponga, eso es lo que me gustaría llegar a hacer. Que esa decisión ya haya sido tomada y que solamente ya estén reflejadas en ese tiempo las consecuencias, y al mismo tiempo tratar de tener más acercamientos con la pregunta de quién soy a la par, para ese tiempo estar más consciente de más cosas de las que apoyarme para contestar esa pregunta”*

Usando como referencia sus creencias sobre mundos mágicos y batallas épicas, pareciera que Martín se ve a sí mismo como un guerrero que debe luchar contra sus propias limitaciones.

Y hace referencia a “decisiones que ya han sido tomadas” en relación con la idea de que para él, el destino sí existe, y que simplemente las personas caminan un camino que ya está trazado, de cierta forma, pero no descarta la idea de que hay quienes puedan cambiar ese destino.

*“Hay personas que tienden a tener cierto tipo de destino, que hay personas que ya tienen un camino marcado para siempre y hay quienes pueden elegir entre qué camino estar. Porque eso también lo relaciono mucho con que yo creo en la reencarnación, y pienso que hay quienes siguen una línea”*

### **¿Quién es Martín desde su propia Mirada?**

En esta conversación, Martín hace una descripción de sí mismo con sus propias palabras. Estos fragmentos ilustran de mejor manera quién considera Martín que es hasta el día de hoy, y gracias a todo el recorrido y análisis hecho de su discurso, puede comprenderse mejor cómo se construye como varón y como persona en el mundo:

*“Mido 1.75 metros, cabello largo (lacio y a media espalda), de color castaño oscuro, ojos de color café oscuro y piel blanca.*

*Soy una persona paciente (también pasiva hasta cierto punto), trato de evitar discusiones o enfrentamientos innecesarios. Trato de ver siempre los distintos puntos de vista en cuanto a un problema (claro entre dos personas o situaciones contrarias entre sí). Me agrada mucho comprender "las dos caras de la moneda". Soy muy prudente, evito por mucho actuar por impulsos, salvo situaciones especiales. Temo mucho que las cosas se salgan de control o que pase algo malo. Me gusta ser amable con las personas que recién conozco, pero, requiero algo de confianza para revelar todo aquello que es importante para mí.*

*Yo soy una persona sencilla, no a tal grado de ser mediocre, pero tampoco para caer en la vanidad de forma exagerada o perdiendo tiempo en detalles innecesarios. Soy humilde y noble con quienes lo merecen. Me gusta llamar la atención algunas veces, usando lo bueno de mí físicamente. Me gusta mucho tener los rasgos físicos para ser un andrógino.*



*Además, siento que me ven como una persona muy pasiva, muy tranquila, que no tiene ningún problema en decir cualquier situación mala o muy personal sin rodeos. Lo que sí me he llegado a pasar es que si me cuentan cosas muy personales, yo pienso que ven como una persona con la que es fácil entablar una amistad.”*

### **¿Quién es Martín desde la mirada de la investigadora?**

Martín es un joven a quien conocí de una forma peculiar entre otros amigos cuando visitábamos con frecuencia el “Tianguis Cultural El Chopo” hace ya más de tres años.

Él es un chico que no se adscribe a una subcultura en particular, sin embargo, dentro de su vestimenta, gustos y prácticas, se encuentran diversas influencias. Principalmente de la cultura metalhead, conocida en México simplemente como “metaleros”, cuyo interés está enfocado en gran medida en la música que suele denominarse extrema, para Martín su subgénero favorito es Power Metal. Tiene cierta predilección por la subcultura gótica, sobre todo por la vestimenta que se relaciona con modelos y representantes andróginos; además de ello, también hay en él influencias de estilos que se enfocan en la cultura folk o viking, en donde se busca rescatar costumbres, simbolismos y religiones principalmente europeas, antes de la llegada de los cristianos.

Es una persona discreta, es fácil entablar una conversación con él, pues siempre mantiene una actitud abierta a dialogar con otras personas, aunque es muy evidente su incomodidad en presencia de hombres que comienzan a hablar en doble sentido o cuando nota que su actitud es prepotente.

El no oculta su sentir cuando algo le molesta, le entristece o le produce alegría. En ese aspecto es muy abierto, y mantiene esa misma actitud con sus amigos, seamos hombres o mujeres, por eso, desde mi perspectiva, le percibo como alguien honesto.

Conociéndolo mejor, Martín es alguien con mucho potencial. Simplemente él no confía plenamente en sus propias capacidades, pero se permite a sí mismo rendirse cuando algo que está haciendo no resultó de la manera que deseaba. Por esa razón, considero que es una persona perseverante, especialmente en su carrera en las matemáticas, que le han costado bastante desde que ingresó; no desiste porque quiere demostrarse que tiene la capacidad de poder con eso y más.

Por último, Martín es alguien con quien se puede generar una confianza que va más allá de su género, la relación de amistad con él permite hablar de temas que por costumbre, a un hombre no se le podrían comentar, porque tal vez no lo comprendería o simplemente por vergüenza. Con él es todo lo contrario y eso transforma sus relaciones de amistad haciéndolas diversas y enriquecedoras.

## 7. CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo general de esta investigación, “Explorar los procesos de construcción de una identidad masculina alternativa, el discurso y la práctica social en torno al género de un joven universitario”, una vez realizado el análisis, puede considerarse que se ha cumplido, ya que fue realizado con un joven universitario que correspondía con los criterios establecidos según el método, así que se le consideró como el participante adecuado para llevar a cabo este trabajo.

Dichas características incluían que el participante fuera un joven varón que manifestara rechazo al modelo de masculinidad hegemónica, y en cambio, que en su manera de ser y estar en su contexto particular, eso implicara un alejamiento de las prácticas que se relacionan con este modelo. Por lo que a partir de este dato fundamental, se procedió a realizar una entrevista en una modalidad conversacional que permitiera así la comprensión de sus sistemas de significados, y para ello, este objetivo general se dividió en seis objetivos particulares, que serán abordados de manera individual a continuación.

**Explorar los elementos que conforman la construcción de significados en torno a su masculinidad alternativa en sus diferentes contextos: familia, amigos, etcétera.**

De acuerdo a lo que Martín mencionó en su relato, en la construcción que hace de su identidad masculina, se encuentra que uno de los elementos que influye en la misma es su constante vigilancia de ser y hacer las cosas diferentes a cómo las hacía su padre desde que él era niño, sobre todo en lo que respecta a la relación de pareja. Así que toma como ejemplo a su madre, quien tuvo que dejar de hacer cosas por sí misma, debido a la prohibición de su padre a que ella trabajara. Martín en las relaciones de pareja, considera que la otra persona tiene completa libertad sobre su vida y decisiones.

Hace una crítica a todas aquellas prácticas que realizan con cotidianidad algunos de los hombres que han sido cercanos a él. En su relato menciona cómo la convivencia en su trabajo con otros hombres en un almacén, lo llevó a descubrir algunas prácticas que realizaban sus compañeros, tales como el acoso verbal a mujeres en la calle y la ingesta alcohólica como una forma varonil de convivencia. En su contexto, el que un hombre invitara a otro a realizar estas prácticas y este

se negara, implicaba una duda sobre si se estaba actuando como hombre y una reprobación en su círculo de amistad.

Para Martín la incomodidad de realizar ciertas prácticas, como el acoso callejero, le recordaba a lo que le había sucedido a su madre, este hecho lo llevó a realizar una vinculación negativa sobre esta práctica, permitiendo incluso que pensara en lo que sentirían las mujeres cuando eso sucedía, por lo que decidió no seguir la misma práctica.

Por lo cual, ha desarrollado empatía y sensibilidad respecto al saber o tratar de entender el sentir de las mujeres de su comunidad y contexto. Pues desde lo que él ha visto o vivido, existen grandes obstáculos para el desarrollo y la libertad de las mujeres. Además de ello, manifiesta deseos por adquirir esas cualidades que él considera propias del género femenino. Es por eso que Martín, al expresar actitudes que son su contexto tradicionalmente femeninas, la sensibilidad emocional y para hablar de ciertos temas, la empatía y el demostrar emociones de manera abierta, se aleja de una masculinidad tradicional.

Esto contrasta con lo que la configuración identitaria de género masculino hegemónico estipula, en este caso la masculinidad de Martín no se representa por alejarse de cualidades femeninas, más aún, lo que Chodorow (1986, citado en Lomas, 2006) y Badinter (1996), suponen como la brecha que los varones necesitan cruzar para diferenciarse de todas las características femeninas, no está presente.

No obstante, si hay un elemento que indica la separación con el género femenino, esta diferenciación puede notarse más en la expresión física y estética del género. Martín tiene preferencia por una apariencia andrógina, el ideal a alcanzar para él, es poder representar, en primera instancia, características físicas femeninas y masculinas. Sin embargo, desea que no se le confunda por completo con una mujer, es decir, quiere que su aspecto masculino prevalezca sobre el femenino ya que, anatómicamente hablando, eso es lo que él es, según sus palabras.

El conocimiento y primer contacto con esta práctica y expresión de género denominada androginia, fue por dos personas significativas en su entorno. Gracias a ellas, pudo definir lo que de niño (al estar en contacto con expresiones de género que podrían considerarse no binarias, como es el caso de "Ranma ½") habían surgido como dudas o inquietudes que no habían sido resueltas.

Y en la actualidad, lleva a cabo esta práctica frecuentando lugares y personas con gustos similares, especialmente hombres, que en su expresión corporal, comportamental y de vestido, hacen una combinación de ambos

géneros. Esto está en concordancia con los postulados de Wenger (2001) respecto a las comunidades de práctica, pues Martín por medio de sus amigos más cercanos en ese momento, conoce un mundo en el que de manera progresiva ha ido acercándose hasta encontrar aspectos con los que él se identifica y configura dentro de su identidad para posteriormente formar parte de esa comunidad.

En cuanto al tema de las relaciones sexuales, desde el discurso del estereotipo hegemónico masculino, en el que el número de encuentros es más importante que la calidad de los mismos (Callirgos, 2003), es opuesto a lo que Martín menciona, pues construye un significado en el cual considera que nunca hay que dejarse llevar por los impulsos sexuales, siempre debe de haber (para él), una confianza mutua. El sexo ocasional no permite generar un vínculo emocional con la otra persona, pues para él las relaciones sexuales deben estar sustentadas en la confianza y no en el mero acto del placer.

Estas actitudes, lo han llevado a tener una cercanía más íntima con mujeres que con hombres. A este respecto, Martín señala su incapacidad de poder mostrar abiertamente quién es, quién quiere ser y lo que le gusta, con la mayoría de hombres que conviven en su entorno (amigos y familia). Persiste, conforme a su experiencia, la creencia de que debido a cómo él desea ser visto, sea considerado por otros hombres en general, como débil.

Él no considera que la debilidad esté relacionada con las mujeres, puesto que en diversas ocasiones menciona su admiración debido a su fortaleza. Este miedo a que se le señale como débil es por la tendencia de algunos hombres a vigilar y castigar, ya sea por medio de burlas o agresiones, a aquellos hombres que no siguen un patrón específico para la masculinidad.

Es por eso que Martín sigue un “bajo perfil” con los hombres, además de que le resulta muy difícil externar pensamientos e intereses propios del género con ellos. En este sentido, en el significado que lo confiere a la construcción de su masculinidad, la fortaleza sigue siendo uno de sus pilares; no bajar la guardia con otros hombres, especialmente si estos no tienen ningún lazo cercano de amistad o camaradería con Martín.

Esta fortaleza, que para los hombres, en el modelo hegemónico, debe verse reflejada tanto física, como emocional y actitudinalmente, es valorada por Martín posiblemente como reflejo de experiencias propias en su entorno, que socialmente hablando, debido a las condiciones económicas de su contexto, es tendencia social valorar aspectos físicos que denoten fortaleza (para el trabajo) (Stern, Fuentes-Zurita, Lozano-Treviño & Reysoo (2003), no mostrar sentimientos que los

hagan parecer débiles (Lomas, 2003; Kipnis, 1993) en especial con otros hombres.

La segregación, la burla, el rechazo, es algo con lo que no va a lidiar nuevamente, y aunque no comulga con las creencias respecto al género, como la supremacía del hombre sobre la mujer, o el que los hombres deban de diferenciarse y alejarse totalmente de lo femenino para evitar que su masculinidad sea cuestionada, sabe que no todos piensan como él, y prefiere guardar distancia, antes que evitar confrontaciones.

### **Identificar los factores que le llevaron a alejarse de la masculinidad hegemónica y construir una masculinidad alternativa**

Gracias al relato que Martín realizó en la entrevista, pudo identificarse qué elementos han influido e intervenido para que en la actualidad haya construido su particular masculinidad.

En su relato, puede encontrarse que uno de los elementos centrales, y como antecedente, por los cuales decidió encaminar su construcción de identidad tomando en consideración otras alternativas al modelo tradicional propio de su contexto sociocultural, fue cuando se encuentra en un periodo de transición, entre la niñez y la juventud. Periodo en el que descubrió que lo que sucedía en su casa, con su madre y su padre era violencia.

Como consecuencia, Martín además de generar sentimientos de odio y rechazo a su padre, toma la decisión de no ser como él, es decir, en cuanto a actitudes y prácticas, él comprendió que lo que su padre hacía, lo dañaba a él y a su familia, y que además eso generó miedo y ansiedad ante su presencia, le afectaba ver a su madre llorar por las peleas entre ellos.

Darse cuenta de que debido a la violencia que su padre ejercía sobre su madre, el control y las restricciones hacia ella que posiblemente provocaron que dejara su vida personal y quizá profesional, fue algo que para Martín hasta el día de hoy le parece reprobable. Estos elementos en su familia nuclear le llevaron a decidir qué era lo que no debía hacer, fijando así un camino que lo llevaría hasta lo que es él como hombre en la actualidad.

Quizá sea gracias a la presencia de un padre violento, que para Martín la presencia de más mujeres que varones en su vida sea relevante. Para él, el hecho de saberse rodeado por mujeres desde la infancia, permitió que considerara a las

mujeres más sensibles y “cálidas” (sic). Poniendo este aspecto en contraste con el trato que recibía por parte de su padre, hizo que tuviera un acercamiento mayor hacia su madre y posteriormente hacia otras mujeres, como menciona en su relato, en profesoras de su escuela, observando estas cualidades que ahora el desea asumir.

Por otro lado, su experiencia a nivel escolar, en la convivencia con sus compañeros de secundaria, sigue siendo trascendental a la hora de comprender por qué Martín se ha alejado de un modelo hegemónico en gran medida. Cabe recordar cómo se le trata a los varones que parecen no seguir las normas de género establecidas, tal como lo señalan algunos autores como Badinter (1993) o Calligos (2003). Debido a que Martín quizá desconocía la dinámica entre jóvenes varones a esa edad, decidió hacer algo que le costó más de tres años escolares superar: recibió un fuerte castigo por no comportarse de la manera en la que “debió” haberse comportado, y asimismo, él se lo continúa reprochando.

En el contexto escolar en donde Martín se desarrolló, el hecho de mostrar sentimientos que puedan sugerir vulnerabilidad, generaron un rechazo y burla. Calligos (2003) sugiere que estos jóvenes en realidad no son rechazados, sino que son incluidos dentro de la comunidad para servir de ejemplo y lección: “esto les pasa a los que no se comportan como un varón debe comportarse”. Sin embargo, en el caso de Martín fue una segregación importante por parte de sus congéneres ya que nunca perteneció al círculo de amistad que le agredía. Sólo logró una amistad significativa con un joven de su edad en ese tiempo.

Ya que en esa etapa de su vida no pudo defenderse, tal como lo hacía en la primaria, Martín considera que fue débil, que fue un cobarde, según el modelo de masculinidad que hasta entonces conocía, le comunicaba que debía ser fuerte y defenderse, de lo contrario todos aprovecharían su falta de fortaleza. Es por eso que para Martín la debilidad es indeseable, él considera que mostrarse débil representará una oportunidad para que otros hombres lo lastimen, se burlen de él.

La percepción de la pérdida de poder que Martín experimentó, fue un hecho trascendental en su vida. Desde la infancia, el valor que se daba a sí mismo, y la construcción de su identidad como niño, se fundamentaba en el éxito escolar. Como relación de poder, él significó el desempeño escolar de manera que podía “imponerse” (sic) ante los demás. Sin importar el sexo del alumno, Martín se encontraba en una posición en donde consideraba que tenía que estar por encima de todos ellos.

Debido a que todo eso cambió en la adolescencia, al no tener un referente masculino que le ayudara, dada la experiencia con su padre, que representaba un

modelo coercitivo, violento y lejano; las condiciones en las que su familia vivía y la falta de confianza hacia ambos progenitores, entonces opta por el aislamiento al saberse vulnerable, al expresar su sentir y no encontrar apoyo sino burlas a su estado anímico, y en el autoreproche de “no ser capaz” de defenderse ante las acusaciones de sus compañeros varones.

La exclusión hizo posible un cambio en la percepción de su persona, sobre la construcción de su identidad y el cómo veía a otros chicos de su edad. Desde entonces, a través de su relato, se ilustra que han sido pocas las amistades masculinas que han logrado tener un cierto nivel de intimidad y con las que podido participar en actividades similares.

En las prácticas en las que se ha encontrado Martín con otros varones, destaca la forma en cómo sus compañeros utilizaban el acoso callejero como forma de autovalidación tanto personal como grupal (pues así afirmaban su heterosexualidad y masculinidad para sí mismos y el mismo grupo). Salguero (2014) ha señalado este aspecto al referirse a las prácticas entre jóvenes varones con la frase “Yo te digo que tú eres hombre si tú me dices que yo también soy hombre” (Op cit. p. 13).

No obstante esto no sucedió con Martín, es decir, se vio obligado a reproducirlas en cierto momento, pero eso no implicó que el significara este hecho como una validación de su masculinidad a pesar de que tuviera la aprobación de su grupo de compañeros. Muy al contrario, generó incomodidad y repudio a esta conducta. Este hecho remonta a otro suceso de la infancia en la que él es testigo del acoso hacia su madre, el cual significó para él una agresión cuyo impacto fue mayor quizá por el lazo afectivo. Es por eso que no se identificó con estas prácticas ni fue parte de ellas de manera voluntaria.

Gracias a estos elementos, Martín ha logrado divergir de los modelos de masculinidad que se le fueron presentando a lo largo de su vida hasta el día de hoy, que convive con un sinfín de mujeres y hombres que le permiten reflexionar sobre quién es él como hombre. Sin embargo esta divergencia ha sido desde la oposición, desde el “no ser” cómo sus amigos, como su padre, como aquellos hombres que “por ser hombres se sienten más” (sic). Su identidad masculina empezó siendo construida desde una oposición no hacia lo femenino, sino hacia lo masculino.



## **Identificar sus sistemas de creencias y sus efectos en relación con el género femenino y el masculino**

Así pues, Martín tiene dos sistemas de creencias centrales respecto a lo masculino y lo femenino. Empezando por el género masculino, para Martín, la masculinidad hegemónica está representada por la violencia, la coerción de la pareja, la búsqueda del control y el dominio de los demás, un alejamiento emocional y el acoso hacia las mujeres.

En su entorno, Martín ve a otros varones como amigos con los que debe de mostrar una actitud de camaradería en la que no se impliquen temas que vayan más allá de una charla casual, y en cierta medida una actitud defensiva por el miedo a ser juzgado (al mostrar características que sean consideradas no masculinas, como algunas emociones), pero también ha encontrado excepciones. Y en esos casos la amistad ha sido bastante significativa, pues ha aprendido de esos amigos y son personas que él admira.

Tal es el caso de su amigo Javier, cuya fortaleza y paciencia, son características valoradas en demasía por Martín, pues dentro de su identidad, son virtudes que él no posee aún. En específico, a él le gustaría que en la construcción de su identidad se encontrara la fortaleza no por ser algo que dictamine el modelo hegemónico, sino por la tendencia a mostrarse a la defensiva con otros varones para evitar burlas y cuestionamientos sobre los intereses personales de Martín.

Y es que en el aspecto de la fortaleza, desde una perspectiva del género hegemónico, en la masculinidad, esto es deseable en un varón. Tanto la fortaleza física como emocional, la entereza para controlar las emociones y sentimientos, y no dejarse llevar por los impulsos; este aspecto lo vio representado en su amigo.

Empero, un aspecto a destacar en esta dinámica amistosa y muy relacionada con el ideal de fortaleza, es que mantenían ante el conflicto una actitud que buscaba el diálogo antes que la pelea, esto por parte de su amigo Javier. En gran medida este elemento puede tomarse como un referente que diverge del modelo hegemónico de masculinidad, sobre todo en el contexto sociocultural mexicano, en dónde la demostración de actitudes violentas y retadoras es un común denominador en algunos jóvenes, para Martín, la actitud de su amigo ha sido un ejemplo a seguir.

En su sistema de creencias, Martín ve a otros jóvenes varones, siempre con algunas excepciones, como personas a las que no puede ser auténticamente él, porque siempre estará presente la experiencia que lo llevaron a alejarse tanto de

sus compañeros de escuela, cómo del modelo hegemónico y la creencia (aún no comprobada) de que sus amigos actuales lo rechazarán por querer cohesionar características de ambos géneros tanto en el aspecto físico como en virtudes y actitudes.

En otro nivel, se encuentran las creencias y significados que le da al género femenino actualmente. En ellas ve una confidencialidad y confianza que no ha encontrado en el otro género, razón por la cual se siente validado, comprendido y libre de ser, sentir y hacer. Como en el segundo objetivo se señaló, esta tendencia a encontrar en otras mujeres aceptación y comprensión puede remontarse a cuando él era un niño y vivía un ambiente de miedo y violencia y posiblemente el apoyo y soporte emocional lo encontró sólo en mujeres. Que cabe mencionar, está relacionado también con el estereotipo de género femenino, que las define como más aptas para entender el sentir de los demás (Riso, 2012), Martín asimismo señala a las mujeres como “que son más sensibles” (sic), quizá de ahí la facilidad para poder entablar una relación más íntima de amistad.

Se define como una persona que puede expresar libremente lo que siente y piensa, pero, como se ha señalado ya, el haberlo hecho con sus congéneres le trajo consecuencias adversas, las cuales aún le han costado poder superar y dejar de lado, a pesar de ser un evento que no ha ocurrido nuevamente. Al mantener esta creencia de miedo y de escepticismo hacia la aceptación de otros varones, lo hace acercarse más hacia sus amigas, más que a sus amigos.

**Explorar los efectos relacionados con la masculinidad que le han dificultado su proceso, como la exclusión social o la violencia.**

Hasta este momento se han señalado los hallazgos respecto a los elementos pasados que permitieron a Martín configurar y dar un significado a su masculinidad que se aleja de modelos preestablecidos. Y aunque las consecuencias de lo ocurrido en su infancia y adolescencia aún aparecen dentro de su relato, en la actualidad, Martín sólo ha tenido que enfrentar obstáculos que tienen que ver con su propia percepción de debilidad y el miedo a no ser aceptado. En específico, que la androginia como identidad de género sea significada como un signo de debilidad.

Y por tanto, le preocupa demostrar también que es fuerte, tal como lo describe el Paradigma de la Fortaleza (Riso, 2012) y que no va a permitir que nadie se burle de él, así que se esfuerza por desarrollar esta virtud o aptitud en su

persona, subrayando que no es el hecho de que con ello demuestre su masculinidad, sino a manera de defensa del otro.

Existe además en su contexto un rechazo por su apariencia física en cuanto al cabello largo. En los escenarios donde él se ha estado desarrollando, es principalmente en la religión cristiana y en su familia no nuclear, en donde le han proferido insultos relacionados con la apariencia femenina como degradante en un varón. Esto al inició sí representó un insulto hacia su persona debido a que le llamaban como algo que no era, pero en la actualidad ha dejado de ser un motivo de ofensa, pues de lo contrario entraría en incongruencia con su construcción identitaria.

Así como este tipo de insultos, Martín ha sido objeto de improperios que tienen que ver con modas que se hacen populares en las plataformas virtuales de redes sociales como lo es la palabra "Princeso". Adjetivo que le parece insultante pues lo hacen hombres que ven características femeninas en él como motivo de burla; para Martín es una actitud "prepotente" (sic), y es este el motivo por el cual aún se le dificulta decir abiertamente sus intereses tanto a mujeres como a varones.

Y aunque parezca un ejercicio de violencia hacia él, entre sus amigos varones tiene una dinámica en la que los insultos son parte de la convivencia, Martín se adapta a esta norma, en la que se sustituye el hablar de temas en las que dejen al descubierto la intimidad de cada joven, por dinámicas de bromas e insultos. El permitir hacer eso a otro joven, implica cierto grado de confianza, es decir, el nivel de violencia verbal permitido entre jóvenes está supeditado a si existe confianza o no entre ambos. Sin embargo, como se ha planteado ya, esta dinámica no permite una expresión libre de su identidad de género entre los hombres, por lo que existe un camuflaje parcial para poder adaptarse a su contexto.

Pese a que Martín lo sabe, finalmente otro aspecto que dificulta su construcción es lo que él denomina "miedo al cambio" (sic), por la inseguridad en sus propias destrezas que han permanecido desde la adolescencia y lo cuál no ha permitido que enfrente estas situaciones de burla y rechazo, pero que no lo ha detenido en seguir construyendo, aunque de manera menos visible, su identidad. Ya que no es la creencia de que no debería mostrar sus sentimientos, o su representar un rol de género andrógino, sino es el miedo, que se convierte en un elemento que de alguna forma configura su identidad de género, pues limita la expresión del mismo.

## **Explorar los elementos que han facilitado su proceso.**

A pesar de los obstáculos, el miedo y la inseguridad, Martín percibe una aceptación a quién es hoy en día y a quien quiere ser en un futuro. La admiración y el acercamiento íntimo con amigas para hablar de sí mismo como un joven varón que no se adapta al modelo hegemónico, ha hecho que ellas mismas sean el elemento que más lo motiva y le dé seguridad. Menciona que hasta la fecha, han sido dos de sus amigas quienes le han permitido valorarse por quién es y lo que quiere, y que en sus palabras expresa que “debería sentirme bien con esto que he elegido” (sic).

La aprobación femenina es, por tanto, el elemento clave, que primero mostró qué era la androginia, y posteriormente le ha apoyado y aprobado para que siga el camino que ha elegido para ser y estar desde el género masculino.

Un elemento más que resulta trascendental, ha sido desde que él era adolescente, el progresivo alejamiento de su padre. Desde entonces, hasta la actualidad, Martín no tiene ninguna convivencia padre-hijo, y no le interesa. Al representar todo lo que no desea ser, es un recordatorio constante, aunque negativo, de todas esas características, actitudes y prácticas que considera machistas.

## **Conocer su proyecto de vida futuro desde sus sistemas de significados.**

Finalmente, en la construcción identitaria de Martín a largo plazo, se ve a sí mismo manteniendo los elementos que hasta ahora han sido parte de su construcción de identidad masculina. La androginia, como forma de expresar el género, por medio del trabajo físico y posteriormente cuando tenga un trabajo remunerado, poder adquirir la vestimenta adecuada.

Además de ello, en otros aspectos relevantes para él, busca el desarrollo académico a largo plazo por medio de la Maestría o el Doctorado. Busca establecer una relación de pareja con intereses parecidos y así, ambos emprender viajes a diversos lugares sin contemplar la posibilidad de convertirse en padres.

Dentro de sus sistemas de significados, asimismo le da un valor relevante a la espiritualidad, en la que se busca reconocer como una entidad que va más allá

del plano físico o terrenal, y como sus amigos forman parte de esta concepción del mundo y la vida, busca ser un buen amigo, y desea ser capaz de ayudar a aquellas personas que le han apoyado de diversas formas.

Y es ese motivo el que permite que tenga una visión positiva de futuro, a pesar de las inseguridades que en este momento le afectan, cree que posee lo que necesita para conseguir lo que desea, y va a trabajar por ello.

## **Conclusiones**

Las configuraciones de masculinidades que se alejan del ideal hegemónico parecen encontrarse en un punto en donde si bien, ya se manifiestan, aún permanecen sujetas a un discurso de supremacía genérica tanto para varones como para mujeres. Esto se ve ilustrado claramente en el proceso que lleva a Martín de niño, a adolescente, y actualmente a un joven, que vincula elementos de un modelo hegemónico de género y de uno que va construyendo día con día en su contexto y gracias a la influencia de otras personas y que va organizando conforme su experiencia. Por tanto, lo que Montesinos (2004), señala como Masculinidades Divergentes, parece adaptarse a la construcción de género de Martín, pues retoma elementos de un modelo existente, vinculándolo con aspectos que pueden llegar a ser totalmente opuestos a lo preestablecido.

Su construcción de identidad de género, ha estado acompañada de estigmas, dudas y miedos por parte de Martín. En su relato puede encontrarse que los obstáculos aún siguen haciendo mella en su deseo de “ser andrógino”, pero al parecer todos estos miedos y dudas son construcciones hechas a partir de una sola experiencia en el pasado, pues en el presente, como él mismo relata, no han existido problemas con otros hombres más allá de la afrenta verbal de algunos desconocidos que saben poco o nada respecto a su persona.

A pesar de esa inseguridad, está seguro de lo que quiere ser, y es así porque en su relato, Martín no señala un deseo o una necesidad de demostrar constantemente que es un hombre, como Kipnis, (1993) o Lomas (2003) han señalado como necesidad del varón de autoafirmarse constantemente.

Todas esas creencias y estereotipos que forman parte de los discursos configuradores de la identidad masculina, en Martín, sólo influyen para que él tome precauciones con los otros (varones), quienes para él si siguen un modelo de masculinidad que atentará contra su persona. Él cree que la mayoría son así, no se ha encontrado con nadie que comparta sus mismos intereses más allá de la

presencia de Javier, pero con quien ya no tiene un vínculo cercano desde hace mucho.

Martín ha decidido ser alguien totalmente distinto a lo que la vida le ha mostrado como hombre, pero aún su sistema de creencias se ve influido por el mismo, ya que tampoco se ha encontrado un modelo sólido que le sirva de ejemplo a seguir, pues los elementos que ha adoptado para sí, son en su mayoría aspectos femeninos, y de los masculinos, estos se siguen relacionados con un ideal de fortaleza para él, sobre todo emocional, quizá al que se ve obligado a seguir debido a que su contexto no permite otra alternativa.

En esta misma línea, pareciera que además de la entereza no hay otro elemento positivo que haya rescatado del modelo hegemónico para su construcción de identidad. La mayoría de las características de los hombres en su contexto, son características que quiere evitar, de ahí la constante vigilancia a lo que hace y dice. Esta es por tanto una visión negativa generalizada del género al que él se adscribe de nacimiento.

Batres (citado en Rodríguez & Ambríz, 2005), sostiene que en el contexto mexicano, las ideas negativas sobre masculinidad generarán en los hombres melancolía, sentido de inferioridad, sentimentalismo, resentimiento, violencia y evasión. Estos sentimientos son precedentes del machismo mexicano que se verá amenazado constantemente por otros hombres y por las mujeres. Sin embargo, a pesar de que Martín tiene una visión negativa del género, hace una separación, sabe que es hombre, pero sabe que no es esa clase de hombre, por lo que, en vez de adoptar lo que la sociedad ofrece, ha ido construyendo su propia identidad en la que el referente femenino tiene gran preponderancia.

Al vincularse en mayor medida con el género femenino, lo hace significando su relación como una donde existe una confianza que es tendencia propia del género femenino. En esta relación sí se permite demostrar debilidad, inseguridad y confesar sus miedos, ser más femenino y masculino al mismo tiempo sin miedo a la censura, en donde lo que comparte con otras mujeres le permite construir y desarrollarse en el aspecto ideológico y emocional.

En otra línea, como joven, Martín representa este fragmento de la sociedad que aún no se ha estudiado a profundidad. Los estudios de masculinidades y feministas se han centrado en el estudio de la masculinidad como agente generador de violencia que necesita hacer cambios y cuestionar sus privilegios sobre las mujeres, pues el varón continúa ligado necesariamente a una esfera de poder (Kaufman, 1989).

Sin embargo estas tendencias a configurar la masculinidad desde esa perspectiva, necesitan ser reconsideradas, ya Montesinos (2004) ha hablado desde hace una década de una divergencia juvenil en torno al género, desde ya hace más de una década han existido jóvenes que se adscriben a diversas masculinidades. Esos jóvenes de hace una década y los de ahora, son una realidad en la que ya se ha podido observar la creciente violencia que existe hacia ellos, tema que ha sido poco estudiado y valorado (Trujano, 2008).

Muchos jóvenes (similares al caso de Martín), ya no están vinculados a ninguna esfera pública y social de poder, ya no les interesa ser proveedores, formar una familia y ya no visualizan a su pareja desde un rol de dominación. No obstante, esta progresiva transformación ideológica, de identidad y de práctica social, sigue siendo confrontada por instituciones que aún mantienen un poder por encima de la divergencia social.

Es por eso que aún, en algunos aspectos, permanecen anónimas, íntimas, o como un secreto a voces que sólo se cuentan entre personas de confianza. Pero ya está dentro de la responsabilidad de cada varón defender y si es necesario, luchar por dar cabida a expresiones de género más igualitarias y menos represoras para ellos. Tal como indican Riso (2012) y Seidler (2000), hace falta que los hombres en general, dejen de depender de las mujeres en lo sentimental y empiecen a hablar entre ellos mismos.

Que la sociedad en conjunto, si bien censura la violencia, ofrezca y acepte nuevas formas positivas de convivencia entre ambos géneros lejos de las reglas rígidas que hombres y mujeres en muchas ocasiones se ven obligados a seguir para evitar la segregación, el escrutinio y el castigo social.

Hace falta, pues, que la sociedad acepte la diversidad como parte de la construcción de la realidad que hacemos del entorno, y que poco a poco se vayan diluyendo estereotipos, reglas y mandatos represores que coartan la libertad y la capacidad de las personas de ser quienes quieran ser, para crear una realidad más incluyente y tolerante.

## 8. REFERENCIAS

- Agudelo, M y Estrada, P. (2013). Terapias narrativa y colaborativa: una mirada con el lente del construccionismo social. *Facultad de Trabajo Social*. (29) 29, 15-48.
- Agudelo, M. y Estrada, P. (2012). Constructivismo y construccionismo social: Algunos puntos comunes y algunas divergencias de estas corrientes teóricas. *Prospectiva*. 17, 353-378.
- Aguilar, P. Valdez, J., Gonzáles, N. y Gonzáles, S. (2013). Los Roles de Género de los Hombres y las Mujeres en el México Contemporáneo. *Enseñanza e Investigación en Psicología*. 18 (2) 207-224. Estado de México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Agustín, J. (2004). *La contracultura en México*. México: Debolsillo.
- Amuchástegui A. (2001). La navaja de dos filos: Una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre los hombres y masculinidades en México. *La Ventana*, (14), 102-125. México.
- Arcila, P. A., Mendoza, L. Y. y Cañón, O. E. (2009). Comprensión del significado desde Vygotsky, Bruner y Gergen. *Diversitas*, 6(1), 37-49.
- Badinter E. (1993). *XY: la identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barberá, E. (1998). *Psicología del género*. Madrid: Ariel
- Barberá, E. y Martínez, I. (Eds.) (2004). *Psicología y género*. Madrid: Pearson Educación.
- Bardi, L, Leyton, C., Martínez, V., y Gonzáles, E. (2005). Identidad sexual: proceso de definición en la adolescencia. *Revista Docencia*. N° 26, 43-51. Recuperado de: <http://www.revistadocencia.cl/pdf/20100731202502.pdf>
- Bellucci, M. (1996). De los estudios de la mujer a los estudios de género: Han recorrido un largo camino... En A. Fernández (Comp.) (1996) *Las mujeres en la imaginación colectiva* (27-51). Barcelona: Paidós.
- Beyebach, M. (2013). La terapia familiar breve centrada en soluciones. En A. Moreno, *Modelos de Terapia Familiar*. Recuperado de:



<https://www.psyciencia.com/wp-content/uploads/2013/12/El-modelo-de-la-Terapia-Familiar-Centrada-en-Soluciones-.pdf>

- Biever, J., Bobele, M., Gardner, G. y Franklin, C. (1998). Perspectivas postmodernas de terapia familiar. En G. Limón (Comp.) (2005) *Terapias postmodernas. Aportaciones construccionistas* (1-27). Ciudad de México: Pax.
- Bonino, L. (2000). Varones, género y salud mental: reconstruyendo la <<normalidad>> masculina. En M. Segarra, y A. Carabí, (41-64): *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Bonino, L. (2003). Los hombres y la igualdad con las mujeres. En C. Lomas (Comp.) *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. (105-142) Barcelona: Paidós.
- Boscán, A. (2008). Las nuevas masculinidades positivas. *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*. 13 (41) 93-106. Maracaibo: CESA-FACES-Universidad del Zulia.
- Brito, R. (2002). Identidades juveniles y praxis divergente; acerca de conceptualización de la juventud. En A. Nateras (Coord.) *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. (43-69). México: Porrúa.
- Burin, M. y Meler, I. (2009) *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Callirgos, C. (2003). Sobre héroes y batallas. En C. Lomas, *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales* (55-82). Barcelona: Paidós.
- Cañón, O. E. (2008). Las huellas del sujeto en narrativas de autores construccionistas. *Diversitas*, 4(2), 245-257.
- Carrasco, M y García A. (Eds.) (1999) *Cuestiones de género. Varones y Mujeres ¿dos universos diferentes?* Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas Madrid.
- Caséz, D. (2004). El feminismo y los hombres. En C. Lomas (Comp.) *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. (35-44). Barcelona: Paidós.
- Cerda, O. y Bustos, M. (2005). Representaciones sociales y masculinidad. En R. Montesinos (Coord.) *Masculinidades Emergentes* (147-180). Distrito Federal: UAM.

- Charry, C. y Torres, J. (2005). Masculinidad, sexualidad y salud reproductiva en jóvenes de la Ciudad de México. En R. Montesinos (Coord.) *Masculinidades Emergentes* (107-146). Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Chavero, C. (2009). *¿Quiénes son los góticos?* Ciudad de México: Sangre y Cenizas.
- Clare, A. (2006). *Hombres, la masculinidad en crisis*. México: Taurus
- Compas, B. (2003). *Introducción a la Psicología Clínica*. México: McGraw Hill.
- Connell, R. (2003). La organización social de la masculinidad. En C. Lomas (Comp.) *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambio sociales* (31-53). Barcelona: Paidós.
- Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos (2003). Psicología clínica y psiquiatría. *Papeles del Psicólogo*. (24) 85, 1-10.
- De la Torre, C. (2001) *Las identidades, una mirada desde la psicología*. Centro de investigación y desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinelo. La Habana. Recuperado de: <http://www.gitanos.org/publicaciones/guiapromocionmujeres/pdf/03.pdf>
- Encuesta Nacional de Juventud 2010 (2011). *Resultados Generales*. Recuperado de: [http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/Encuesta\\_Nacional\\_de\\_Juventud\\_2010\\_-\\_Resultados\\_Generales\\_18nov11.pdf](http://www.imjuventud.gob.mx/imgs/uploads/Encuesta_Nacional_de_Juventud_2010_-_Resultados_Generales_18nov11.pdf)
- Estrada, A. y Diazgranados, A. (Comp.) (2007). *Kenneth Gergen: Construcción social, aportes para el debate y la práctica*. Bogotá: Uniandes-Ceso
- Fernández, C. (2003). *Psicología social en el umbral del siglo XXI*. Madrid: Fundamentos.
- Fernández, J. (2004) Perspectiva evolutiva: Identidades y desarrollos de comportamientos según el género. En E. Barberá e I. Martínez (Coords.), *Psicología y Género* (35-52). Madrid: Pearson
- Fonseca, C. y Quintero, M. (2008). *Temas emergentes en los estudios de género*. Ciudad de México: Porrúa.

- Fonseca, C. y Quintero, M. (2009). Teoría Queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas. *Sociológica*. (24) 69 (43-60). Recuperado de: <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/6903.pdf>
- Fuster, F. (2007) Ensayo Betty Friedan: La mística de la feminidad. *Claves de razón práctica*. (177) 79-82. Recuperado de: [http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/noticias/claves\\_articulo177\\_fuster.pdf](http://www.elboomeran.com/upload/ficheros/noticias/claves_articulo177_fuster.pdf)
- Gamba, S. (Coord.) (2008) *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- García, J. (2008). El hombre joven. Hacia una nueva categoría para comprender la identidad masculina en los jóvenes. En C. Fonseca y M. Quintero *Temas emergentes en los estudios de género* (71-110). Ciudad de México: Porrúa.
- Garrido, M. y Fernández-Santos, I. (1997). Dimensión formal de la técnica del equipo reflexivo: modelos de intervención en psicoterapia sistémica constructivista. *Systemica* (3), 161-181. Recuperado de: <http://mx1.institutoderelacioneshumanasvitoriagasteiz.com/images/textos/dimensionformaler.pdf>
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- González, R. (2009) Estudios de Género en educación: una rápida mirada. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. 14 (42), 681-699.
- Hernández, D. (2013). *La contracultura juvenil. Los hipsters ¿subcultura real o estética 'diseñada'?*. Recuperado de: <https://vestuarioescenico.wordpress.com/2013/09/15/la-contracultura-juvenil-los-hipster-subcultura-real-o-estetica-disenada/> [Accessed 6 Aug. 2016].
- Hombres por la equidad A.C. (21 de marzo 2016) *Servicios*. Recuperado de: <http://www.hombresporlaequidad.org.mx/servicios.php>
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Textos recientes. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ibarra, A. (2004). ¿Qué es la terapia colaborativa? *Athenea Digital*, 5. Recuperado de: <http://antalya.uab.es/athenea/num5/ibarra.pdf>

INSTITUTO NACIONAL DE LAS MUJERES [Inmujeres]. (18 de Marzo 2016) *Asesorías*. Recuperado de: <http://www.inmujeres.cdmx.gob.mx/asesorias/>

Jayne, M. y Sau, V. (2004). *Psicología diferencial del sexo y el género*. Madrid: Icaria.

Jociles, M. (2001). El estudio de las masculinidades. Panorámica general. *Gazeta de Antropología* (17). Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10481/7487>

Kaufman, M. (1989). *Hombres. Placer, poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF.

Kipnis, A. (1993). *Los Príncipes que no son Azules*. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editor S.A.

Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*. (7) 18 (p. 1-24).

León, L. (2010) *François Poullain De La Barre: feminismo y modernidad*. Departamento de Filosofía Moral y Política. Recuperado de: UNED.[http://www.ub.edu/demoment/jornadasfp2010/comunicaciones\\_pdf/eonhernandez-luzstella\\_poullaindelabarre\\_73.pdf](http://www.ub.edu/demoment/jornadasfp2010/comunicaciones_pdf/eonhernandez-luzstella_poullaindelabarre_73.pdf)

Limón, G. (2005). Del constructivismo al construccionismo; una nueva perspectiva para la terapia familiar. En G. Limón (Comp.) *Terapias Postmodernas. Aportaciones construccionistas* (29-47). Ciudad de México: Pax.

Lomas C. y Arconada, M. (2003). La construcción de la masculinidad en el lenguaje y en la publicidad. En C. Lomas (Comp.) *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales* (145-199). Barcelona: Paidós.

Lomas, C. (Comp.) (2003) *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona: Paidós.

López, A. y Güida C. (s/f). *Aportes de los estudios de género en la conceptualización sobre masculinidad*. Recuperado de: [www.psico.edu.uy/academic/aportes.htm](http://www.psico.edu.uy/academic/aportes.htm).

López, S. (2008). *El laberinto queer. Identidad en tiempos de neoliberalismo*. Baelona-Madrid: Egales

LXIII Legislatura. Cámara de Diputados (6 de abril 2016) Ley General de Acceso de las Mujeres a una vida libre de violencia. Recuperado de [http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV\\_171215.pdf](http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV_171215.pdf)

- Marcial, R. (2010). Expresiones en el México contemporáneo. Una historia de las disidencias culturales juveniles. En R. Reguillo (Coord.) *Los jóvenes en México*. (183-224). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Martín, A. (2006) *Antropología del género*. Madrid: Cátedra.
- Martínez, I. y Bonilla, A. (2000). *Sistema sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Barcelona: Universitat de València.
- Medina, A. (2013). La psicología y los límites de la objetividad. En A. Medina (Comp.) *La psicología y los límites de la objetividad* (31-49). México: Trillas
- Molinari, J. (2003). Psicología Clínica en la Posmodernidad: perspectivas desde el construccionismo social. *PSYKHE*. (12)1, 3-15.
- Montesinos, R. (2002). *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.
- Montesinos, R. (2004). Los cambios de la masculinidad como expresión de la transición social. *El Cotidiano*, 20 (126), 16-223.
- Montesinos, R. (Coord.) (2005). *Masculinidades emergentes*. Ciudad de México: UAM Iztapalapa.
- MOVIMIENTO DE HOMBRES POR RELACIONES MÁS EQUITATIVAS Y SIN VIOLENCIA [MHORESVI]. (19 de marzo 2016) *Servicios*. Recuperado de: <https://mhoresvi.wordpress.com/servicios/>
- Munné, F. (1999). Constructivismo, construccionismo y complejidad: la debilidad de la crítica en la psicología construccionista. *Revista de Psicología Social*. 14 (2-3) p. 76-94.
- Nabal, E. (s/a). *Subculturas gays e imagería heterosexual*. Recuperado de: <http://www.hartza.com/ducha.htm>
- Nateras, A. (2002). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. Ciudad de México: Porrúa, Universidad Autónoma de México.
- Nuñez, G. (2000). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Porrúa.
- Nuñez, G. (2008). Los hombres en los estudios de género de los hombres: un reto desde los estudios *queer*. En J. Ramírez y G. Uribe (Coords.) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. (43-56) México: Plaza y Valdez.

- OPI Orientación Psicológica Individual (1 de julio 2016). *Entendiendo la Cultura "Emo"*. Recuperado de: <http://opi-2010.jimdo.com/temas-de-interes-general/social/entendiendo-la-cultura-emo/>
- Organización de las Naciones Unidas [ONU] (2006) *Seminario Gallego de Educación para la Paz. Educación emocional y violencia contra la mujer. (El valor de la diferencia, p. 115 a 117)* Madrid: Los libros de la Catarata. Recuperado de: <http://www.amnistiacatalunya.org/edu/2/fem/fem-seminariogalego.html>
- Ortega M. (1996) Historia y género. *Realidad. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. (54) 817-824.
- Ortega, F. (2002). Epistemología y Ciencia en la actualidad. *Thémata, Revista de Filosofía*. 28 (161-174). Recuperado de: <http://institucional.us.es/revistas/themata/28/09%20ortega%20martinez.pdf>
- Ortíz, M. (2007). Estereotipos masculinos y femeninos en una campaña de planificación familiar desde el Modelo de Representaciones Sociales de Moscovici. *Ra Ximbai*, 3 (002), 307-324. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rxm/article/view/6924/6444>
- Pardo, J. (2012). *Ranma ½. Zona Negativa*. Recuperado de: <http://www.zonanegativa.com/ranma-12/>
- Perdomo, M. (2002). *Socioconstruccionismo y cultura: Relaciones, Lenguaje y Construcción Cultural*. Recuperado de [http://bibliotecadigital.icesi.edu.co/biblioteca\\_digital/bitstream/item/3767/1/Socioconstruccionismo\\_cultura\\_2002.pdf](http://bibliotecadigital.icesi.edu.co/biblioteca_digital/bitstream/item/3767/1/Socioconstruccionismo_cultura_2002.pdf).
- Pérez, L. (2008). Andros y Gyne: lo inevitable del nuevo milenio. *Revista CES Psicología*. 1 (2) 82-92.
- Pinto, J. (2013). *Hipsters: un manual ilustrado*. Ciudad de México: Aguilar.
- Ponce, P. (2008) Masculinidades diversas. *Desacatos Revista de Antropología social*. CIESAS (15-16), 7-9. México.
- Ramírez, J. (2008) Ejes estructurales y temáticos de análisis del género de los hombres. Una aproximación. En J. Ramírez y G. Uribe (Coords.) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. (85-112) México: Plaza y Valdez.

- Real Academia Española. (2014). Feminismo. *Diccionario de la Lengua Española* (23.a ed.). Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=feminismo&m=form&o=h>
- Riso, W. (2012). *La afectividad Masculina. Lo que toda mujer debe saber acerca de los hombres*. Ciudad de México: Océano.
- Rodes, J. (2012). *Gadamer tradición y lenguaje. Espacio de expresión y comunicación*. Recuperado de: <http://sitiocero.net/2012/gadamer-tradicion-y-lenguaje/>
- Rodríguez, O y Ambríz, M. (2005) Representaciones sociales y masculinidad. En R. Montesinos, (Coord.) *Masculinidades Emergentes* (174-180). Ciudad de México: UAM Iztapalapa.
- Salguero, A. (2007) El Significado del trabajo en las identidades masculinas. En L. Jiménez y O. Tena (Coords.) (2007). *Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (429-448). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salguero, M. (2014). *Identidad masculina. Elementos de análisis en el proceso de construcción*. Estado de México: FES Iztacala, UNAM.
- Sánchez, A. (2011). *La subcultura Hipster como identidad colectiva: los consumidores conscientes*. Tesis de Maestría. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sánchez, P. (2008). *Psicología Clínica*. México: Manual Moderno.
- Sanfelix, J. (2012). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio de las mujeres. *Prisma Social. Revista de ciencias sociales*. 7 (220-247)
- Schillo, K. (2011) *Nature or nurture: the case of the boy who became a girl*. National Center for Case. Study Teach in Science. New York: Buffalo University Recuperado de: [http://sciencecases.lib.buffalo.edu/cs/files/gender\\_reassignment.pdf](http://sciencecases.lib.buffalo.edu/cs/files/gender_reassignment.pdf)
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.) (2000): *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. 265-302. México: PUEG/Porrúa.
- Secretaría de Salud (10 de abril 2016). *Noviembre, mes contra el cáncer de próstata*. Recuperado de: <http://www.salud.df.gob.mx/portal/index.php/comunicados/455-noviembre-mes-contra-el-cancer-de-prostata>

- Segarra, M. (2000). Modelos de masculinidad y medios de comunicación. En M. Segarra y A. Carabí (Eds.) *Nuevas Masculinidades*. (151-175). Barcelona: Icaria.
- Seidler, V. (2000) *La sinrazón masculina*. México: UNAM/Paidós/PUEG/CIESAS. Colección género y sociedad.
- Stern, C., Fuentes-Zurita, C., Lozano-Treviño, L. y Reysoo, F. (2003). Masculinidad y salud sexual y reproductiva: un estudio de caso con adolescentes de la Ciudad de México. *Salud Pública de México*. (45) 1, (s34-s43). Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/spm/v45s1/15444.pdf>
- Tarragona, M. (2006). Las terapias posmodernas: una breve introducción a la terapia colaborativa, la terapia narrativa y la terapia centrada en soluciones. *Psicología Conductual*. (14) 3, 511-532.
- Téllez, A., y Verdú, D. A. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista de Antropología*. 2. 80-103
- Toldos, M. (2013). *Hombres víctimas y mujeres agresoras. La otra cara oculta de la violencia entre sexos*. Alicante: Editorial Cántico.
- Toquero, M. (2014). *La construcción de los significados de ser hombre en varones usuarios de sustancias psicoactivas*. (Tesis de doctorado). Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Trujano, P. (2008) Varones maltratados por sus mujeres: la otra cara de la violencia doméstica. En B. Vargas, J. Pozos y M. López. (Coords.) *Violencia doméstica ¿Víctimas, victimarios/as o cómplices?* (45-77) México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Zaragoza.
- Trujano, P. y Limón, G. (2010). De la Patología a la normalidad: Deconstrucción y empoderamiento. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*. (13) 3, 20-45.
- Tubert, S. (ed.) (2003) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.
- Urresti, M. (2012). Generaciones, experiencia y significación. En A. Méndez y P. Scharzw (Coords.) *Juventudes y género. Sentidos y usos del cuerpo, tiempos y espacios en los jóvenes hoy* (53-66). Buenos Aires: Lugar Editorial.



- Urteaga, M. (2010). Género, clase y etnia. Los modos de ser joven. En R. Reguillo (Coord.) *Los jóvenes en México (15-51)* México: Biblioteca Mexicana.
- Valcárcel, A. (2008) *Feminismo en el mundo global*. Madrid: Cátedra.
- Valles, S. M. (2000). *Técnicas Cualitativas de Investigación Social: reflexión metodológica y práctica social*. Madrid: Síntesis.
- Varela, N. (2005) *Feminismo para principiantes*. Madrid: Ediciones B
- Vasilachis, I. (Coord.) (2006) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa. Recuperado de: [http://www.pueg.unam.mx/images/seminarios2015\\_1/investigacion\\_genero/u\\_3/vas\\_ire.pdf](http://www.pueg.unam.mx/images/seminarios2015_1/investigacion_genero/u_3/vas_ire.pdf)
- Vayreda, A., Tirado, F. y Domènech, M. (2005). Construcción social, narratividad y simetría. En G. Limón (Comp.) *Terapias postmodernas. Aportaciones construccionistas*. (141-165). Ciudad de México: Pax México.
- Villanueva, L. (1990). Terapia centrada en soluciones: un triángulo equilátero. *Revista de Psicología*. Recuperado de: [http://sisbib.unmsm.edu.pe/BVRevistas/rev\\_psicologia\\_cv/v09\\_2007/pdf/a12.pdf](http://sisbib.unmsm.edu.pe/BVRevistas/rev_psicologia_cv/v09_2007/pdf/a12.pdf)
- Viveros, M. (2008) Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes. En J. Ramírez y G. Uribe (Coords.) *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres (25-42)* México: Plaza y Valdez.
- Wenger, E. (2001) *Comunidades de práctica: aprendizaje, significado e identidad*. Barcelona: Paidós.